CONDE DE ELLESMERE

LOS ASEDIOS DE VIENA POR LOS TURCOS

Conde de Ellesmere

Los asedios de Viena por los turcos

Traducidos de la obra del alemán
Karl August Schimmer y otras fuentes

Ed. Francesc Costa Oller

London, 1879
Mataró, 2026

Sumario

Libro I	El primer sitio de Viena en 1529	8
I	De 1453 a 1527	9
II	De 1527 al 11 de septiembre de 1529	16
III		22
IV	De 16 al 26 de septiembre de 1529	34
V	Del 26 de septiembre al 2 de octubre de 1529	38
VI	Del 3 al 13 de octubre de 1529	44
VII	Del 14 de octubre al 20 de noviembre de 1529	51
VIII	Del 20 de noviembre al final del año 1529	62
Libro II	Desde el final del primer sitio hasta el segundo, 1530 a 1684	72
I	1530-1538	73
II	1539-1566	79
III	1566-1664	84
IV		90
V	1672-1680	95
VI	1682-1683	102
VII	1683, 30 de junio a 13 de julio	110
VIII	1683, 13 a 19 de julio	119
IX	1683, 9 a 17 de julio	124
X	1683, 15 a 30 de julio	129
XI	1683, 1 a 22 de agosto	139
XII	1683, 23 de agosto a 8 de septiembre	149
XIII		161
XIV	1683, de final de julio al 11 de septiembre	166
XV	1683, 12 de septiembre	177
XVI	1683, 13 de septiembre	192
XVII	1683, de final de septiembre a final de diciembre	204
XVIII		206
Apéndices		217

El título de conde de Ellesmere fue instituido en 1846 en favor de lord Francis Egerton. Nacido Francis Leveson-Gower, hijo del primer duque de Sutherland, adoptó el apellido Egerton con el fin de acceder a la herencia de las extensas propiedades de su tío abuelo, duque de Bridgewater. Al recibir la fortuna de la familia, obtuvo asimismo la posesión del canal de Bridgewater, fundamental para el desarrollo industrial de Mánchester y sus alrededores. Más allá de su opulencia, Francis destacó como mecenas de las artes y como reconocido escritor y traductor, lo que confirió a su linaje un perfil intelectual sobresaliente en la época victoriana.

El conde de Ellesmere señala que su obra fue compilada mediante la traducción al inglés del texto de Karl August Schimmer, originalmente en alemán, complementada con otras fuentes documentales. Schimmer (1800–1863), consagró su existencia a la recuperación del pasado austríaco y a su transformación en relatos accesibles para el público no especializado. Nacido en Viena, desarrolló una trayectoria profesional que abarcó desde la biblioteconomía hasta el periodismo. Su enfoque no se circunscribía al ámbito estrictamente académico; poseía una sensibilidad particular para articular los datos técnicos de la topografía con las leyendas populares, lo que le granjeó una notable favor en su época. Documentó de manera meticulosa el crecimiento de la capital austríaca, dejando registros pormenorizados de edificios y monumentos que desaparecieron tras la remodelación urbana de finales del siglo XIX. Sus investigaciones acerca de los asedios otomanos a Viena (1529 y 1683) son consideradas relatos clásicos que conjugan el rigor histórico con una narrativa de carácter épico.

Conde de Ellesmere

Los asedios de Viena por los turcos

PREFACIO

La narración indicada en el título, de la cual las siguientes páginas han sido en general tomadas y en gran parte traducidas, es obra de un caballero residente en Viena, quien, por su condición, tiene acceso a las numerosas y valiosas fuentes de información existentes en los archivos de esa ciudad. Las otras fuentes a las que he hecho referencia en la portada, y que he utilizado con fines de ampliación y verificación, son principalmente la conocida historia turca de Von Hammer; la vida de Sobieski, del abad francés Coyer; la historia de Polonia, de Monsieur de Salvandy; y el valiosísimo volumen de las cartas de Juan Sobieski, traducidas del polaco por el conde Plater. Puedo añadir que, dado que muchos de los tratados impresos más raros de la época, citados por el señor Schimmer, se encuentran en el Museo Británico, no he dejado de aprovechar la ayuda de mi amigo el señor Panizzi para su examen.

Hacia el final de mi trabajo, y de hecho a lo largo de la narración del segundo sitio, he sido menos fiel como traductor que en la parte inicial. La introducción en escena de un personaje como Sobieski será mi disculpa ante el señor Schimmer por esta divergencia, así como por la inclusión de ciertos pasajes que me he permitido añadir basándome en su relato.

Sobre las cartas de Juan Sobieski ya he expresado mi opinión en el texto. El estilo del abad Coyer me parece tal que podría otorgar a su biografía de Sobieski un lugar junto a la obra de Voltaire so-

bre Carlos XII y otros trabajos clásicos, como libro de referencia para estudiantes de la lengua francesa. Debo a Monsieur de Salvandy algunos detalles de la gran batalla para liberar Viena que han pasado desapercibidos para Ulric y otros narradores alemanes.

LIBRO I

El primer sitio de Viena en 1529

CAPITULO I
De 1453 a 1527

La caída de Constantinopla en 1453 fue seguida de una rápida expansión del poderío y los dominios del conquistador, Mahomet II. En un breve período sometió Persia, toda Grecia y el Peloponeso, la mayoría de las islas del Archipiélago y Trebisonda, en la costa de Asia Menor, sede del Imperio griego de los Comnenos. Al último de esa dinastía, Daniel Comneno, lo tomó prisionero y poco después lo mandó ejecutar junto con su familia bajo la acusación —probablemente un mero pretexto— de haber mantenido connivencia con los persas. En 1467, Mahomet arrebató a los venecianos, además de varias posesiones en el Peloponeso, la isla de Eubea, y en 1474 tomó Caffa [Feodosia] a los genoveses. Las hostilidades en que se vio envuelto poco después con Persia le impidieron proseguir sus conquistas contra las potencias cristianas, las cuales, a su vez, se veían frenadas por sus desgraciadas dicensiones y divisiones internas para intentar recuperar lo perdido. En general, sus campañas contra los turcos se limitaron a operaciones puramente defensivas, y no fue sino mucho más tarde cuando la necesidad y el peligro comunes dieron lugar a una estrategia ofensiva más concertada.

En 1480, Mahomet II atacó la isla de Rodas, cuya conquista tenía muy a pecho lograr; fue, sin embargo, rechazado con grandes pérdidas por sus defensores, los Caballeros de San Juan. Tras ese revés, dirigió sus armas contra Italia, tomó Otranto y probablemente habría extendido sus conquistas por ese país de no ha-

berle sorprendido la muerte durante una expedición a Persia en 1481. Había derrocado dos imperios y otras diez soberanías, y tomado más de doscientas ciudades. Ordenó que se grabara en su tumba la siguiente inscripción, sencilla pero elocuente para sus sucesores: «Quise tomar Rodas y someter Italia».

Sus dos sucesores inmediatos, Bayaceto II, que reinó de 1481 a 1512, y Solimán I (1512-1520), llevaron a cabo proyectos de conquista en diversas direcciones. Este último fue, en particular, el fundador de un vasto poder naval ante el cual las flotas de Venecia y Génova, tan considerables en aquella época, se vieron obligadas a ceder. Conquistó asimismo Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto, y sometió al poderoso jeque de La Meca. Sin embargo, en sabiduría, poder y gloria, ese Solimán fue superado por su hijo, el segúndo de ese nombre, el más grande de los soberanos otomanos, bajo cuyo mandato el Imperio turco alcanzó una cima de esplendor que no ha tenido igual ni antes ni después.

En cultura, estaba muy por encima de su época y de su país: además del turco, dominaba el persa y el árabe, y también entendía el italiano; en ese tipo de composiciones métricas que en turco se denominan *misen*, los críticos de aquel país lo consideraban superior a todos los demás. En hazañas militares, se distinguió igualmente entre los soberanos de su estirpe y se sitúa junto a Mahomet II entre los grandes conquistadores. En el primer año de su reinado tomó Belgrado, llave del Danubio, y abrió el camino para su ulterior avance hacia Hungría. Al año siguiente, en 1522, llevó a cabo el deseo incumplido y la última voluntad de Mahomet II: la conquista de Rodas, entrando en triunfo en la ciudad conquistada la noche de Navidad. Poco después volvió a dirigir sus

fuerzas contra Hungría, donde las disensiones internas le brindaron una ocasión propicia para impulsar sus planes de conquista.

El rey Luis II de Hungría, débil sucesor de su ilustre padre Ladislao II, había ascendido al trono en 1516 bajo la tutela del emperador Maximiliano I y de su tío Segismundo, rey de Polonia. Desde el mismo inicio de su reinado, una insurrección de sus nobles amenazó con arrebatarle el trono. Había ofendido, además, de manera irreparable al ambicioso Juan Zápolya, conde de Zips, quien ejercía como voivoda el gobierno de Transilvania, y lo empujó a los proyectos más destructivos al ignorarlo en la elección para el cargo de Palatino. Este hombre, cuyo nombre, como el de Tekeli, está tan íntimamente ligado a las desgracias de su país, nació en 1487, hijo de Esteban Zápolya, uno de los mejores oficiales del gran rey y guerrero Matías Corvino. Heredero de las recompensas al valor de su padre en forma de vastas posesiones y altos cargos de gobierno, se distinguió a lo largo de su vida por una ambición sin descanso, un gran talento para la intriga y, en algunas ocasiones, por actos de crueldad inventiva que superan en horror extravagante todo lo que Suetonio relató sobre los emperadores romanos. Mediante una temeraria aceptación de la ayuda turca, y una traición igualmente temeraria a sus compromisos con esa potencia, logró en parte el gran objetivo de su azarosa vida: asentarse en el trono de Hungría. Murió de muerte natural en 1540, dejando un hijo de corta edad que le sucedió en el gobierno de Transilvania, pero que luchó en vano por establecerse en el de Hungría. Con su muerte, en 1570, esta estirpe de hombres capaces y peligrosos se extinguió afortunadamente.

Solimán encontró escasa resistencia en su invasión de Hungría. Peterwardein y el Banato cayeron rápidamente en sus manos, y el 20 de agosto de 1526 tuvo lugar aquella desastrosa batalla que en Hungría aún lleva el nombre de la Destrucción de Mohács. Zápolya permaneció con sus fuerzas inmóvil en Szeged, indiferente a la suerte del reino y del rey, mientras este último, con apenas 20.000 hombres y escasa artillería, se enfrentaba a una fuerza turca diez veces superior. Las cabezas más sensatas del ejército aconsejaron esperar los refuerzos, pero fueron silenciadas por Pablo Tomori, arzobispo de Kalocsa, un hombre que parecía reunir todas las cualidades que podían inhabilitarle tanto para las funciones sagradas que había abandonado como para las de mando militar que había asumido. La llegada de Zápolya, que aún se esperaba, con la excelente caballería de Transilvania podría haber salvado Hungría, pero habría privado al prelado del mando supremo; y este prefirió arriesgar su propia vida, la del soberano y el destino de Hungría en una batalla prematura y desigual.

En menos de dos horas Solimán había obtenido una victoria completa. El prelado pagó con su vida el precio de su presunción, y junto a él perecieron la flor de la nobleza húngara, varios de sus hermanos episcopales y, por último, el desventurado rey Luis, asfixiado bajo su caballo desbocado y arrastrado por el peso de su armadura en un pantano por el que intentaba huir. Las joyas que adornaban el penacho de su yelmo permitieron finalmente descubrir e identificar el cadáver. Apenas 4.000 hombres, conducidos por el palatino Báthory, escaparon al amparo de la noche de aquella funesta batalla. Solimán lanzó sus tropas, embriagadas de éxito, hasta los lagos Balatón y Neusiedl, asoló el país e incendió Pécs y Pest. Sin embargo, al conocerse los disturbios en Asia, se

retiró de súbito, arrastrando consigo a 200.000 personas hacia el cautiverio, para reaparecer pronto con terrible fuerza ante las mismas puertas de Viena.

Las circunstancias de la sucesión al trono de Hungría estaban muy calculadas para invitar y facilitar ese regreso. A la muerte de Luis sin descendencia, en virtud de su doble vínculo matrimonial con el archiduque Fernando de Austria —posteriormente emperador— y de un tratado concluido entre su padre Ladislao y la Casa de Austria, el derecho al trono recayó sobre esta última, cuyo representante era el archiduque. La reina viuda, María, hermana de Fernando, convocó con el fin de ratificar este acuerdo una dieta en Presburgo, adonde se había visto obligada a huir cuando Pest capituló. Sus intenciones fueron, sin embargo, frustradas por las maniobras de Juan Zápolya, quien, tras celebrar las exequias de Luis en Székesfehérvár, se había proclamado rey con el asentimiento de muchos magnates y había logrado su coronación el 11 de noviembre de 1526. Se amparó en una antigua ley según la cual solo un húngaro de nacimiento podía ocupar el trono, aunque dicha ley nunca había sido universalmente reconocida y había sido dejada de lado por los acuerdos recientes.

Fernando envió entonces contra él un ejército al mando de un hombre valient, Nicolás, conde de Salm, quien lo derrotó cerca de Tokaj. Gracias a los esfuerzos del fiel palatino Báthory, se creó un partido considerable a favor de Fernando, y su coronación se celebró en Pest el 21 de agosto de 1527. Tras dos derrotas consecutivas en Eger y Szinye, Zápolya se vio obligado a abandonar Transilvania y a refugiarse en Polonia. Los magnates húngaros se pasaron entonces en gran número al bando de Fernando, quien

se regocijó ante la perspectiva de una posesión tranquila de su recién adquirida soberanía.

Zápolya, sin embargo, aunque abandonado por todos y carente de tropas y de dinero, perseveró en sus designios e hizo todo lo posible por ganarse a la nobleza polaca y a su rey, Segismundo, cuñado suyo por el matrimonio de este con su hermana Bárbara. Estos intentos fueron en su mayor parte infructuosos, pero logró convencer a Jerónimo Laski, voivoda de Sieradz, hombre de recursos y espíritu emprendedor, quien acogió al fugitivo con hospitalidad y le prometió todo el apoyo posible. Laski, sin embargo, consciente de que sus propios medios eran insuficientes para conseguir la restauración de su amigo frente a la Casa de Austria, le dio el funesto consejo de recurrir al sultán. Varios escritores contemporáneos aseguran que Zápolya vaciló largamente antes de seguir tan fatal consejo, y no es inverosímil que sintiera cierto remordimiento al echarse en brazos del archienemigo de la cristiandad y al arriesgarse a exponer a media Europa a la invasión mahometana. No obstante, la situación de sus asuntos y su ambición lo empujaron a tan desesperado paso, que su conciencia concilió en parte al saber que el propio Fernando había enviado una embajada a Constantinopla para granjearse la buena voluntad del sultán. Zápolya pasó por alto la diferencia entre que el objetivo de Fernando fuera establecer la paz y el suyo propio encender una devastadora guerra de razas y religiones.

En cuanto tomó su resolución, Laski emprendió personalmente un viaje a Constantinopla, acompañado de un veneciano renegado, Ludovico Gritti, que le sirvió de intérprete. Encontró pronta audiencia ante el sultán, quien no pedía otra cosa que un pretexto

y una ocasión para conducir sus hasta entonces invictas fuerzas al corazón de la cristiandad. El sultán había sido, además, profundamente irritado por la imprudente conducta del enviado de Fernando, un húngaro llamado Hobordansky, quien había elegido tan inoportuno momento para exigir no solo el reconocimiento incondicional de Fernando como rey de Hungría, sino también pa-ra insistir con vehemencia en la devolución de Belgrado y Jajce. Semejantes exigencias, formuladas en términos perentorios ante un soberano envanecido por sus recientes conquistas, produjeron de inmediato las consecuencias naturales de facilitar los planes de Zápolya. Sin demora se concluyó un tratado por el cual Solimán se comprometía a lograr su restauración en el trono de Hungría. Zápolya, mediante artículos secretos de este pacto, se comprometía a su vez no solo a pagar un tributo anual en dinero, sino a poner cada diez años a disposición del sultán la décima parte de la población de Hungría, de ambos sexos, y a conceder para siempre libre paso por el reino a las fuerzas otomanas.

Al mismo tiempo, Solimán despidió a los enviados de Fernando con la amenaza de que «vendría pronto a expulsarle de un reino que había adquirido injustamente; que lo buscaría en el campo de Mohács, o incluso en Pest; y que si Fernando rehuía enfrentársele en uno u otro lugar, le ofrecería batalla bajo los mismos muros de Viena». Fue así como, por la traición en un frente, la audacia intempestiva en otro y el incansable espíritu de conquista y expansión que los turcos heredaron de su origen tártaro, llegó la crisis tan preñada de funestas consecuencias para una parte importante de la Europa cristiana.

CAPITULO II
De 1527 al 11 de septiembre de 1529

Las preparaciones turcas se impulsaron con gran vigor y, en poco tiempo, se reunió un inmenso ejército en la gran llanura de Filipópolis. Aunque el sultán había concebido inicialmente la intención de marchar en persona con él, finalmente confió su mando a su célebre gran visir y favorito, Ibrahim. Este hombre era de origen griego, de estatura media y tez oscura, y había sido vendido como esclavo a Solimán en su infancia. Pronto, gracias a su inteligencia, su talento musical y su espíritu ambicioso y emprendedor, ganó el favor de su señor, y tras la subida de Solimán al trono participó con él en el ejercicio de los más altos poderes del Estado, en calidad de visir, cuñado, amigo y favorito. Alcanzó distinciones como ningún favorito ni ministro turco había logrado antes ni después. No solo intercambiaba con frecuencia cartas con su señor, sino también ropas; dormía en la misma cámara, tenía su propio serrallo en el hpódromo y su propio color —el azul celeste— para la librea de sus pajes y su estandarte. En sus comunicaciones con Fernando insistía en ser tratado como hermano y primo. En un verso latino dirigido al embajador veneciano, insinuaba que, mientras su señor poseía los atributos de Júpiter, él mismo era el César del mundo. Sin embargo, toda esta elevación estaba destinada al desenlace habitual en la carrera de un favorito oriental: fue asesinado en 1536 por orden de Solimán, bajo sospecha de aspirar al trono.

Solimán había planeado poner en marcha su ejército en 1528, pero sus provisiones fueron destruidas y sus preparativos paralizados por lluvias de una violencia tan extraordinaria que pusieron en peligro a las tropas e incluso a su propia persona. Esto concedió a los austríacos un año de respiro, tanto más valioso cuanto que, según coinciden todas las fuentes, al principio habían dado poco crédito a las noticias sobre los preparativos turcos y habían mostrado una incredulidad poco razonable respecto a cualquier intención seria de Solimán de llevar a cabo sus amenazas. Las amenazas y jactancias de los déspotas orientales suelen recibirse con cautela por su grandilocuencia; pero en este caso Fernando debería haber recordado que el soberano que las profería ya había invadido Hungría hasta las fronteras de Austria, y tenía buenas razones, por experiencia pasada, para esperar el éxito en una nueva invasión. El 10 de abril de 1529, el sultán partió de Constantinopla al frente de un ejército de al menos 200.000 hombres.

Por su parte, Zápolya no permaneció inactivo. Apeló a casi todas las potencias de Europa, sin excluir siquiera al papa Clemente VII —a quien sabía en ese momento en malas relaciones con el emperador—, instándolas a apoyar lo que él llamaba su causa justa. Estas gestiones no dieron resultado: el papa respondió excomulgándolo, exhortando a los magnates de Hungría a apoyar a Fernando e instando a este a empuñar la espada sin demora en defensa de la cristiandad.

Zápolya, apoyado por el dinero de algunos nobles polacos y por bandas de aventureros turcos, avanzó a comienzos de abril hacia Hungría al frente de unos 2.000 hombres, convocando por todas partes a los habitantes a unirse a su causa. Sin embargo, cerca de

Kaschan fue atacado y completamente derrotado por el comandante austríaco Da Rewa. Mientras tanto, el ejército turco avanzaba sin más obstáculos que las fuertes lluvias y las dificultades naturales de los pasos de los Balcanes, y a finales de junio había cruzado los ríos de Serbia y traspasado la frontera húngara. Delante del grueso del ejército marchaba una temible vanguardia de 30.000 hombres que sembraba la desolación en todas direcciones. Su jefe era un hombre digno de tal mando de bárbaros sanguinarios: el temible Mihal Oglou, cuyo antepasado, Kose Mihal —o Miguel de la Barba Puntiaguda—, descendía de la familia imperial de los Paleólogos y, por línea materna, estaba emparentado con las casas reales de Francia y Saboya. Sus descendientes fueron jefes hereditarios de aquellas salvajes y temibles bandas de jinetes llamadas por los turcos *akindschi* (es decir: los que irrumpen o desbordan); por los italianos, *guastadori* (devastadores); por los franceses, *faucheurs* y *écorcheurs* (segadores y desolladores); y por los alemanes, universalmente, *Sackman*, quizá porque llenaban sus propios sacos con botín o vaciaban los de los demás. Sea o no correcta esta explicación, lo cierto es que el nombre conservó durante mucho tiempo su carácter aterrador en Austria, y aún a comienzos del siglo XVIII las madres lo utilizaban para asustar a sus hijos desobedientes.

Entretanto, Zápolya, alentado por el avance turco, se aventuró personalmente a penetrar en Hungría; muchos de sus antiguos partidarios se unieron a su estandarte y reunió un ejército de unos 6.000 hombres, con el que acudió a encontrarse con el sultán. El encuentro tuvo lugar en el campo de Mohács. Zápolya fue recibido con aclamaciones por los turcos y con regalos y otras muestras de honor por el sultán, cuya mano besó en señal de va-

sallaje por la soberanía de Hungría. El sultán le aseguró su futura protección y le concedió, entre otros honores reales, una guardia personal de jenízaros.

Tras reponerse el ejército, avanzó lentamente, ocupando las plazas fortificadas a derecha e izquierda; y trece días después de partir de Mohács, las tiendas del sultán se alzaban en los viñedos de Pest, cuyos habitantes habían huido en su mayoría hacia Viena o Polonia. La guarnición estaba compuesta por apenas un millar de soldados alemanes y húngaros, bajo el mando de Tomás Nadasky, quien inicialmente mostró la mejor disposición para una defensa firme. Sin embargo, tras cuatro días de intenso bombardeo desde las alturas cercanas, los turcos se preparaban —aunque no se había abierto brecha— para asaltar las defensas, cuando el valor de la guarnición flaqueó. Los defensores, junto con los pocos habitantes restantes, se retiraron a la ciudadela, y los turcos ocuparon la ciudad. Nadasky estaba decidido a resistir hasta el final, con el fin de retrasar lo más posible el avance enemigo; pero los soldados habían perdido el ánimo y prefirieron obedecer a dos oficiales alemanes que pactaron la capitulación con los turcos y respondieron a las protestas de Nadasky encarcelándolo. El visir, complacido ante la perspectiva de eliminar un obstáculo que podría haber afectado seriamente sus planes en una época tan avanzada del año, aceptó con entusiasmo las condiciones, prometiendo vida y libertad; y así, por motín y traición, la fortaleza fue entregada el 7 de septiembre.

Los traidores pronto tuvieron motivo para arrepentirse. Este episodio, por justicia hacia el sultán, exige un examen detenido, pues las circunstancias aparentes parecían manchar su reputación de

hombre de palabra, que, aunque acusado de crueldad, solía distinguirse por un cumplimiento riguroso e incluso magnánimo de sus promesas. En muchos relatos, contemporáneos y posteriores, se le acusa de haberlas violado en esta ocasión. Es cierto que la guarnición fue masacrada, pero hay razones para creer que ello no ocurrió ni con la aprobación del sultán ni sin provocación por parte de las víctimas. Los jenízaros estaban al borde del motín al verse privados del saqueo general de la fortaleza; volaban piedras contra sus oficiales y el segundo al mando había resultado herido. A través de sus filas tuvo que pasar la guarnición, entre expresiones de desprecio por su cobardía. Un soldado alemán, irritado, exclamó que si él hubiera estado al mando, no se habrían rendido para sufrir tal humillación. Al repetirse estas palabras con mayores insultos, perdió la paciencia y derribó a un jenízaro de un golpe de espada. La masacre general que siguió no fue ordenada por el sultán y probablemente se produjo contra su voluntad, como reconoce incluso el escritor Cantemir, enemigo declarado de los turcos. No más de sesenta hombres sobrevivieron a aquella matanza; algunos escaparon y otros fueron hechos prisioneros. Prueba, sin embargo, del aprecio de Solimán por el honor y el valor es que no solo elogió la fidelidad y firmeza de Nadasky, sino que lo dejó en libertad bajo palabra de no servir contra los turcos durante la guerra. Esta generosidad resulta aún más notable por haberse ejercido frente a la oposición tanto de los irritados jenízaros como de los traidores húngaros del séquito de Zápolya.

La fortaleza fue entregada a este último, que permaneció en ella con una guarnición suficiente, mientras el ejército turco continuaba su avance triunfal hacia la frontera austríaca. El 14 de septiembre, Zápolya fue solemnemente entronizado como rey de

Hungría, aunque por parte de Solimán solo asistieron al acto el *segbanbaschi* —segundo jefe de los jenízaros— y el comisionado del sultán en Hungría, el veneciano Gritti. Se dejó un comandante turco en la plaza, y el bajá de Semendria, Mohammed Bey, fue enviado por delante hacia Viena para obtener información y despejar los caminos.

CAPITULO III

Antes de que Solimán abandonara Pest, había emitido una proclama en la que declaraba que «todo aquel en Hungría que negara obediencia y sumisión al conde Juan de Zips, voivoda de Transilvania, a quien el sultán había nombrado rey, restituido en la soberanía y prometido sostener, sería castigado y exterminado a sangre y fuego; pero que quienes se sometieran serían firmemente protegidos y mantenidos en el goce de sus bienes y privilegios».

El 21 de septiembre, Solimán cruzó con su ejército principal el río Raab en Altenburg, en Hungría, y ese mismo día su vanguardia de saqueadores y destructores al mando de Miguel Oglou, tras sembrar el terror por doquier, llegó a las inmediaciones de Viena. Cabe preguntarse si el empleo de esta fuerza sirvió verdaderamente a los objetivos principales de la campaña. Como azote de la parte indefensa del territorio enemigo, ninguna fuerza podría ser más eficaz; pero si bien el terror paraliza la resistencia de los dispersos y los débiles, la crueldad aviva la indignación y organiza la resistencia de quienes se encuentran fuera de su alcance inmediato. En el caso de los Sackman, la crueldad se combinaba con una traición descarada que fue atribuida a la reputación del conjunto de los invasores y de su gran caudillo, aunque en algunos casos con escasa justicia.

Los escritores contemporáneos agotaron su vocabulario intentando describir las atrocidades cometidas por estos merodeadores.

Encontramos, por ejemplo, en un raro panfleto de la época, lo siguiente: «En aquel tiempo el Sackman se extendió por todas partes, marchando ante el ejército turco, destruyendo y quemando todo a su paso, y llevando cautivas a numerosas personas, hombres, mujeres e incluso niños, a muchos de los cuales mutilaron cruelmente; y, según declararon prisioneros turcos, más de 30.000 personas fueron por ellos capturadas, y como se supo después, quienes no podían caminar fueron cruelmente dados a muerte. Así asolaron, destruyeron, incendiaron y saquearon toda la tierra de Austria hasta más acá del Ens, y casi hasta el río Ens, aunque en la orilla de acá del Danubio el territorio escapó en su mayor parte, pues el río impedía al turco causar gran daño; las poblaciones situadas en torno a Viena, más allá de Brück sobre el Leitha, también quedaron sin conquistar y sin devastar, pero el campo abierto fue arrasado e incendiado».

El avance irresistible del ejército principal, las amenazas del Sultán y la furia despiadada de los Sackman tuvieron como consecuencia la rápida rendición de la mayoría de las plazas que carecían de guarnición y defensas adecuadas. Así cayeron sin lucha en manos del enemigo Fünfkirchen, Stahlweissenburg y Pest. En Gran, los habitantes llegaron incluso a negarse a admitir la guarnición enviada por Fernando para su ocupación, y el arzobispo Paul Tomori llegó al extremo de olvidar su honor y su deber al propiciar la rendición de la ciudad y la ciudadela al sultán, cuyo campamento el prelado también frecuentó. Komorn fue abandonada por su guarnición. Raab también cayó, aunque no sin que los fugitivos le prendieran fuego antes. Altenburg, en Hungría, fue entregada al enemigo mediante traición. Brück sobre el Leitha, en cambio, se defendió con firmeza; y el sultán, complacido

por la entereza y el valor de sus defensores, les concedió de buen grado unas condiciones según las cuales solo quedarían obligados a rendirle homenaje tras la caída de Viena. Satisfecho con este acuerdo, cesó el ataque contra la ciudad, desfiló ante sus murallas y prohibió terminantemente cualquier daño a los territorios bajo su dependencia.

Wiener Neustadt también se defendió con brío y rechazó heroicamente en un solo día cinco intentos de asalto. Varias otras plazas, entre ellas Closterneuburg, Perchtoldsdorf y algunos castillos, resistieron con éxito. Esta resistencia esporádica no resultaba del todo ingrata a Solimán, para quien el éxito fácil y constante no tenía el atractivo habitual. Su ambición, de vuelos inmensos, aspiraba a una soberanía sobre Occidente comparable a la que sus antepasados habían impuesto sobre Oriente, y contemplaba con satisfacción el valor de quienes tenía destinados a ser sus futuros súbditos. Por la misma razón, detestaba la cobardía en las filas enemigas y la castigaba con igual severidad que si se hubiera manifestado entre los suyos. Además, dada la inmensidad de sus fuerzas, la rapidez de su avance y la falta de preparación de Austria, daba el éxito por seguro, y los casos aislados de resistencia no podían, a su juicio, sino servir de útil ejercicio a sus tropas sin alterar el resultado general e inevitable.

Lo cierto es que el panorama que se presentaba a Austria era de sombra y peligro. El grueso de las fuerzas enemigas se hallaba a las puertas de la frontera, que ya había sido cruzada en varios puntos por las terribles bandas de Miguel Oglou; y desde las murallas de Viena se veía el horizonte enrojecido por las llamas de aldeas en llamas, mientras que dentro de la ciudad apenas se ha-

bía hecho nada para su fortificación y defensa. Es cierto que, ante la proximidad del peligro, Fernando había convocado reuniones de los Estados, tanto en Austria como en las demás provincias de sus dominios hereditarios, y había recorrido en persona Estiria, Carintia, el Tirol y Bohemia con ese fin. La causa fue acogida en todas partes con gran fervor. En Austria se llamó a filas a un hombre de cada diez; las demás provincias se comprometieron a aportar fuerzas considerables; y Bohemia prometió, en caso de invasión efectiva de Austria, enviar en su auxilio a todo hombre capaz de empuñar las armas.

Sin embargo, el rey veía demasiado claramente que, con toda esa ayuda, no podría hacer frente al ejército del sultán en campo abierto, y volvió los ojos hacia el Imperio, donde las disputas religiosas de la época presentaban serias dificultades para obtener el auxilio que necesitaba. El peligro era, no obstante, lo bastante apremiante como para apaciguar momentáneamente incluso los ardores encendidos por la Reforma. En la Dieta de Spira, a la que asistieron la mayoría de los príncipes electores y demás príncipes del Imperio, Fernando les dirigió un apremio urgente, en el que puso especial énfasis en el hecho de que Solimán había declarado su firme propósito de no deponer las armas hasta levantar un monumento a sus victorias a orillas del Rin. La voz de los partidos quedó efectivamente acallada por este llamamiento al interés común; pero el socorro votado, tras prolijos debates, resultó magro: no pasó de 12.000 infantes y 4.000 jinetes como contingente del cuerpo germánico. A continuación vinieron interminables debates sobre la elección de un comandante; y los turcos habían cruzado el Sava y tomado Pest antes de que el contingente germánico estuviera siquiera reunido.

No faltaban hombres obstinados, pedantes de pura cepa alemana, que sostenían que el miedo había exagerado el peligro; y al final se acordó en Ratisbona, ciudad a la que se había trasladado la asamblea, enviar una delegación de dos personas a Hungría para investigar la situación sobre el terreno. Partieron y, teniendo la fortuna de escapar a las manos de los turcos, regresaron con testimonios suficientes para despejar las dudas de sus sagaces comitentes.

El día en que Solimán cruzó la frontera húngara, un destacamento de caballería imperial al mando de Pablo Bakics se topó con un cuerpo de tropas ligeras turcas en las inmediaciones de Viena y tomó algunos prisioneros. Los vencedores se mostraron hábiles discípulos en crueldad de los turcos, e incluso superaron a sus maestros: mientras estos solían hacer con sus cautivos un rápido trabajo de sable, los ahora capturados fueron torturados en el potro antes de ser atados con cuerdas y arrojados al Danubio.

Entretanto, la proximidad de los turcos y la tardanza de todos los auxilios elevaron la consternación en Viena al paroxismo. La noticia de la caída de Pest, que llegó el 17 de septiembre, impulsó a huir a cuantos tenían medios para ello. Haciendo caso omiso de un urgente bando de las autoridades dirigido a todos los capaces de portar armas, muchos burgueses abandonaron la ciudad con el pretexto de poner a salvo a mujeres e hijos, y pocos regresaron. Estos desertores fueron llamados a responder rigurosamente de su conducta, aunque mucho disculpaba el comportamiento de los particulares la vergonzosa negligencia de sus gobernantes, que habían postergado las medidas de defensa hasta el punto en que la resistencia parecía inútil. Las innumerables huestes del invasor

habían cruzado la frontera antes de que se hubiera reunido fuerza alguna capaz de frenar siquiera su avance. Las tropas reales acampadas en Altenburg apenas llegaban a 5.000 hombres, quienes, a la primera aparición del enemigo, efectuaron una rápida retirada para no quedar cortados de Viena. Los socorros prometidos por el Imperio no llegaban, pese a que mensajero tras mensajero eran enviados a apremiar su marcha. Incluso las tropas bohemias avanzaban a paso lento bajo su jefe Juan de Bernstein, y había que exhortarlas continuamente a mayor diligencia.

Por fin, el duque Federico del Palatinado, príncipe elegido para mandar el ejército del Imperio, llegó el 24 de septiembre a Linz con los escasos levantamientos, apenas unos pocos millares de hombres, que hasta entonces se habían reunido. En Linz celebró conferencia con Fernando sobre las medidas a adoptar, y luego se apresuró a entrar en Viena antes de la llegada de los turcos. El 26, sin embargo, recibió en Grein la noticia de que los turcos habían aparecido en fuerza en las proximidades de la ciudad. En un primer momento se mostró resuelto a abrirse paso a cualquier precio, pero al enterarse de que ambos puentes sobre el Danubio estaban en poder del enemigo, convencido de que con el intento solo lograría arrastrar a sus débiles fuerzas a una destrucción cierta e inútil, decidió detenerse en Krems a la espera de refuerzos. Su primo, no obstante, el valiente Pfalzgraf Felipe, logró introducirse en la ciudad con un reducido número de tropas españolas y alemanas, tres días antes de que los turcos la cercaran.

En Viena se habían realizado los preparativos necesarios con un esfuerzo casi sobrehumano, pero con tal precipitación y tan escasos medios que apenas podían considerarse suficientes ante la

gravedad de la situación. La ciudad ocupaba entonces la misma extensión que en la actualidad; las defensas eran viejas y en gran parte ruinosas, los muros tenían apenas metro y medio de grosor, y la empalizada exterior era tan frágil e insuficiente que el nombre de *Stadtzaun* —o seto de la ciudad— con que aparece en los registros municipales de la época resultaba literalmente apropiado, y no solo en sentido figurado. La ciudadela no era sino el antiguo edificio que hoy se conoce como Schweizer Hof.

Todas las casas demasiado próximas a la muralla fueron demolídas; donde esta era particularmente débil o se hallaba en mal estado, se levantó una nueva línea de defensa de tierra, bien empalizada; dentro de la propia ciudad, desde la puerta de Stuben hasta la de Kärntnertot o Carintia, se construyó un muro enteramente nuevo de seis metros de altura con un foso interior al antiguo. La orilla del Danubio fue también atrincherada y empalizada, y desde el puente levadizo hasta la puerta de la Sal se protegió con un terraplén capaz de resistir la artillería. Como medida de precaución contra el fuego, se retiraron las tejas de madera con que estaban cubiertas la mayoría de las casas. El empedrado de las calles fue levantado para amortiguar el efecto de los proyectiles enemigos, y se establecieron puestos de vigilancia contra los incendios. Se enviaron partidas a recorrer los alrededores en busca de víveres y a reunir ganado y forraje. Finalmente, para hacer frente a la posibilidad de un asedio prolongado, se obligó en lo posible a abandonar la ciudad a los consumidores inútiles: mujeres, niños, ancianos y eclesiásticos. Aunque esta última medida logró su propósito inmediato y evitó cualquier escasez de alimentos durante el cerco, tuvo la dolorosa consecuencia de que muchos de los fugitivos encontraron la muerte o el cautiverio a

manos de las tropas ligeras turcas. Cerca de Traismauer, por ejemplo, a principios de septiembre, un grupo de nada menos que 5.000 personas fue masacrado sin piedad por los Sackman.

Para atender a la urgencia financiera del momento, se impuso una contribución extraordinaria en toda Austria. Un obispo fue tasado en 5 florines; un prelado mitrado, en 4; uno sin mitra, en 3; un conde, en 4; el resto de la nobleza, así como el clero secular y todos los ciudadanos que se estimaba poseían 100 florines, en 1 florín cada uno; campesinos, sirvientes y demás de las clases más pobres, en un kreutzer por dólar; los jornaleros, en 10 peniques; y cada comulgante, en 9 peniques. Si estas sumas parecieran exiguas, ha de tenerse en cuenta el valor del dinero en una época en que una casa de campo de cierta entidad podía adquirirse por 50 florines y 200 florines se consideraban una fortuna.

En cuanto a la defensa activa, el Pfalzgraf Felipe había asumido el mando en la ciudad. Le acompañaba el veterano héroe Nicolás, conde de Salm, quien había cruzado el campo del March desde la Alta Hungría con una tropa escogida de caballería ligera y en quien Fernando depositaba su principal confianza para la defensa del baluarte de la Cristiandad. Estas cualidades habían sido acrisoladas a lo largo de cincuenta y seis años de servicio en el campo de batalla, y recientemente en la victoria de Pavía (1522), en la que había desempeñado un papel destacado, cruzando la espada e intercambiando heridas con el rey francés Francisco I. A los setenta años, asumía ahora una responsabilidad mayor que ninguna de las que hasta entonces había afrontado; pues aunque el rango del Pfalzgraf le otorgaba una precedencia nominal, la con-

fianza de los soldados y los ciudadanos descansaba principalmente en el veterano caudillo.

Los demás comandantes eran Guillermo, barón de Roggendorf, general de caballería que se había distinguido en las guerras de Italia; Marcos Beck de Leopoldsdorf, comisario general; Ulrico Leyser, maestre de artillería; Juan Katzianer; Leonardo, barón de Vels; Héctor Eck de Reischach; y Maximiliano Leyser. De los diputados y consejeros de los estados austríacos presentes en la ciudad figuraban: Jorge von Puechhaim, gobernador de la Baja Austria; Nicolás Rabenhaupt, canciller; Rodolfo von Hohenfeld, Feliciano von Pottschach, consejeros privados; Juan von Greissenegg, comandante de Viena y de la milicia de a pie de la ciudad; Melchor von Lamberg; Trajano von Auersberg; Bernardino Ritschen; Helfrech von Meggun; Erasmo von Obritschen; Raimundo von Dornberg; Otto von Achterdingen; Juan Apfalterer; Segismundo von Kollonitsch; Reinbrecho von Ebersdorf; y Hans von Eibenswald. Las tropas estirianas eran mandadas por el valiente Abel von Holleneck; las bohemias, por Ernesto von Brandenstein. El contingente del Imperio lo formaban dos regimientos al mando de Kuntz Gotzman y Jacobo von Bernan. Luis de Ávalos, Melchor de Vilanel, Juan de Salinas y Juan de Aguilera mandaban a los españoles. Los magistrados que permanecieron en la ciudad fueron Wolfgang Troy, burgomaestre; Pablo Bernfuss, juez; y los concejales Sebastián Eiseler, Sebastián Schmutz y Wolfgang Mangold.

Los límites de esta obra no permiten consignar la lista completa de oficiales subalternos. En ella figurarían nombres vinculados a las primeras casas de la nobleza alemana y austriaca, entre ellos

varios que se habían unido a la guarnición como voluntarios. En el campamento de los imperiales en Krems se hallaban dos jóvenes nobles —Ruperto, conde de Manderscheid, y Wolf, conde de Oettingen— tan entregados a la causa que, una vez cercada la ciudad, cruzaron el Danubio a nado y fueron izados sobre la muralla cerca de la puerta de Werder.

La guarnición ascendía en total a 20.000 infantes y 2.000 jinetes; los burgueses en armas sumaban alrededor de 1.000. La distribución de las tropas era la siguiente: el Pfalzgraf Felipe ocupaba, con 100 coraceros y 14 compañías de las tropas del Imperio, el cuartel de Stuben, desde el Rothenthurm hasta la mitad de la cortina hacia la puerta de Kärntnertot. Desde allí hasta el convento de los Agustinos estaba desplegado Eck von Reischach con 3.000 infantes. Desde ese punto hasta el Burggarten se situaban las tropas estirianas bajo Abel von Holleneck. La ciudadela era sostenida por Leonardo von Vels con 3.000 hombres escogidos. Desde allí hasta la puerta Escocesa mandaba Maximiliano Leyser. En las cuatro plazas principales de la ciudad estaba apostada la caballería a las órdenes de Guillermo von Roggendorf, lista para acudir en cualquier dirección. Desde la puerta Escocesa hasta la de Werder estaban desplegados 2.000 austriacos y 700 españoles bajo Ruperto von Ebersdorf. La torre del paraje llamado Elend fue reforzada con un terraplén y artillada con cañones de grueso calibre para hostilizar a la flotilla turca, que cubría el Danubio hasta Nussdorf. Por último, desde la puerta de Werder hasta el Rothenthurm, incluyendo la puerta de la Sal, estaban apostados 2.000 bohemios bajo Ernesto von Brandenstein y Guillermo von Wartenberg, con un destacamento de caballería a las órdenes de Juan, conde de Hardegg.

La artillería montada en las defensas parece haber constado de entre sesenta y setenta piezas, de los muy variados calibres y denominaciones en uso en aquella época. Un armamento escaso según los criterios actuales, si se tiene en cuenta la longitud del perímetro defensivo y la ligereza de algunas de las piezas; pero respetable quizá para la época, y más que suficiente para superar a la artillería ligera de los turcos. La ciudad probablemente habría contado con aún menos medios en este aspecto de la defensa, de no ser por el emperador Maximiliano, para quien la fabricación y el uso de la artillería habían constituido un estudio y una afición predilectos, de cuyos frutos se beneficiaban ahora sus herederos y su patria. El cuidado de esta artillería fue encomendado a setenta y cuatro artilleros bajo las órdenes del maestre de artillería Ulrico Leyser.

Tras todos estos preparativos, las defensas seguían siendo muy débiles, incluso para la ciencia de la ingeniería de la época. No había bastiones donde disponer adecuadamente los cañones. Se menciona que varias de las piezas ajustadas a troneras o aspilleras abiertas en la muralla resultaron inutilizables en esa posición y tuvieron que trasladarse a los tejados de los edificios cercanos; los fosos estaban secos, y se dejaba a los defensores que supliesen con valentía y resistencia las carencias del arte y las previsiones de la prudencia.

La hora de la prueba estaba cerca: el 20 de septiembre, Altenburg capituló tras una gallarda defensa y su guarnición, de 300 hombres, fue hecha prisionera. El sultán los interrogó sobre el estado de Viena, la fuerza de su guarnición y demás circunstancias, y habiendo respondido, al parecer, en términos que concordaban

con su propia idea de la verdad, fueron bien tratados por él, aunque obligados a acompañarle en su marcha. Poco después, Brück sobre el Leitha y Trautmannsdorf cayeron en sus manos por capitulación; y, libre de estos pequeños obstáculos, avanzó con todas sus fuerzas reunidas y con todas las perspectivas de consumar la ruina del Imperio mediante la sujeción de su capital.

CAPITULO IV
De 16 al 26 de septiembre de 1529

En Viena se resolvió, mediante un consejo de guerra, que, dado que no era posible enfrentarse en campo abierto al abrumador número de enemigos, se debía neutralizar, en la medida de lo posible, la ventaja de las posiciones cercanas mediante el sacrificio de los suburbios y de todos los edificios situados dentro del alcance de fuego desde las murallas. Una adopción más temprana de esta medida indispensable habría evitado gran parte de la violencia y la miseria que acompañaron su ejecución apresurada. La necesidad de esta decisión era evidente desde finales de agosto, tras la caída de Pesth.

Para el 16 de noviembre, toda la región estaba infestada por las bandas de Michael Oglou, que no perdonaban ni edad ni sexo: niños, ancianos y mujeres embarazadas eran asesinados con extrema crueldad, y quienes escapaban de la espada eran reducidos a la esclavitud. Un escritor contemporáneo, Peter Stern von Labach, describe estos horrores en los siguientes términos: «Tras la toma de Brück en el Leitha y del castillo de Trautmannsdorf, el saqueador y quienes le precedían —gente sin paga regular, que vivía del pillaje—, en número de 40.000, se dispersaron por todo el país, hasta el Ens y Estiria, incendiando y matando. Muchos miles de personas fueron asesinadas o maltratadas y arrastradas a la esclavitud. A los niños se les arrancaba del vientre de sus madres y se les ensartaba en picas; las jóvenes eran violadas hasta la muerte y sus cuerpos abandonados en los caminos. Dios tenga

piedad de sus almas y conceda venganza contra los sanguinarios que cometieron estas atrocidades».

Los campesinos huyeron hacia lo profundo de los bosques o hacia la ciudad, aumentando con sus relatos el pánico general. Para el 20 de septiembre, todos los caminos que conducían desde el este y el sur hacia la ciudad estaban llenos de fugitivos que intentaban salvarse junto con sus pertenencias. Sin embargo, los jinetes orientales, familiarizados con todo tipo de terrenos, superaban pantanos, bosques y montañas, por lo que pocos lograban escapar. Solo algunas ciudades fortificadas y castillos resistieron. Una crónica de la época afirma que apenas una tercera parte de los habitantes de la Alta Austria sobrevivió a la invasión.

No fue hasta el 22 de septiembre, cuando el enemigo ya estaba a las puertas de Viena, que se adoptó definitivamente la decisión de sacrificar los suburbios y los numerosos edificios suntuosos en favor de la seguridad general. Primero se trasladaron a la ciudad los bienes muebles más valiosos, y luego comenzó la destrucción. Pronto se hizo evidente, sin embargo, que se había empezado demasiado tarde para llevar a cabo la tarea de manera ordenada. Se dejó a los propietarios salvar apresuradamente lo que pudieran; el resto fue abandonado al saqueo de la soldadesca, y se prendió fuego a todos los edificios.

El resultado fue el desorden y los excesos previsibles, y los habitantes fueron tratados casi tan mal por las tropas extranjeras como lo habrían sido por los turcos. Se rompieron muchas cubas de vino en las bodegas, se quemaron provisiones y objetos valiosos, e incluso las iglesias fueron saqueadas y profanadas. Aunque esto

podría atribuirse en parte a la falta de disciplina, la población sufrió especialmente: quienes transportaban los últimos restos de sus bienes hacia la ciudad eran despojados, maltratados e incluso asesinados si intentaban resistirse.

Este descontrol se extendió incluso dentro de las murallas. Varias casas fueron asaltadas y saqueadas, y hasta la propia ciudadela fue invadida por merodeadores. Se emitió rápidamente un edicto contra estos desórdenes, aplicado mediante la instalación de una horca en el llamado Lugeck. En solo cuatro días, ochocientas casas fueron incendiadas. Entre las más importantes estaban el gran Hospital de la Ciudad, dedicado al Espíritu Santo; el convento franciscano de San Teobaldo; las iglesias de San Antonio y San Colomán; el gran convento de San Nicolás; el de Santa Magdalena; y el Closterneuburgerhof, entre otros. Finalmente, para privar a los turcos de una posición estratégica elevada, fue necesario destruir el castillo del Kahlenberg (Leopoldsberg). La última medida fue tapiar y fortificar todas las puertas, excepto la puerta de Salz, que quedó como salida para incursiones.

El 23 de septiembre, mientras los suburbios ardían, un fuerte contingente turco avanzó hasta San Marcos, donde masacró a varios inválidos abandonados a su suerte, y se adentró aún más por el camino principal. Esto provocó la primera salida desde la ciudad: quinientos coraceros al mando del conde Hardegg. Al avanzar demasiado, fueron atacados por los turcos desde los flancos, aprovechando las ruinas, mientras el frente también combatía contra fuerzas superiores. Los coraceros se retiraron en desorden. Solo tres murieron, pero seis, junto con un corneta, Christopher von Zedlitz, fueron capturados.

Los turcos colocaron las cabezas de los muertos en lanzas y, para igualar el número con los prisioneros, decapitaron a cuatro inválidos más, obligando a los cautivos a llevar las siete cabezas ante el sultán, que marchaba desde Brück en el Leitha. Este los interrogó sobre la fuerza de la guarnición y la posición de Fernando, y tras recibir respuestas veraces, liberó a cuatro de ellos, dándoles tres ducados a cada uno, y los envió de vuelta a Viena con un mensaje: si la ciudad se rendía, garantizaría la seguridad de personas y bienes; si resistía, no dejaría con vida a nadie y destruiría la ciudad por completo. Declaró también su intención de someter Viena y toda la cristiandad.

El 29 de septiembre, el Gran Visir apareció ante la ciudad con el ejército principal. Entretanto, el día 25, dos compañías imperiales lograron entrar en Viena. Relataron que miles de fugitivos habían sido alcanzados y aniquilados por las tropas de Michael Oglou. El 26, Solimán envió un emisario con una oferta burlona, que fue rechazada. Poco después, una lluvia de flechas oscureció el cielo, seguida de varias exigencias de rendición. Ante el silencio de los defensores, Solimán envió nuevos emisarios con promesas y amenazas, pero los comandantes respondieron únicamente devolviendo prisioneros turcos con regalos, sin aceptar ni rechazar formalmente sus propuestas.

CAPITULO V

Del 26 de septiembre al 2 de octubre de 1529

El ejército turco apenas había llegado a las inmediaciones de la ciudad cuando un bosque de tiendas surgió del suelo, ofreciendo un espectáculo tan impresionante que incluso los cronistas austríacos de la época se vieron llevados a abandonar su habitual estilo flemático para describirlo con un tono casi oriental. El territorio visible desde las murallas, hasta Schwechat y Trautmannsdorf, estaba cubierto de tiendas, cuyo número se calculaba en 30.000; ni siquiera la vista más aguda desde la torre de San Esteban alcanzaba a distinguir los límites del círculo así ocupado. La flor de las fuerzas turcas, los jenízaros, se apoderaron de las ruinas de los suburbios, que les ofrecían una excelente protección contra el fuego de los sitiados. También abrieron troneras en los muros aún en pie, desde donde dirigían fuego de artillería ligera y mosquetería contra las murallas de la ciudad.

La tienda de Solimán se alzaba con un esplendor superior a todas las demás en Simmering, en el lugar que hoy ocupa el edificio llamado Neugebäude. Tapices de riquísimo tejido separaban sus numerosos compartimentos. Costosas alfombras, cojines y divanes adornados con joyas constituían su mobiliario. Sus múltiples pináculos estaban rematados por bolas de oro macizo. El color del compartimento principal era verde con franjas doradas. Quinientos arqueros de la guardia real vigilaban día y noche. A su alrededor se levantaban, con gran aunque menor magnificencia, las tiendas de ministros y favoritos; y 12.000 jenízaros, terror de sus

enemigos y a menudo también de sus propios señores, acampaban en círculo en torno a este santuario central.

El bajá de Rumelia se situó frente a la puerta de Stuben y desde allí hasta el Danubio, asegurando el equipaje y su tren de caballos, mulas y camellos; estos últimos, unos 20.000, pastaban en los prados. El campamento del visir Ibrahim se extendía desde Simmering sobre el Wienerberg hasta Spinnerin, y de allí descendía por las laderas hasta Wieden y el camino principal frente a las puertas de Stuben y Kärntner. El bajá de Bosnia ocupaba la línea del río Wien, desde San Ulrico y San Teobaldo hasta Penzing. El bajá de Rumelia mantenía comunicación por su flanco derecho con un cuerpo de renegados que se habían unido a las fuerzas turcas.

Desde San Veit hasta cerca de Döbling, la segunda línea estaba formada por los bajás de Scutari y Semendria; el campamento del bajá Nastertsky, con numerosos prisioneros cristianos, se encontraba en Sporkenbühel. El cuerpo del bajá de Belgrado, que se extendía desde Schönbrunn hasta más allá de Laxenburg, aseguraba la retaguardia del ejército sitiador. La guardia de la tienda real estaba confiada al bajá Anatolia. Los prados e islas del Lobau hasta Nussdorf estaban ocupados por las tripulaciones de la flotilla turca, que había llegado el 25 de septiembre con la misión de vigilar las orillas e impedir el paso de refuerzos. Estos marineros, bien entrenados y eficaces, eran llamados Nasser o Nassadistas, y Martolos, una corrupción turca del alemán Matros. El número de sus embarcaciones ascendía a 400.

Entre las ruinas de los suburbios, los jenízaros y los asapes (una especie de zapadores) cavaban trincheras desde las que lanzaban flechas y disparos de mosquete con tal constancia que nadie podía mostrarse en las murallas sin correr un peligro extremo. La puntería de sus arqueros era tan precisa que a menudo hacían pasar sus proyectiles por las troneras y aberturas de las defensas. Afortunadamente para la débil guarnición, la mayor parte de la artillería pesada turca había quedado en Hungría, ya que las lluvias habían hecho imposible su transporte. Por ello, los sitiadores se vieron obligados a limitar sus operaciones a la minería y a un fuego de flechas tan intenso e incesante que, en la ciudad, especialmente en la calle Kärntner, nadie podía circular con seguridad.

La línea de ataque se extendía desde el baluarte cercano al convento de los Agustinos hasta la torre situada entre las puertas de Stuben y Rothenthurm, donde mandaba Eck von Reischach. Frente a esta línea defensiva excavaron un laberinto de profundas trincheras, reforzadas con tierra y madera, siendo la torre de Kärntner su principal punto de asalto. El fuego de artillería, probablemente poco eficaz para abrir brechas, se dirigía principalmente contra los edificios más altos de la ciudad, especialmente la torre de San Esteban; pero las flechas volaban en todas direcciones. Algunas, probablemente disparadas por personajes de rango, eran de fabricación costosa, pintadas e incluso adornadas con perlas, y se conservaron durante mucho tiempo como curiosidades.

La fuerza total de los sitiadores se estimaba, según Peter von Labach y Meldemann, en 300.000 hombres, aunque solo 100.000

estaban plenamente armados. El resto se ocupaba del equipaje, mal equipado y sin entrenamiento militar, siendo más una carga que una ayuda. La artillería ascendía a unas 300 piezas, de las que no más de treinta eran de calibre respetable. El cerco de la ciudad se completó y el paso del Danubio quedó efectivamente cerrado por los nassadistas el 27 de septiembre. Poco después, tres compañías de caballería alemana y española hicieron una salida por la puerta de Burg, produciéndose una escaramuza en la que murieron unos doscientos turcos y varios oficiales. Los españoles en la puerta de Werder también impidieron con éxito el desembarco de un cargamento de armas que había llegado por el Danubio desde Kahlenberg.

A partir de entonces, para evitar alarmas innecesarias, todas las campanas de la ciudad fueron silenciadas, e incluso se prohibió marcar las horas, con la única excepción de la campana principal de San Esteban, que podía señalar los cuartos. El día 29 —día de San Miguel, en el que Solimán había declarado que desayunaría en Viena— el visir Ibrahim recorrió el perímetro de las murallas con un numeroso séquito. Había abandonado prudentemente su atuendo habitual y vestía de forma más sencilla, como un soldado, manteniéndose además fuera del alcance de los disparos.

Los vieneses, ya entonces inclinados al humor, no dejaron pasar la ocasión de burlarse del sultán. Liberaron prisioneros con el mensaje de que su desayuno lo había estado esperando hasta enfriarse, y que tendría que contentarse con el que podían ofrecerle desde los cañones de la muralla. Ese mismo día realizaron una vigorosa salida dirigida por Eck von Reischach desde la puerta de

Kärntner; también el español Luis d'Avallos participó con sus hombres, causando numerosas bajas entre los turcos.

Ese mismo día salió por primera vez un espía de la ciudad, que cruzó a nado el Danubio dos veces y regresó sano y salvo, pero en el tercer intento desapareció. Se tomaron entonces medidas para contabilizar exactamente las provisiones, dado lo incierto de la duración del asedio. Las tropas se organizaron en grupos de cuatro hombres, asignándose a cada grupo una ración de ocho libras de pan y quince medidas de vino. Sin embargo, se redujo la ración a algunos lansquenetes extranjeros, poco acostumbrados al fuerte vino austríaco.

Desde el día de San Miguel, las lluvias continuas y las heladas nocturnas, inusuales para la estación, causaron gran sufrimiento a los turcos en sus ligeras tiendas. El frío persistió tras cesar la lluvia, agravado por fuertes tormentas. El 30 de septiembre transcurrió sin incidentes relevantes, salvo un ataque turco contra la guardia del puente levadizo.

El 2 de octubre se detectó y destruyó una mina enemiga bajo la torre de Kärntner. Para contrarrestar este peligro, se colocaron guardias en los sótanos cercanos a las murallas y se emplearon métodos ingeniosos para detectar excavaciones, como tambores con guisantes o recipientes con agua que vibraban ante la actividad subterránea. Gracias a estas precauciones, muchas galerías enemigas fueron descubiertas y neutralizadas.

Finalmente, el texto desmiente una historia popular según la cual una mina turca habría llegado hasta una casa llamada Heiden-

schuss. Se considera improbable, tanto por la distancia como por la falta de testimonios contemporáneos. El nombre ya existía desde 1292, mucho antes del asedio. Sin embargo, se reconoce que el gremio de panaderos, entre otros, prestó grandes servicios durante el asedio, siendo recompensado posteriormente con privilegios honoríficos que se mantuvieron hasta el siglo XIX.

CAPITULO VI
Del 3 al 13 de octubre de 1529

El 3 de octubre, el fuego enemigo arreció considerablemente y se prolongó hasta bien entrada la noche. Se esperaba con toda certeza un asalto inminente. La guarnición permaneció sobre las armas día y noche. Sin embargo, nada ocurrió salvo daños de consideración en la torre de Kärnthner y en el bastión adyacente, a cambio de lo cual la cocina del Beglerbeg de Rumelia quedó casi completamente destrozada por un certero disparo desde la ciudad. Al día siguiente se dieron órdenes en el campamento turco para proseguir con el mayor ímpetu los trabajos de zapa. La gente de Michael Oglou recibió la orden de trasladar escalas y fardos de paja a las trincheras, y se hicieron todos los preparativos para un asalto general.

Ese mismo día se presentó en el campamento Simón Athinai, apodado el Sabio, amigo y allegado de Zapolya, para rendir sus respetos a Solimán, quien lo recibió con los honores que acostumbraba dispensar a los hombres de letras. Por la tarde se celebró en la ciudad un consejo de guerra y se resolvió efectuar una fuerte salida al día siguiente, con el propósito principal de descubrir y destruir las minas recién iniciadas, y también de desalojar a los jenízaros de las ruinas de los arrabales, desde donde su fuego incesante molestaba sobremanera a la guarnición. Para esta operación fueron destinados ocho mil hombres de todas las armas y naciones, y la acción se inició a las seis de la mañana. Su éxito no fue ni mucho menos el esperado, aunque al principio

prometía los resultados más felices. Las baterías enemigas fueron tomadas en un primer momento y dejadas atrás; los soldados, bien conducidos por sus oficiales, se arrojaron sobre el enemigo con las armas mortíferas propias del combate cuerpo a cuerpo de aquella época, como la maza de guerra y el hacha de batalla, causando estragos, pero al despuntar el día la alarma cundió por el campamento turco y trajo refuerzos en gran número.

Un súbito temor a quedar cortados de la ciudad, sugerido por unas pocas voces, degeneró en pánico, y las tropas cayeron en la confusión, que acabó en una desbandada general. Las voces de sus oficiales, los ánimos que la guarnición les daba desde las murallas y el ejemplo de un valiente comandante, Wolf Hagen, fueron inútiles para contener la avalancha. El propio Hagen, con unos pocos hombres valerosos que permanecieron a su lado, fue rodeado y decapitado. Su cuerpo fue rescatado y llevado a la ciudad para darle sepultura honrosa. Cayeron también en esta desastrosa acción un oficial alemán de noble linaje, Georg Steinpeiss, y un español, García Guzmán; el valiente Héctor von Reischach resultó gravemente herido. Quinientas cabezas y varios prisioneros quedaron en el campamento turco, el cual, sin embargo, sufrió por su parte pérdidas considerables. La retirada se produjo con tal confusión que muchos fueron empujados por encima del pretil del puente y, lisiados por la caída, quedaron a merced de los turcos, quienes persiguieron tan de cerca hasta las murallas que solo fueron rechazados de ellas a punta de pica.

Al mediodía hubo una nueva alarma de que unos camellos transportaban haces de madera, paja y sarmientos para cegar el foso. El esperado asalto, sin embargo, no tuvo lugar. El fuego turco se

reanudó a las 5 de la tarde y se mantuvo sin interrupción, lo que obligó a los soldados a permanecer en sus puestos durante toda la noche. El día 7, a las 9 de la mañana, los turcos asaltaron dos bastiones y hicieron volar una mina junto a la puerta de Kärnthner, con la que el muro frente al convento de Santa Clara quedó destruido en una extensión de trece brazas. La noche siguiente el campamento se iluminó con varios miles de antorchas y se produjeron gritos y alarmas generales sin mayor consecuencia. Probablemente se trataba de la celebración de alguna festividad.

Reunida la guarnición en sus puestos, el conde Salm les anunció que por medio de un mensajero de confianza, que había cruzado el Danubio a nado a medianoche, había recibido noticias consoladoras del rey Fernando y del duque Federico, quienes prometían acudir en su socorro en el plazo de una semana. La guarnición acogió esta noticia con clamorosas aclamaciones, que probablemente causaron en el campamento turco tanta sorpresa como sus iluminaciones y griterías habían causado en Viena. Aunque esta alentadora promesa levantó el ánimo de todos, las dificultades de la defensa se hacían cada día más apremiantes, y se publicó una proclama que prohibía, bajo pena de muerte, toda molicie y negligencia en el cumplimiento del deber. Para ilustrar y hacer cumplir este edicto, dos lansquenetes que, enredados con sus copas, no se presentaron en sus puestos tras darse la alarma, fueron ahorcados en el Lugeek como traidores.

El día 8, toda la artillería turca descargó sobre la ciudad. La empalizada de madera frente a la puerta de Kärnthner fue prendida en llamas y los muros, privados de su parapeto, amenazaban con derrumbarse hacia adentro. Para evitar esta catástrofe, posible-

mente fatal, se llevaron troncos de árboles y enormes vigas para apuntalarlos, y se levantó un nuevo parapeto con increíble celeridad. Se construyó una obra similar ante la puerta Escocesa, dotada con dos cañones que causaron grandes estragos en el campamento turco en dirección a Sporkenbühel.

El 9 de octubre hubo una alarma al amanecer y en el campamento turco eran evidentes los preparativos para un asalto. A las 3 de la tarde hicieron explosión sendas minas a derecha e izquierda de la puerta de Kärnthner. La del lado izquierdo abrió una brecha en el muro con anchura suficiente para que avanzaran veinticuatro hombres en orden. El asalto fue no obstante gallardamente rechazado por Salm y Katzianer en tres ocasiones sucesivas. Varios españoles y alemanes habían sido sepultados o lanzados por los aires por la explosión; otros fueron arrojados de vuelta al interior de la ciudad sin graves heridas. Las explosiones habrían sido más eficaces si los sitiados no hubieran logrado llegar a algunas de las cámaras de las minas mediante contraminas, extrayendo ocho toneles de la carga. Durante los repetidos asaltos, la artillería más pesada de la ciudad disparó sin cesar sobre la caballería turca y con tan buena puntería que, por usar las palabras de Peter Stern von Labach, hombres y caballos volaban por los aires.

Tras cada retirada de los destacamentos de asalto, las trompetas desde la torre de San Esteban y la música marcial en la plaza de Santa Clara celebraban el triunfo de los sitiados. El sultán, abatido ante estos repetidos fracasos, adoptó una precaución que delataba su propio temor a una salida desde la ciudad, pues ordenó cavar trincheras en torno a las tiendas de los jenízaros y demás

tropas escogidas. En la ciudad, una vez restablecida la calma, el viejo muro fue reparado rápidamente, se construyó uno nuevo, se derribaron las casas que lo obstaculizaban y sus materiales se emplearon para rellenar la empalizada de madera. El día 10 todo estuvo tranquilo y prosiguieron los trabajos de reparación. Se descubrieron y destruyeron dos minas, y en una pequeña salida de unos ochenta hombres se capturaron cinco camellos.

El día 11, hacia las 9 de la mañana, hizo explosión una mina entre las puertas de Kärnthner y Stuben, que abrió una brecha enorme, equivalente a una puerta abierta en el muro. Fuertes columnas de hombres se lanzaron al asalto; una segunda mina estalló junto a la puerta de Stuben y, según algunos relatos, parte del enemigo llegó positivamente a entrar en la ciudad por ese sector. Esto, sin embargo, es dudoso; pero lo que sí es cierto es que un abanderado turco había trepado al muro cuando fue derribado de un mosquetazo al foso. El asalto y la defensa se prolongaron con igual determinación durante tres horas. Mil doscientos cadáveres se amontonaron en la brecha y, aunque nuevos asaltantes parecían brotar de la tierra, sus esfuerzos se estrellaron contra el inquebrantable valor de los defensores. El combate cesó al mediodía.

Las bajas de la guarnición fueron muy inferiores a las de los turcos; sin embargo, en una revista general de los ciudadanos en armas celebrada por la tarde, faltaban 625 de los efectivos contabilizados al inicio del sitio. La cólera del sultán llegó a su punto más alto. Vociferó, suplicó, prometió y amenazó; y al día siguiente el asalto fue renovado. Nuevamente dos minas hicieron explosión en el mismo sector que antes, y nuevamente los destrozos en el muro fueron de consideración. Los turcos se hallaban en la

brecha casi antes de que pudiera detectarse su avance, según creían, pero apenas había caído el muro cuando sus ruinas ya estaban ocupadas por una compañía de españoles, con sus banderas desplegadas y el ánimo intacto. El asalto fue encarnizado pero breve; el rechazo fue de nuevo completo, y el desaliento y el agotamiento se adueñaron de las filas turcas. Desde las torres de la ciudad se veía a sus oficiales empujándolos hacia adelante a golpes. En varios puntos se observaron explosiones que no causaron daño alguno en los muros. Aunque los ataques se repitieron varias veces y hasta avanzada la hora de la tarde, a medida que crecía el valor de los defensores el del enemigo decaía, y los últimos esfuerzos fueron repelidos con creciente facilidad. Las bajas de los asaltantes no pudieron determinarse, pues los turcos, conforme a su costumbre, recogieron a sus muertos.

Bien entrada la noche, sin embargo, se celebró un consejo de guerra en su campamento, en el que el tono de confianza anterior había descendido notablemente. Lo tardío de la estación y la dificultad del abastecimiento fueron los temas de debate. Esta última dificultad no era en modo alguno ficticia, pues, ante la expectativa de una rendición rápida de la ciudad, los suministros se habían reunido en una medida del todo insuficiente para la situación presente. Se recordó asimismo que se habían ejecutado tres asaltos principales y que en cada ocasión las tropas habían avanzado al ataque tres veces. Este número mágico había cumplido la ley del islam, según la cual, ya sea en campo abierto o contra posiciones defensivas, no se exige a los fieles más de tres ataques. A pesar de estas buenas razones y de las justas excusas para retirarse de inmediato, la tentación del botín era tan fuerte que se acordó intentar al día siguiente, el 14, un asalto más con todas

sus fuerzas; pero que, de fracasar este, se levantaría el sitio. Los jenízaros, que eran los más ruidosos en sus quejas, fueron aplacados con el pago del dinero de asalto habitual, a saber, mil aspros, o veinte ducados, por hombre.

El 13 de octubre transcurrió, pues, sin ataque, pero los preparativos para uno estaban en plena actividad. Numerosos pregoneros recorrían el campamento proclamando el gran asalto para el día siguiente y anunciando las siguientes recompensas: al primero que escalara el muro, el ascenso desde su rango militar respectivo al inmediatamente superior y una suma de 30.000 aspros (600 ducados). El sultán inspeccionó en persona y a caballo los preparativos y expresó su satisfacción. Tampoco estaban ociosos en la ciudad. Mientras los soldados permanecían sobre las armas, los ciudadanos de ambos sexos y de todas las clases, edades y oficios, tanto eclesiásticos como laicos, trabajaban sin descanso retirando escombros, cavando nuevas trincheras, levantando obras, reforzando las murallas y cegando las brechas. Muchos de los que en ello se afanaban resultaron heridos por los distintos proyectiles enemigos. También prestaron cuidadosa atención a las minas enemigas y lograron ese día detectar y extraer seis toneles de pólvora de una destinada a la destrucción de la torre de Kärnthner. Así preparados y así resueltos, aguardaron el amanecer del día que habría de decidir la suerte de la plaza fuerte cristiana, tan larga y tan gallardamente defendida.

CAPITULO VII
Del 14 de octubre al 20 de noviembre de 1529

Al amanecer del 14 de octubre, la flor del ejército turco se encontraba dispuesta en tres poderosos cuerpos para el asalto, y hacia las nueve de la mañana avanzaron, conducidos por oficiales del más alto rango. En esta ocasión, sin embargo, el coraje desesperado y el alegre desprecio por la muerte que habitualmente habían caracterizado a la soldadesca turca ya no eran distinguibles. De nada sirvió que sus oficiales, el visir en persona a la cabeza, los empujaran hacia adelante a golpes de bastón, látigo y filo de sable; se negaron a obedecer, diciendo que preferían morir a manos de sus propios oficiales antes que enfrentarse a los largos mosquetes de los españoles y a los pinchos alemanes, como llamaban a las largas espadas de los lansquenetes.

Hacia el mediodía se hicieron estallar dos minas a derecha e izquierda de la puerta de Kärnthner, pero una tercera, que había sido excavada bajo el Burg, fue afortunadamente detectada, y su carga completa de veinte barriles de pólvora cayó en manos de los contraminadores. Sin embargo, una brecha de veinticuatro brazas de anchura fue el resultado de las minas que sí lograron su cometido, y a través de ella, apoyados por el fuego de todas sus baterías, se realizaron repetidos intentos de asalto, que en todos los casos fueron repelidos como antes. Estos ataques fueron los últimos esfuerzos agonizantes de hombres agotados. Dos incidentes relacionados han sido considerados dignos de mención. El primero es la aventura de dos oficiales, un portugués y un alemán,

que habían reñido la noche anterior y se disponían a resolver su disputa a espada por la mañana, habiendo elegido la brecha o sus inmediaciones como lugar del encuentro. Al ser interrumpidos por el asalto turco, acordaron naturalmente, en lugar de proseguir con su propio y necio propósito, volver sus armas contra los turcos. El punto más destacado de la historia parece ser que, después de que uno hubiera perdido el brazo izquierdo y el otro el uso del derecho, permanecieron el uno junto al otro, formando entre ambos un soldado perfecto, hasta que los dos cayeron muertos.

El otro incidente es de mayor importancia histórica. Se trata de la grave y en última instancia mortal herida del valiente conde Salm, quien, tras haber escapado de todos los peligros previos del asedio, recibió hacia las dos de la tarde el impacto de los fragmentos astillados de una piedra en la cadera, y fue llevado desde la brecha, que hasta entonces nunca había abandonado. Sobrevivió hasta la primavera del año siguiente, cuando murió a consecuencia de esta herida en su residencia de Salm Hoff, cerca de Marchegg, en la Baja Austria. El rey Fernando mandó erigir un suntuoso monumento a este merecedor soldado en la iglesia, entonces existente, de Santa Dorotea, en la que se encontraba la cripta familiar de los Salm. Esta iglesia fue demolida en 1783, cuando la familia Salm tomó posesión del monumento y lo trasladó a su residencia de Raitz, en Moravia.

Ante el fracaso de estos últimos ataques, Solimán abandonó toda esperanza de apoderarse de la ciudad, y las tropas recibieron en consecuencia una orden general de retirada. Su ejecución estuvo acompañada de un acto de atrocidad que arroja una sombra so-

bre el carácter del soberano a cuyos sirvientes fue perpetrado —una sombra no menos oscura por estar contrastada con numerosos indicios registrados de una naturaleza noble y generosa—. Bien podría, en efecto, considerarse como otro ejemplo de inevitable condescendencia ante las pasiones de una soldadesca indisciplinada, similar a la masacre de la guarnición de Pest, y más como una manifestación de la debilidad que del abuso del poder despótico. Los jenízaros levantaron el campamento una hora antes de medianoche y prendieron fuego a sus chozas, forrajes y a todo objeto combustible que no podían o no querían llevarse consigo. Bajo este último concepto incluyeron a la mayor parte de la inmensa multitud de prisioneros de todas las edades y de ambos sexos congregados en sus cuarteles. De entre estos, únicamente los más jóvenes —niños y niñas— fueron arrastrados junto a las columnas en retirada, atados con cuerdas, destinados a la esclavitud. Los ancianos de ambos sexos y los niños fueron en su mayor parte arrojados vivos a las llamas del campamento en llamas, y el resto fue despedazado o empalado. El resplandor de la conflagración y los gritos de las víctimas perturbaron durante la noche el descanso tan duramente ganado por los valientes defensores de la ciudad; y aunque en el primero podía leerse la inminencia de su liberación, probablemente no era difícil conjeturar por el segundo los horrores con los que esa liberación iba acompañada. Una vez consumado este acto de cobarde venganza, se disparó una salva final de todas sus armas de fuego contra las murallas; y tras prender fuego a todos los edificios restantes en los arrabales y las aldeas cercanas, el ejército inició su retirada.

Con la primera luz de la mañana llegó la certeza de la salvación de la ciudad, que fue saludada con una descarga general de ar-

tillería desde las murallas, con música marcial en las plazas públicas y desde la torre de San Esteban. Las campanas también fueron liberadas del silencio al que habían sido condenadas desde el 29 de septiembre, y se celebraron un solemne Te Deum y una misa mayor en San Esteban en honor de la Santísima Trinidad. El sultán interrogó a su prisionero, el alférez Zedlitz, acerca de la causa de los sonidos que llegaban a sus oídos. El alférez confesó de inmediato su convicción de que el clamor era de alegría y triunfo por la liberación de la ciudad. El sultán mostró su satisfacción ante la franqueza de la respuesta de su favorito poniéndolo en libertad y enviándolo sano y salvo a la ciudad, portando sobre su persona las señales del favor oriental en forma de ropajes de seda bordados en oro, y acompañado de dos de sus compañeros de cautiverio, que así compartieron la ventaja de la buena voluntad que el soldado se había ganado con su varonil comportamiento.

Poco después de este acto encomiable, el sultán inició su marcha en dirección a Brück sobre el Leitha. A primera hora del día siguiente, la flotilla comenzó a descender por el río, no sin ser hostigada por la artillería de la ciudad, que hundió varias embarcaciones. El Gran Visir permaneció durante algún tiempo con unos 60.000 jinetes en las proximidades del Wienerberg, en parte para cubrir la retirada, en parte para reagrupar a las tropas ligeras dispersas en expediciones de saqueo. Algunos escritores afirman, para explicar aún más esta demora, que aguardaba el resultado de las maquinaciones de ciertos agentes suyos en la ciudad, quienes se habían comprometido a incendiarla, y que esperaba incluso a aquellas alturas apoderarse de ella por tales medios. Esta suposición no concuerda demasiado con el carácter

altivo y elevado de aquel hombre. Es, sin embargo, cierto que fueron arrestados tres individuos sospechosos, que se hacían pasar por prisioneros evadidos. Al principio habían sido admitidos como tales sin despertar sospechas; pero cuando se observó que sus bolsas estaban bien repletas de dinero turco, esto se consideró razón suficiente para someterlos a tormento, mediante el cual se les arrancó la confesión de que habían sido contratados para el propósito antes descrito.

Fueron descuartizados y sus miembros fijados en las murallas. A una milla de distancia, el sultán se detuvo de nuevo y celebró un diván para recibir las felicitaciones de sus grandes oficiales por la feliz conclusión de la campaña. Tras besar la mano de aquellos dignatarios, les distribuyó ricos presentes. El visir recibió un sable enjoyado, cuatro costosos pellizas y cinco bolsas. Los bajás recibieron cada uno dos pellizas y una suma de dinero. El dinero distribuido como recompensa a las partidas de asalto había ascendido a 240.000 ducados, de modo que el acto final del asedio le costó al sultán al menos 250.000 ducados. El aspecto más curioso del asunto es el tono de los partes en que se describió la retirada.

El gran orientalista e historiador Von Hammer nos ha ofrecido traducciones de varios de ellos. El pasaje final de uno reza aproximadamente así: «Un infiel salió de la fortaleza y trajo noticias de la sumisión de los príncipes y del pueblo, en cuyo nombre suplicó gracia y perdón. El Padischah acogió con benevolencia su súplica y les concedió el perdón. Por cuanto las tierras alemanas no tenían relación con el reino otomano, y por ello era difícil ocupar los lugares fronterizos y gestionar sus asuntos, los fieles no se

molestaron en desalojar la fortaleza, ni en purificarla, mejorarla y ponerla en estado; antes bien, se repartió una recompensa de 1.000 aspros a cada uno de los jenízaros; y, establecida la seguridad, las cabezas de los caballos fueron vueltas hacia el trono de Salomón».

Antes de que el visir se incorporase a la columna de retirada, fue despachado a su encuentro un mensajero con propuestas de canje de prisioneros. El visir obsequió al mensajero con un rico cafetán de seda azul y devolvió la siguiente respuesta escrita en mal italiano: «El bajá Ibrahim, por la gracia de Dios, primer visir, secretario y consejero principal del más glorioso, grande e invencible emperador, sultán Solimán; cabeza y ministro de todos sus dominios, de sus esclavos y sanjacs, generalísimo de sus ejércitos. Bien nacidos, magnánimos oficiales y comandantes: habiendo recibido vuestro escrito, enviado por vuestro mensajero, hemos asimilado su contenido. Sabed que no hemos venido a tomar vuestra ciudad en nuestra posesión, sino únicamente a buscar a vuestro archiduque Fernando, a quien sin embargo no hemos encontrado, y por eso hemos aguardado aquí tantos días sin que él se presentase. Ayer además pusimos en libertad a tres de nuestros prisioneros, razón por la cual debierais hacer lo mismo con los que tenéis en vuestra posesión, como hemos pedido a vuestro mensajero que os explique de viva voz. Podéis por tanto enviar aquí a una de vuestras personas a buscar a sus compatriotas, sin temor ni inquietud por nuestra buena fe, pues lo que les ocurrió a los de Pest no fue culpa nuestra sino suya. Dado ante Viena a mediados de octubre.» Lo anterior estaba escrito en papel italiano liso, siendo solo la firma y el sello en caracteres turcos. Las autoridades de Viena obsequiaron al portador de esta misiva con una

prenda exterior de damasco rojo y lo despacharon con la respuesta verbal de que tanto más deseaban atenerse estrictamente a los usos de la guerra cuanto que esperaban tener en el futuro muchos motivos de relación. Si está bien referido, ha de reconocerse que tanto la respuesta como la réplica en esta negociación parecen haber perdido algo de vista el punto en cuestión. El escritor contemporáneo Labach afirma que Solimán, tras su retirada, envió un mensaje a la ciudad con una oferta de retirarse a cambio del pago de 200.000 florines, a lo que las autoridades respondieron que las llaves de su tesoro habían desaparecido.

El 17 de octubre, el visir emprendió realmente su retirada bajo una intensa tormenta de nieve que duró desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. La jornada de marcha se extendió hasta Brück sobre el Leitha, y fue de gran dificultad, con cuantiosas pérdidas de bagajes. La guarnición se esforzó por sacar partido de estas circunstancias. Ese mismo día tuvo lugar una salida bajo el mando de Juan Katzianer, Pablo Bakics y Segismundo von Weichselburg, con ocho escuadrones de caballería y cuatro compañías de infantería, en la que se hicieron muchos prisioneros, se rescataron muchos cristianos y se capturó un rico botín en tiendas y mobiliario de campaña, junto con algunos camellos. El 19, otra salida tuvo resultados aún más venturosos. Cerca de la aldea de Laa, en el Wienerberg, fueron abatidos más de 200 turcos, fue capturado un bajá y muchos niños fueron rescatados del cautiverio. La retaguardia turca fue así hostigada hasta que, el 20 de octubre, cruzó la frontera húngara. Los invasores, sin embargo, dejaron huellas aterradoras de su incursión a lo largo de una vastísima extensión de territorio, y en su línea de retirada descargaron hasta el final su venganza por el fracaso de su

propósito principal sobre todo objeto animado e inanimado que encontraron a su alcance. A sus prácticas habituales de masacre, pillaje e incendio añadieron la destrucción de árboles frutales, viñedos y jardines; y los desdichados habitantes que habían salvado la vida huyendo o escondiéndose regresaron a escenas de desolación que requirieron años para ser reparadas.

Las pérdidas de los invasores durante el asedio han sido estimadas de maneras muy diversas, con cifras que oscilan entre 80.000 y 30.000. El historiador húngaro Utvanffy las reduce a 20.000, y Ortelio a 14.000. La verdad se aproxima probablemente al cálculo inferior, ya que, a falta de un encuentro general en campo abierto, las pérdidas en combate recayeron duramente solo sobre las partidas de asalto. La cifra de 1.500 muertos en el bando de la ciudad, aunque recogida en todas las narraciones, está manifiestamente por debajo de la realidad, pues ya hemos visto que a fecha tan temprana como el 11 de octubre faltaban 636 ciudadanos armados.

El 25 de octubre, décimo día tras el levantamiento del asedio, Solimán entró en Pest, donde fue recibido con todos los honores por Zapolya. El 28, en pleno divan, Zapolya renovó su homenaje y fue obsequiado con diez caftanes y tres caballos con bocados y cadenas de oro. Su ministro, Ludovico Gritti, recibió 20.000 ducados. El 30, Solimán reanudó su marcha y la prosiguió a través de Petervaradin hasta Belgrado, al que no llegó hasta el 20 de noviembre, habiendo sufrido grandes retrasos a causa de las inundaciones. Mucho bagaje quedó atrás en los pantanos, y muchos hombres y caballos perecieron de hambre. Estos incidentes no impidieron a Solimán escribir en tono victorioso al dogo vene-

ciano, Andreas Gritti. Esta carta, fechada en Belgrado, estaba escrita en italiano y comenzaba con una pomposa lista de títulos de soberanía que abarcaba Asia y Europa en términos generales; y descendiendo a los particulares, Persia, Arabia, Siria, La Meca y Jerusalén, todo el territorio de Egipto y las costas del Mediterráneo. La carta relataba además cómo el sultán había «arrebatado a Fernando el reino de Hungría e investido con el mismo al voivoda de Transilvania; cómo con su visir Ibrahim, sus agas y bajás había marchado por Siria hasta Pest, y allí había colocado la corona de Hungría en la cabeza del voivoda, y había buscado al rey Fernando en Viena: pero como quiera que este había huido hacia Praga y resultaba imposible incluso averiguar si estaba vivo o muerto, había vuelto de nuevo, al cabo de veinte días, hacia Pest y allí recibido el homenaje de su vasallo». El conjunto es una muestra curiosa de la perfección que este modo de describir los acontecimientos había alcanzado tres siglos antes de nuestra época.

El tono es el mismo de la mayoría de las narraciones turcas del día, todas las cuales ensalzan hasta las nubes la magnanimidad y la moderación del sultán. Solo una, la de Ferdi, describe con cierta fidelidad la devastación causada por el ejército. Las animosidades nacionales de este escritor son tan violentas que llama a Fernando por ningún otro nombre que el de «el maldito». La conclusión de su narración reza como sigue: «Como llegó a oídos de Su Majestad que una parte del ejército cristiano se había encerrado en la ciudad, y de ello podía colegirse que el maldito Fernando se encontraba entre ellos, el victorioso ejército asedió dicha fortaleza durante quince días, y derribó las murallas en cinco lugares por medio de minas, de modo que los infieles imploraron

misericordia a los fieles. Como algunos de la guarnición fueron hechos prisioneros, y de ellos se supo que el maldito no se hallaba en la fortaleza, la misericordia imperial perdonó su ofensa y escuchó sus súplicas; pero Su Majestad, que gobierna el mundo, para ganar los méritos de esta guerra santa y arruinar al susodicho maldito, había enviado a los akindchis, los corredores e incendiarios, en todas direcciones por Alemania, de modo que todo el país fue hollado por los cascos de los caballos, e incluso las tierras al norte del Danubio fueron asoladas con fuego por las tripulaciones de las embarcaciones. Ciudades y aldeas, villas y pueblos, ardieron en el fuego de la venganza y la destrucción. La hermosa tierra, el tesoro de la primavera y morada de la alegría, fue pisoteada por los jinetes y envuelta en humo. Casas y palacios quedaron reducidos a cenizas. El victorioso ejército arrastró cautivos a sus habitantes, grandes y pequeños, altos y bajos, hombres y mujeres, fuertes y débiles. En los bazares fueron vendidas muchas hermosas de frentes como el jazmín, cejas arqueadas y espesas y semblantes como los de las Peris; y el botín fue incalculable. Propiedades, muebles e inmuebles, hombres y ganado, los que hablan y los mudos, los racionales y los insensatos, fueron destruidos y pasados a cuchillo al filo del sable. Así quedó escrito en la página del tiempo el cumplimiento de la profecía del Corán: 'Así tratamos a los impíos'».

El 28 de noviembre, el sultán llegó a Constantinopla e hizo su entrada triunfal con la parte de su ejército que menos había sufrido por la marcha. La mayor parte de las exhaustas tropas permaneció en Belgrado, Nisa y Adrianópolis para recuperar fuerzas y efectivos, pues el sultán estaba apasionadamente empeñado en resarcirse de su fracaso y en proseguir con nuevos recursos sus

planes para el establecimiento de un Imperio de Occidente. Sin embargo, serían necesarios años para poner sus fuerzas en condiciones para una nueva expedición, cuyos resultados se revelarán más adelante.

CAPITULO VIII
Del 20 de noviembre al final del año 1529

Aunque Viena se había visto aliviada por el momento del temor al turco, otras causas de angustia e inquietud sobrevivieron a la desaparición del peligro principal y requirieron igualmente la aplicación de remedios drásticos. Por no mencionar que el campo abierto estuvo durante mucho tiempo infestado de partidas errantes de merodeadores turcos con los que apenas interfería una soldadesca que había olvidado su propia disciplina en el fervor del éxito. En la propia Viena este espíritu se manifestó en una terrible insurrección de las tropas del Imperio que amenazó a los ciudadanos con calamidades aún mayores que las del propio asedio. Alegando haber rechazado cinco ataques principales, exigían una paga quíntuple; y como era imposible satisfacer de inmediato esta exigencia, insinuaron sin ambages la intención de cobrársela ellos mismos mediante el saqueo general de la ciudad. Las autoridades intentaron en un primer momento aplacarlos con buenas palabras y reflexiones morales. Esto no hizo sino conducir a exigencias cada vez mayores y, finalmente, a amenazas explícitas de un rechazo total de la obediencia militar y de un asalto generalizado contra las personas y sus bienes. La invitación de uno de sus alféreces, Paul Gumpenberger, a que se agrupase en torno a su bandera todo aquel que se contentase con una paga doble tuvo, en efecto, el resultado deseado, en la medida en que varios hombres razonables se separaron de la masa y rescataron por el momento a los oficiales superiores de sus turbulentos compañeros. Al día siguiente, sin embargo, el clamor y las amenazas se

reanudaron con mayor violencia. El conde palatino Federico, que había llegado mientras tanto a Viena, les prometió entonces una paga triple, con la que quedó satisfecha la mayoría, aunque no se restableció la tranquilidad por completo hasta que los cabecillas fueron ejecutados.

Las tropas fueron finalmente divididas y enviadas en marcha, unas hacia Presburgo y otras hacia Altenburg en Hungría, y con su partida renació la confianza y los ciudadanos pudieron acometer las obras de restauración y reparación tanto de sus defensas como de las casas que habían sufrido daños por el fuego del enemigo. Todo el extenso espacio ocupado por las actuales fortificaciones, así como el glacis —ambos cubiertos de edificios en aquella época—, fue despejado de construcciones, y los reiterados y obstinados intentos de los antiguos propietarios por reedificar sus viviendas fueron resistidos con igual obstinación. Con esta misma operación desaparecieron para siempre los puestos —así llamados— del arrabal, y cuando, unos tres años después, se renovó la alarma de invasión, los extensos restos que aún quedaban en pie del hospital de los Burgueses y de muchos otros grandes edificios e iglesias entre el río Wien y la ciudad fueron arrasados hasta los cimientos. A cambio del vasto y ricamente dotado hospital de los Burgueses, cuyas ruinas habían ofrecido a los turcos una posición tan excelente frente a la puerta de Kärnthner, la ciudad obtuvo en 1580 el convento de Santa Clara, cuyas monjas, mermadas en número por la Reforma, habían huido a otro establecimiento de su orden en Villach, en Carintia. Quienes regresaron a Viena tras el asedio fueron acogidas en la Casa de Peregrinos junto a Santa Ana, donde fueron extinguiéndose poco a poco, y sus antiguos edificios fueron cedidos formalmente a la

ciudad, de los cuales ha surgido desde entonces el gran hospital que existe hoy en día.

Relato original de las aventuras del alférez Cristóbal von Zedlitz en el campamento turco. De la colección del Barón von Enenkel en los Archivos del Estado de Viena.

Entre tan loables caballeros cristianos, bien puede también celebrarse con justicia al honorable y noble caballero y señor Cristóbal von Czetliz, quien en sus honrosas hazañas caballerescas contra el enemigo hereditario de la Cristiandad, el turco, ha aprendido y conocido el uso y provecho de la oración diligente, y cómo desenvolverse con el Salterio o Libro de Oraciones del buen caballero y rey David mucho mejor que otras personas descuidadas, ociosas e impías, que no hacen caso ni de salmo ni de padrenuestro; pues cuando en años pasados el tirano turco Solimán, con un poder terrible, marchó desde Constantinopla sobre Hungría, y habiendo recorrido 280 millas alemanas, sin contar los rodeos de caminos y senderos, se plantó ante Viena como ante la misma puerta del antiguo y glorioso pueblo alemán, de suerte que toda Alemania hubo de ponerse en movimiento, este noble caballero, Cristóbal, se midió frecuente y valientemente con el enemigo.

En primer lugar, ante Komorn; en segundo lugar, en la coronación de Stuhlweissenburg, donde se distinguió entre todos los demás caballeros allí presentes y se exhibió ante el rey de manera caballeresca en justas y ejercicios de lanza que nadie pudo repetir después de él, y que la caballería presente y su propia Majestad

contemplaron con gran complacencia; y este último poco después le dio el mando de una bandera bajo el conde von Hardegg, cuando Pest fue recuperada del turco. Cuando Solimán en 1529 retomó Pest y marchó sobre Viena, el alférez Cristóbal se hallaba en esta última ciudad, al servicio del comandante en jefe, ocasión en que adquirió gran honor en las escaramuzas y fue además hecho prisionero, como se relatará. En 1530, habiendo sido armado caballero por su Majestad en el ínterin, marchó de nuevo a Pest bajo el mando del conde Hardegg para la recuperación de dicha ciudad, donde se unió a un tal von Reussenstein, acordando entre ambos subir al asalto, como en efecto hicieron, y llegaron hasta la brecha, donde, dado que los demás no les siguieron como hombres sino que permanecieron en el foso, el alférez Cristóbal lo pasó muy mal, un Nimptsch —de la familia de Nimptsch— cayó a su lado, y él fue arrojado de vuelta al foso; y este asedio concluyó sin éxito.

En 1532, cuando el turco tenía intención de marchar de nuevo sobre Viena, pero que por la buena fortuna del emperador Carlos, quien se unió personalmente al rey Fernando en Viena, hubo de desviarse hacia Güns, contra la cual fracasó en varios asaltos, el alférez Cristóbal iba al frente de algunos caballeros de los principados de Schweidnitz y Jauer; y cuando algunos de los nuestros escaramucearon con el turco en Neustadt, él avanzó por delante de todos, y acometió y desmontó a un turco de consideración; sin contar con que se hallaba algo indispuesto y debilitado por su marcha, de suerte que tan pronto como encontró el camino de regreso a Breslau, partió hacia Dios, ayudado sin duda por un jarabe turco que había ingerido y que con el tiempo fue haciendo mayor efecto. Pues cuando en el año antes mencionado —1529—

el turco atacó Viena, este noble caballero se había lanzado contra él y se había conducido con valentía, y en una escaramuza había caído y perdido a su caballo, el cual no se había dignado volver a su lado, y habiéndose alzado el grito de salvar la bandera —lo que fue ejecutado por un flamenco—, el alférez Cristóbal había tomado posición en un pequeño montículo redondeado, donde tres turcos le divisaron y le acometieron, pero él con su espada se mantuvo a la defensiva e hirió a uno de sus caballos en la cabeza, y se habría puesto en salvo de no ser porque otros doce turcos le asaltaron por delante y por detrás, y en número le derribaron al suelo; y habiendo herido a uno de estos en el brazo, le arrancaron la espada y trataron de quitarle la armadura, pero como vestía una coraza entera, nadie pudo despojarle de ella, pues de lo contrario, sin duda alguna, en su furor le habrían acuchillado y hecho pedazos. Tal como estaban las cosas, le hicieron prisionero y se lo llevaron entre ellos, a pie junto a sus caballos, un buen cuarto de milla, y luego le sentaron con su coraza sobre una mula de carga y le condujeron así durante toda la noche hasta Bruck sobre el Leitha, el cuartel general del emperador turco. Cuando entraron en el campamento hubo gran concurso de gentes para ver a un personaje cubierto de una armadura completa, coraza y yelmo, todo atornillado, de manera que no se veía más que hierro macizo; entonces uno de los presentes le habló en lengua croata y le preguntó qué podía hacer y llevar a cabo teniendo semejante carga de hierro encima; y él respondió: «Si tuviese un caballo y estuviese suelto y libre, pronto verías entonces lo que soy capaz de hacer.» Habiéndosele preguntado además si él, Von Zedlitz, podía tocar el suelo con el puño, se dobló ágilmente para hacerlo: en ese momento la cincha de la silla de carga se rompió y cayó con gran estrépito al suelo; y cuando los turcos comenzaron a

reírse, él —Von Zedlitz— se levantó con presteza y, sin tomar carrerilla, saltó con su pesada armadura sobre la alta mula, de modo que los turcos quedaron admirados y cesaron de reírse.

En esta expedición había junto al emperador el bajá Ibrahim —en alemán Emerich—, un hombre eminente y notable, el segundo después de Solimán en aquella jornada, rector y ministro de todo en el reino turco, y quien en esta guerra aconsejó y dirigió todo. Ante él fue llevado Von Zedlitz, y dio orden de que le despojaran de su armadura; pero entre los turcos no había ningún hombre versado en el equipamiento caballeresco que supiese manejar el modo de cierre de semejante coraza, entonces ya poco usada y del todo desconocida para los turcos, y permaneció armado hasta que fue interrogado por el propio Solimán. A este el conde Cristóbal respondió que si se le aseguraba la vida él mismo se desarmaría. Cuando el bajá Ibrahim le dio tal garantía, mostró al intérprete dos pequeños tornillos laterales, los cuales, una vez aflojados, hicieron que la coraza se separase en sus piezas, con gran asombro de los turcos. Una vez que hubo dejado a un lado su armadura, los turcos, al observar una cadena de oro sobre él, se abalanzaron violentamente para arrancársela; pero él, asiéndola con ambas manos, la rompió en pedazos y la lanzó entre ellos. Le quitaron también su sello y su anillo, y a causa del oro le tuvieron por hombre de gran caudal y condición; pero él se presentó a sí mismo como un caballero de modestos recursos que había ganado tales cosas en la guerra. Al difundirse la noticia de estos hechos por el campamento, mucho se habló de las hazañas de este hombre de armas y de su singular destreza bajo tan extraño atavío, y todos sentían curiosidad por verle, siendo además uno de los primeros que habían sido capturados prisioneros de la propia ciudad

de Viena. Fue, por tanto, invitado a exhibirse con la coraza completa, armado en todos sus puntos para el combate, y a demostrar si de esta guisa podía, sin ayuda, levantarse del suelo.

Al día siguiente, presentadas unas mulas y varios caballos cerriles, el conde Cristóbal se tendió en el suelo con la coraza atornillada y, levantándose con agilidad sin ayuda alguna, saltó sobre un caballo, y esto lo repitió varias veces; y luego, con carreras y saltos, ofreció a aquellos perros del infierno un espectáculo principesco de ejercicios caballerescos, para su gran admiración, y en especial la del bajá Ibrahim, quien poco después le tomó a su servicio y le tuvo bajo su propia y segura custodia. Entretanto, se acercaron a él ciertos oficiales para atemorizarle o ponerle a prueba, diciéndole que se tuviese en disposición, pues el bajá le haría justicia ese mismo día. A estos respondió que como cristiano no temía verdaderamente la muerte; como alguien que, en honor de su Redentor, en obediencia a su soberano y en defensa de su patria, se había preparado mediante la oración para la muerte en cualquier hora o instante, y esperaba y creía con toda certeza gozar de eterna alegría y felicidad a través de Cristo; pero que, sin embargo, no podía creer que tal fuese la orden del bajá, pues sabía con certeza que lo que el bajá había prometido lo cumpliría como un soldado honrado. Cuando esto llegó a oídos del bajá, cuanto más lo consideraba más admiraba no solo las hazañas caballerescas sino el noble espíritu de este héroe. Cuando también el propio Solimán le preguntó si, en caso de que él —Solimán— le pusiera en libertad, seguiría haciéndole la guerra, el conde Cristóbal respondió sin inmutarse que si Dios y su Redentor le concedían la liberación, combatiría contra los turcos mientras le durase la vida con mayor ardor que nunca. A lo que el

sultán replicó: «Serás libre, hombre mío, y hazme la guerra durante el resto de tu vida cuanto quieras.»

Solimán sabía quizás bien que no viviría mucho, pues se ha conjeturado que los turcos le dieron una pócima que en pocos años dañó su vida y se la arrebató. El bajá, sin embargo, le mantuvo en buen estado durante todo el tiempo que duró el asedio, es decir, alrededor de un mes; y en lugar de su coraza, le dio un traje de terciopelo rojo de tela tiria, que vistió y en el que durmió noche y día, y le enviaba desde su propia mesa manjares y bebidas mezcladas —probablemente sorbete—, preparadas diariamente para él mismo, e incluso con el tiempo le ofreció y proporcionó vino. El conde, por razones especiales, se dio a conocer como bohemio, siendo versado en la lengua eslava, muy usada entre los turcos. Cuando llegó el momento fijado para el gran asalto, el bajá le dijo en la mesa: «Esta tarde tomará el gran sultán posesión de Viena, y a vuestras gentes les irá mal», y le preguntó luego cuán numerosa era la guarnición; y el conde respondió que todo lo que podía decirle era que la guarnición interior era de tal temple que todos morirían hasta el último antes de entregar la ciudad.

Cuando tuvo lugar el asalto, el conde fue dejado en la tienda del bajá sin ninguna guardia especial, sino suelto y libre en su persona, y en condiciones de moverse por el campamento; pero cuando, con la ayuda de Dios, los turcos siendo rechazados levantaron el campo, el bajá llevó consigo al conde durante la primera jornada de marcha, pero a la mañana siguiente le puso encima otro manto turco de terciopelo sobre el anterior —el cual aún conservan sus hermanos Francisco y Hans von Zedlitz—; y añadió un regalo de cien aspros, así como un prisionero de caba-

llería a quien el conde conocía y por quien había intercedido, y los hizo acompañar y escoltar honrosamente y en seguridad, de suerte que al día siguiente llegaron a Viena, donde el conde fue recibido honorablemente por los príncipes, condes, caballeros y oficiales allí presentes.

Noticia de la devastación causada por los turcos, de fuentes originales.

El carácter general de las operaciones del Sackman ha sido descrito suficientemente. Desde el pie del Kahlenberg, desde Heiligenstadt y Döbling hasta la orilla del Leitha, su presencia se anunciaba por el humo de los pueblos en llamas, y su marcha quedaba marcada por campos y viñedos asolados. En los primeros días del bloqueo de Viena, los viñedos de Heiligenstadt habían sido destruidos por las tropas ligeras bosnias; y el día del último asalto, su fracaso fue vengado con la matanza indiscriminada de sus habitantes. En Döbling, el pastor Peter Heindl fue arrojado sobre una pira ardiente de los registros y archivos del distrito. Hütteldorf, St. Veit, Brunn y Enzersdorf fueron incendiados. En Perchtoldsdorf los habitantes resistieron en el castillo, pero todo lo que estaba más allá de sus muros fue destruido. De la fortaleza de Lichtenstein fue arrastrado a la esclavitud el hijo mayor de su poseedor de entonces. En Klosterneuburg la ciudad alta y los edificios eclesiásticos resistieron, pero la parte baja fue destruida. Baden corrió la misma suerte. Los destructores penetraron incluso en la Alta Austria, y desde allí en Estiria, donde, sin embargo, hallaron en varias ocasiones la horma de su zapato, pues el pueblo se levantó contra sus bandas dispersas y quemó

vivos a quienes cayeron en su poder. Un destacamento cruzó también el Danubio en treinta embarcaciones e hizo una incursión por la orilla izquierda. Tras haber incendiado la aldea y el castillo de Schmida, fueron sorprendidos y destruidos en su mayor parte por un cuerpo de 200 jinetes al mando del conde Hardegg. Un número de fugitivos fue perseguido hasta la orilla y pereció en una embarcación demasiado cargada que se fue a pique. Otro grupo que, perturbado en su labor de pillaje, se había refugiado en una torre cercana a Korneuburg, fue cercado y aniquilado por el bailio territorial Jorge von Leuchtenberg y el coronel de caballería bávaro Wolfgang von Weichs. A pesar de estos actos aislados de venganza y resistencia, más de 20.000 cristianos fueron masacrados o arrastrados a la esclavitud; y muy pocos de estos últimos, en su mayoría jóvenes de ambos sexos y sacerdotes, regresaron alguna vez. Es un hecho notable, probado por todos los relatos originales, que los turcos preferían esclavizar al clero antes que darle muerte; posiblemente por el placer de atormentarlos a su antojo. Según un relato contemporáneo, más de 14.000 akincis perecieron en estos combates dispersos. Tomando su fuerza total en el número generalmente admitido de 40.000, la proporción no resulta improbable.

LIBRO II

Desde el final del primer sitio de Viena hasta el segundo, 1530 a 1684

CAPITULO I
1530-1538

El final del año 1529 había quedado marcado en los anales de la Cristiandad por la retirada de Solimán. Se había retirado no sin pérdidas y un grado de agotamiento que prometía al menos un intervalo de reposo para los países que tan cruelmente había devastado. Sin embargo, no estaba ni saciado de sangre ni desalentado por aquel fracaso señalado del objetivo principal de su expedición, que los historiógrafos turcos se esforzaban en vano por ocultar bajo las flores de la elocuencia oriental. Ya en la primavera de 1532, se lanzó sobre Hungría y Estiria con una fuerza incluso más numerosa que la que había sitiado Viena. Algunos la han calculado en 600.000 hombres, cifra probablemente exagerada; pero Ortelio, escritor generalmente digno de confianza, habla de 500.000, de los cuales 300.000 eran jinetes. La primera resistencia seria que esta inmensa acumulación de fuerza numérica hubo de enfrentar le fue opuesta por la insignificante y apenas fortificada ciudad de Güns. La defensa de este lugar ocupa un lugar destacado entre los ejemplos en que la paciencia y la resolución, parapetadas tras defensas muy endebles, han burlado todos los esfuerzos del número estimulado por la esperanza del botín y un fuerte sentido de la vergüenza del fracaso. Nicolás Jurechich, un noble croata, fue el caudillo a quien corresponde el mérito de esta defensa. En su condición de embajador extraordinario de Fernando ante el Sultán, había dado muestras muy recientemente de firmeza, templanza y sagacidad; y ahora, tras unos muros que habían sido minados en trece lugares distintos y que presentaban una brecha practicable de ocho brazas de anchura, con un cuerpo

de tropas originalmente de número insignificante y reducidas por once asaltos, hizo frente con inquebrantable resolución a un decimosegundo y desesperado intento del enemigo. Estuvo a punto de ser fatal. Las tropas fueron casi arrojadas de las murallas, sobre las cuales ondeaban ya ocho estandartes turcos, cuando un grito de desesperación lanzado por las mujeres y los habitantes desarmados del lugar fue confundido por los asaltantes con el clamor de un refuerzo. La guarnición aprovechó un momento de vacilación y logró de nuevo su noble empeño.

Durante veinticinco días habían mantenido ocupada a toda la fuerza del Imperio Turco en un intento infructuoso, período más que suficiente para agotar la paciencia de los valientes e impetuosos, aunque indisciplinados, ejércitos de los creyentes. El Sultán, no deseando malgastar una porción mayor de la mejor estación del año y de sus mejores tropas ante una plaza tan poco importante en sí misma, recurrió a su expediente habitual en tales casos: la magnanimidad. Invitó a los comandantes bajo salvoconducto a su presencia, los felicitó por su conducta y, haciéndoles donación de la ciudad y la ciudadela —una donación fundada en un derecho de propiedad sobre el que no tenían ninguna inclinación a entablar disputa verbal, pues el agotamiento absoluto de todos sus recursos de cualquier índole habría hecho imposible una resistencia ulterior—, retiró sus fuerzas; no, sin embargo, en la dirección esperada de Neustadt y Viena. Marchó, por el contrario, remontando el curso del Mur, por caminos de la descripción más difícil y penosa; y, estableciéndose en Estiria, puso sitio a Gratz, que, tras un tedioso asedio, tomó y saqueó, aunque no logró reducir la ciudadela.

Algunos escritores son de la opinión de que esta diversión de sus fuerzas, en realidad una retirada por rodeo, fue obra del visir Ibrahim, quien habría sido sobornado por Carlos V. Nada se ha descubierto en los archivos austriacos, que contienen los secretos de Estado de la época, ni ha sido detectado pasaje alguno por investígadores como Von Hammer en las páginas de la historia turca que favorezca esta suposición. Además, el soborno habría tenido que ser considerable para haber influido en la conducta de un hombre que tenía a su disposición el tesoro de las siete torres. Una causa mucho más natural puede asignarse a los movimientos del Sultán. La posición relativa de las dos partes era muy diferente a la de 1529. Es cierto que las provincias fronterizas quedaban, como entonces, expuestas al primer embate del invasor; pero los preparativos de la Casa de Austria para la defensa estaban más avanzados, mejor organizados y tenían una escala más respetable que antes.

El Emperador Carlos en persona se había puesto al frente de las tropas del Imperio y había aprovechado bien el intervalo de seguridad que el retraso del Sultán ante la ciudad de Güns le había proporcionado. Con un ejército cifrado en 260.000 hombres, de los cuales sin embargo solo 126.000 eran combatientes, a saber, 96.000 de infantería y 30.000 de caballería, se hallaba acampado a no gran distancia de Viena. En su campaña anterior, Solimán había buscado en vano al maldito Fernando y había dado mucha importancia a su decepción en los boletines de su campamento y en las páginas de sus serviciales historiógrafos. Probablemente no deseaba con igual ardor toparse con un antagonista como Carlos, al frente de una fuerza intacta de tal magnitud. La súbita dirección de su ejército hacia provincias desprovistas de tropas, pero

que contenían botín que recoger, aldeas que incendiar y gente indefensa que masacrar, era una maniobra segura y tentadora, aunque poco gloriosa. Estos fueron los motivos, en la medida en que la investigación puede hoy detectarlos, que aplazaron a un siglo posterior el gran espectáculo del choque real en campo abierto entre los ejércitos principales de Turquía y el Imperio.

Mientras tanto, Austria no obtuvo del aplazamiento de tan tremendo desenlace ninguna inmunidad ante la repetición de los horrores de la última invasión. Mientras el ejército turco principal ocupaba Estiria, las bandas de Michael Oglou fueron de nuevo lanzadas sobre sus llanuras, repitiendo, hasta las mismas murallas de Lintz y Viena, cada una de las atrocidades anteriores. Sin embargo, si bien se les permitió por un tiempo extender y proseguir así sus devastaciones, llegaron al fin al alcance no solo de la resistencia parcial con que las más audaces de sus partidas habían sido cortadas ocasionalmente antes, sino de los golpes contundentes de un enemigo disciplinado. La propia Viena se hallaba en un estado de defensa que la aseguraba plenamente contra cualquier ataque de las tropas irregulares de los turcos; y no es probable que Solimán hubiera contemplado en ningún momento renovar su intento sobre aquella ciudad con su ejército principal, pues había vuelto a dejar su artillería pesada atrás, y todos sus preparativos apuntaban a una batalla campal en campo abierto.

El Pfalzgraf Federico pudo, por tanto, con un fuerte destacamento, dedicarse a la liberación del campo abierto de los merodeadores, y tomó posición en Enzesfeld, lo que amenazaba las comunicaciones de Michael Oglou con Estiria. Este último inició una apresurada retirada en dirección a Neustadt y Pottenstein; pero

los principales pasos de las montañas más allá estaban ya ocupados por el Pfalzgraf, y una fuerte fuerza de arcabuceros bajo las órdenes de un hábil oficial, Sebastián Scheitl, avanzó sobre su retaguardia por Kaumberg. El 18 de septiembre, su columna principal, cargada con el botín y con 4.000 prisioneros, fue atacada súbitamente por este destacamento y arrojada a través de Pottenstein hacia los desfiladeros del frente, que se hallaban fuertemente ocupados por el Pfalzgraf. El salvaje caudillo, atrapado así en la red, mantuvo hasta el final su fama de valentía y crueldad. Ordenó una matanza instantánea e indiscriminada de sus prisioneros, dando él mismo el ejemplo con su propia mano; y, dividiendo sus fuerzas en dos cuerpos, dispersó uno hacia los bosques sin senderos del sur y encabezó el otro y principal en un desesperado intento de abrirse paso hacia el frente por el valle de Stahremberg.

Cayó entre los primeros. Su yelmo enjoyado, adornado apropiadamente con alas de buitre, fue llevado a Fernando y aún puede verse en el Museo Ambros de Viena. Tras su caída, el mando fue asumido por su lugarteniente, Osmán, quien logró abrirse paso por los desfiladeros solo para caer en terreno más abierto sobre las tropas del Imperio al mando del Conde Lódovic y del Margrave Joaquín de Brandeburgo. Caballos agotados y jinetes desesperados cayeron presa fácil no solo de las tropas, sino también de la población campesina. Atacados por esta última en las cercanías de Siebenstein, muchos fueron arrojados por un pintoresco precipicio que aún lleva el nombre de la «Caída Turca». El propio Osmán cayó a manos de Pablo Bakics, quien lo derribó de la silla con su lanza y lo remató con su propia daga enjoyada, que colgaba del arzón de su montura. De esta división de la fuerza

saqueadora, de casi 18.000 hombres, se dice que no escapó ninguno. Los que fueron destacados hacia los bosques corrieron mejor suerte. Parte de ellos, al menos, logró unirse a Solimán en Estiria.

En Austria el Sackman no volvió a verse. En Hungría, en efecto, y en Estiria, sus excesos continuaron durante algunos años, pero la frontera de Austria propiamente dicha quedó desde entonces segura. En la batalla de Guirgewo contra los polacos en 1596, el último remanente de los Akindschis fue destruido, y el nombre no vuelve a aparecer en los anales turcos. El 2 de octubre, el emperador Carlos V y su hermano Fernando descendieron el río desde Lintz y fueron recibidos formalmente en Viena el día 3. Se celebró una gran revista, en la que Carlos, para congraciarse con los húngaros, apareció con el traje típico de aquel país. Solimán, al recibir noticias del destino de Michael Oglou, prosiguió su retirada con tanta precipitación y confusión que, de haber seguido Carlos con diligencia, la suerte de Hungría habría quedado decidida. Los asuntos de religión, sin embargo, estaban más cerca del corazón de Carlos que los de Hungría, y la próxima convocatoria del Concilio de Trento, que lo atraía hacia Italia, hizo que se perdiera la oportunidad de oro. Zapolya conservó la posesión de su trono bajo la protección de 60.000 turcos acampados a orillas del Drave. En 1538 se concluyó la paz de Grosswaradin, en la que Fernando reconoció al usurpador como rey de Hungría en la porción de aquel país ocupada por él, y como voivoda de Transilvania, a cambio de la reversión de aquel reino a la muerte de Zapolya, cuyo hijo, en caso de tenerlo, solo habría de gozar de la sucesión hereditaria de su casa, el condado de Zips.

CAPITULO II
1539-1566

En 1539, Zapolya, ya entrado en años pero ansioso por legar sus capacidades de hacer daño a un descendiente directo, contrajo matrimonio con Isabel de Polonia. Sus deseos se vieron satisfechos al año siguiente con el nacimiento de un hijo, acontecimiento que él mismo no sobrevivió más que veinticuatro días. La ambiciosa madre, desafiando los términos del tratado de Grosswaradin, reivindicó el derecho de su hijo al trono de Hungría e invocó la protección del Sultán. El secreto con que el tratado de Grosswaradin había sido concluido entre Fernando y Zapolya había suscitado la profunda indignación del Sultán; y aunque, como cabía suponer, estaba plenamente decidido a impedir su cumplimiento en favor de Fernando, tenía poca inclinación a permitir que la viuda y el linaje de Zapolya se beneficiaran de su infracción. En junio de 1541 tomó el campo en persona por novena vez; y en agosto apareció ante Pest, de donde un ejército sitiador de Fernando había sido recientemente rechazado con pérdidas. El 29 de agosto, decimoquinto aniversario de la batalla de Mohács, el infante Zapolya fue llevado a su campamento, y Pest admitió una guarnición turca. Abundaron las negociaciones con la reina viuda; los presentes y los discursos corteses se prodigaron por ambas partes; y finalmente ella recibió, y probablemente valoró en su justo precio, la solemne promesa del Sultán de que la capital sería restituida a su hijo al alcanzar este la mayoría de edad. Entretanto, el joven Zapolya fue reconocido como voivoda de Transilvania; pero una administración puramente turca fue organizada e investida de autoridad sobre toda la extensión de

aquella parte del reino de Hungría que había estado bajo la soberanía real o nominal de Zapolya. En una pequeña parte de él, la Casa de Austria se había mantenido en todo momento; ni tampoco esa potencia se sometió a la apropiación sumaria del resto por parte del enemigo de la Cristiandad. Durante muchos años y a lo largo de muchos reinados, Hungría continuó siendo el campo de una lucha de raza y religión que el agotamiento temporal de uno o ambos contendientes no podía sino interrumpir ocasionalmente, y en la que, durante la vida de Fernando, los turcos llevaron en general la ventaja. En 1547, un armisticio de cinco años fue comprado mediante humillantes concesiones por parte de Austria. Al expirar puntualmente el plazo, se reanudaron las hostilidades, que continuaron sin cesación ni resultado decisivo hasta la muerte de Fernando en 1564 y adentrándose en el reinado de su sucesor Maximiliano II. En la prosecución de la lucha, este sabio soberano cosechó ventajas del sistema de tolerancia que extendió al poderoso partido protestante en Hungría.

La campaña húngara de 1566 se distinguió por el famoso sitio de la pequeña fortaleza de Szigeth y la autoinmolación de su defensor, el Leónidas húngaro Nicolás, conde de Zriny. En su juventud había destacado en el sitio de Viena; y habiendo proseguido una exitosa carrera en las armas, ejercía bajo el emperador reinante el mando supremo en la orilla derecha del Danubio. Solimán había emprendido el sitio de Erlau, y el bajá de Bosnia se hallaba en marcha con refuerzos cuando fue atacado cerca de Siklos por Zriny, completamente derrotado y muerto. El Sultán, furioso ante este desastre, levantó el sitio de Erlau y marchó con 100.000 hombres sobre Zriny, quien, con apenas 2.500, se encerró en Szigeth con la resolución de no rendirla jamás; re-

solución a la que sus seguidores se comprometieron de buen grado mediante juramento. A la máxima explotación de sus vastos medios militares de ataque, Solimán añadió no solo la seducción de brillantes promesas, sino la amenaza más apremiante de dar muerte al hijo de Zriny, que había caído en sus manos. Todo fue en vano. La carta del Sultán fue utilizada por Zriny como taco para su propio mosquete; y durante diecisiete días la ciudad resistió los reiterados asaltos. La debilitada guarnición fue entonces obligada a replegarse al castillo inferior, y finalmente al superior. No quedaba esperanza alguna de rechazar otro asalto general, para el que los preparativos turcos avanzaban con el mayor vigor bajo la vista del Sultán, quien sin embargo no estaba destinado a presenciar su desenlace. El 6 de septiembre fue encontrado muerto en su tienda, habiendo clausurado así, a los setenta y seis años de edad, mediante una muerte tranquila y natural, un reinado de cuarenta y cinco años que, por la actividad y variedad de sus empresas militares, por el dispendio de vidas humanas y por la difusión de las miserias de la guerra, no mitigadas por los usos y recursos convencionales de épocas posteriores, difícilmente encontraría parangón. Su fallecimiento no proporcionó ningún respiro a los sitiados. El visir Ibrahim mantuvo el suceso en riguroso secreto ante la soldadesca, adoptando la precaución oriental de dar muerte a los médicos que lo atendían.

Zriny no esperó el asalto final. El 8 de septiembre los turcos avanzaban en tropel por un estrecho puente hacia el castillo, cuando la puerta fue de repente abierta de par en par, un gran mortero cargado con hierro roto fue descargado entre sus filas —matando según sus propios historiadores a 600 de ellos—, y a poco de su disparo Zriny y su fiel banda salieron a morir. Su

resolución quedó patente en algunos preparativos característicos. De entre cuatro espadas eligió un arma predilecta que había llevado consigo en las primeras campañas de su juventud y, decidido a no caer vivo en manos de sus enemigos, no vistió armadura defensiva alguna. Ató a su persona las llaves del castillo y una bolsa con cien ducados, cuidadosamente contados y seleccionados, de la acuñación de Hungría. «El que me amortaje», dijo, «no se quejará de no haber encontrado nada en mí. Cuando esté muerto, tome quien quiera las llaves y los ducados. Ningún turco me señalará con el dedo mientras esté vivo.» El estandarte del Imperio fue portado ante él por Lorenzo Juranitsch. De este modo, seguido de sus 600 camaradas restantes, se lanzó sobre el enemigo y mediante dos disparos de mosquete en el cuerpo y una flecha en la cabeza obtuvo la liberación que buscaba. En algunos de sus seguidores el instinto de conservación prevaleció de tal modo que se retiraron de la matanza que siguió hacia el interior del castillo, donde unos pocos fueron capturados vivos. Se dice también que algunos fueron perdonados en el combate por los jenízaros, quienes, admirando su valentía, colocaron sus propios gorros sobre sus cabezas con el propósito de salvarles la vida. Tres bajás, 7.000 jenízaros y el número apenas creíble de 28.000 soldados más se dice que perecieron ante esta plaza. La vida del visir Ibrahim fue salvada por uno de los domésticos de Zriny, capturado en el castillo, al que el visir había entrado con sus tropas. Este hombre, a la pregunta del visir por el tesoro, respondió que hacía tiempo que había sido gastado, pero que en aquel instante tenían 3.000 libras de pólvora bajo sus pies, a las que había sido aplicada una mecha lenta. El visir y sus oficiales montados tuvieron apenas tiempo de escapar, pero 3.000 turcos perecieron en la explosión que siguió poco después. La cabeza de

Zriny fue enviada al emperador; su cuerpo fue honrosamente enterrado, según algunas versiones, por manos de un turco que había sido su prisionero y al que él había tratado con benevolencia. Szigeth no se recuperó jamás de su destrucción, y únicamente unas ruinas de escasa importancia señalan hoy el escenario de la gloria de Zriny.

CAPITULO III
1566-1664

Solimán fue sucedido en el trono por Selim II, hijo de una esclava favorita, Roxalana. La descendencia masculina de las demás ocupantes del harén real, ya fueran esposas o concubinas, había sido sacrificada sin piedad para asegurar la sucesión indisputada de quien resultó ser el primero de su estirpe en dar ejemplo de degeneración respecto a las cualidades que habían hecho de sus predecesores el terror de la Cristiandad. Bajo el gobierno de Solimán, el poder y la reputación de la Sublime Puerta habían alcanzado una cima de la que descendieron rápidamente bajo su sensual e inactivo sucesor, y a la que nunca han vuelto a ascender. La estructura levantada por los fundadores guerreros de la dinastía otomana sobrevivió, sin sufrir daño ni mengua material, demasiado tiempo para la paz y seguridad de Europa; pero esta permanencia se debió menos a su propia solidez que a los celos y disensiones de las potencias cristianas, políticas y religiosas, aunque más especialmente estas últimas.

A los dos años de la adhesión de Selim, en 1568, concluyó con el Emperador Maximiliano un armisticio sobre la base de sus respectivas ocupaciones territoriales, en virtud del cual el turco quedó en posesión de la Hungría Inferior. En 1575 este acuerdo fue renovado por ocho años. El joven Zapolya había acordado previamente que tras su fallecimiento el gobierno de Transilvania debería recaer por elección en un voivoda, súbdito de la corona de Hungría; y a su muerte, en 1571, Esteban von Bathory

había sido debidamente elegido. Este príncipe alcanzó posteriormente la corona de Polonia, y en 1589 su primo Segismundo cedió Transilvania a Hungría. En 1590, bajo el reinado de Rodolfo II, hijo y sucesor de Maximiliano, estalló de nuevo la guerra entre Austria y Turquía, y fue llevada con mucho encarnizamiento, pero con alternativas de éxito que no condujeron a ningún resultado de importancia. En 1595, los turcos, tras dos años de reveses, se repusieron lo suficiente como para aproximarse en fuerza a la frontera austriaca y amenazar seriamente Viena. La ciudad fue movilizada y las defensas reforzadas con toda premura; pero el empuje de la invasión turca se agotó sobre la Hungría Superior. Habiéndose rendido varias plazas fuertes de ese distrito, según se alegó, por traición y cobardía, Viena se convirtió durante varios años en escenario de sangrientas ejecuciones. Así, en 1595, Fernando, conde de Hardegg, y varios de sus oficiales expiaron en el cadalso la rendición de Raab. En el mismo año fue ejecutado un ingeniero, Francisco Diano, acusado de haber prometido volar el bastión de Rothenthurm a la aparición de una fuerza turca. Raab, tras tres años y medio de posesión turca, fue recuperada por los comandantes austriacos Rodolfo Schwarzenberg y Nicolás Palfy, servicio importante que el emperador Rodolfo reconoció mediante la erección de monumentos columnares y la adición de un cuervo al escudo de armas de los Schwarzenberg. Una de las columnas permanece hasta hoy en las cercanías de Mödling. En 1600 fue detectado y sofocado mediante ejecución sumaria un proyecto amotinado para la rendición de la fortaleza de Papa, y quince de los cabecillas fueron reservados para un ejemplo más terrible en Viena, doce de los cuales fueron descuartizados y tres empalados.

Resultaría tedioso y repugnante continuar la lista de atrocidades similares perpetradas tanto en Viena como en las fortalezas fronterizas. Las autoridades austriacas parecían haber considerado que los recursos de la crueldad oriental eran los únicos remedios o preventivos contra la traición y la cobardía, y haber pasado por alto el hecho de que muchos de los delitos tan salvajemente castigados eran atribuibles a su propia mala administración, a la inactividad del emperador y al maltrato y falta de pago de la soldadesca. En 1609 el Archiduque Matías asumió el ejercicio práctico de la soberanía, y al suceder formalmente al trono imperial a la muerte de Rodolfo en 1612, trasladó la residencia imperial de Praga a Viena. Bajo su administración se aplicaron a los males existentes medidas más adecuadas que aquellas que, por su empleo y su fracaso, habían deshonrado el reinado de Rodolfo. Matías se vio poco después de su coronación obligado a prepararse para una reanudación de las hostilidades con los turcos, que se hallaban ahora en posesión de toda Hungría y Transilvania, además de Moldavia y Valaquia. Cuando, sin embargo, hizo petición a los estados del imperio, los protestantes, con mucho la mayoría, se excusaron alegando que no se les habían delegado poderes para suministrar ayuda en una guerra turca, y recomendaron moderación y dilación en el trato con el enemigo hereditario de la Cristiandad. Matías no tuvo más recurso que concluir un armisticio de veinte años, que los turcos, por su parte, agotados por la larga lucha anterior y sin contar ya con un gobernante como Solimán, no estaban renuentes a aceptar. Conservaron, sin embargo, sus conquistas.

Esta tregua fue observada con escrupulosa e inquebrantable fidelidad por los turcos bajo cinco débiles sucesores de Selim II

(Murad III, Mahoma III, Achmet I, Mustafá I, Osmán II). Gracias a esta honrosa abstención, practicada bajo la fuerte tentación de sacar ventaja de su infracción y en resistencia a los atractivos de las potencias cristianas, especialmente de Francia, Austria gozó durante la Guerra de los Treinta Años de inmunidad frente al ataque en la porción más vulnerable de su frontera. Incluso Amurath IV, que ascendió al trono en 1623 y fue el primero de los sucesores de Solimán que mostró síntomas de espíritu guerrero, concluyó una nueva tregua con Austria, y así los turcos permanecieron tranquilos durante la primera mitad del siglo XVII. En efecto, la energía moral de su raza había declinado mientras la civilización y el poder concomitante habían progresado en la Europa cristiana, y ningún esfuerzo habría podido elevarlos de nuevo a su anterior altura.

El hijo y sucesor de Amurath, Ibrahim, tristemente célebre por sus vicios y acciones crueles, fue estrangulado en 1648. Le sucedió Mahoma IV, un niño de siete años de edad, durante cuya minoría reinó la confusión de manera absoluta. Su abuela y su madre contendieron por el poder, y jenízaros y espahíes se disputaron sobre los cadáveres de visires asesinados en rápida sucesión por el botín, hasta que encontraron, en el año 1656, un amo en el enérgico Mahoma Kinperli. Bajo su administración la licencia interna fue reprimida mediante medidas de saludable severidad, y cuando volvió a estallar la guerra exterior fue conducida por él de una manera que revivió el terror del nombre turco. Esta guerra tuvo su origen en los disturbios de Hungría y Transilvania.

Los transilvanos, a la muerte de su soberano Jorge Rakoczy, segundo de ese nombre, eligieron como sucesor a un distinguido caudillo de su ejército, Juan Kemeni, quien entró en alianza con el emperador Leopoldo I. A instigación, sin embargo, del visir turco, una facción de nobles húngaros propuso a un candidato rival, Miguel Apafi. Kemeni fue derrotado y muerto en la batalla de Nagy Szollos, librada contra una fuerza turca en 1662. Apafi se apoderó del gobierno, anuló todas las medidas adoptadas por Kemeni, y en una asamblea de los Estados proscribió a los partidarios de Austria. Fracasó, sin embargo, en todos sus intentos contra las plazas ocupadas por guarniciones alemanas, y la presencia de una denominada fuerza turca auxiliar fue un azote más que una protección para el exhausto país. En 1663 Apafi se vio obligado a conducir sus fuerzas en el séquito del visir Achmed Kinperli, hijo de Mahoma, quien marchaba sobre Hungría con la intención y la esperanza de aniquilar el poder de Austria. El avance de los turcos fue tan rápido y sin impedimentos que Viena tembló de nuevo ante la perspectiva de un sitio. Las medidas de defensa, demolición y reparación fueron, como de costumbre en el momento del peligro, comenzadas con premura y ejecutadas con más confusión que diligencia efectiva.

El avance de los turcos fue favorecido por las disputas entre las autoridades civiles y militares de Austria, y al visir se le permitió así, sin oposición, asegurarse el campo abierto de Transilvania y reducir la importante fortaleza de Neuhäusel. Tras estos éxitos marchó con su ejército principal sobre Raab, con el proyecto de suscitar alarma por la seguridad de Estiria y después lanzarse de improviso sobre Viena. Sin embargo, tuvo la buena fortuna el emperador Leopoldo de contar en ese período con los servicios

del único gran comandante del momento, Raimundo, conde de Montecuculi, como general de sus fuerzas en Hungría. El 1 de agosto de 1669, este caudillo derrotó a los turcos, cuatro veces más numerosos que los suyos, con una pérdida de 17.000 hombres y toda su artillería, en la memorable batalla de San Gotardo. El armisticio de Basvar siguió de cerca a esta victoria. Se estipularon veinte años para su duración, pero los disturbios civiles y religiosos de Hungría, y las severidades con que Leopoldo procuró suprimirlos, condujeron a su infracción anticipada.

CAPITULO IV

Montecuculi había obtenido muy escasa asistencia en sus campañas de la buena voluntad o el auxilio de los húngaros. Su desafección llevó al Gobierno austriaco a adoptar una serie de medidas contrarias a las leyes del reino, tan imprudentes como ilegales, cuyos objetivos principales eran germanizar a la nación y extirpar la herejía protestante. Los excesos de las tropas alemanas fueron tales que hicieron sentir a los húngaros, especialmente a los protestantes, que saldrían ganando y no perdiendo con la restauración del dominio mahometano. La actividad proselitista de los jesuitas resultaba especialmente irritante para los no católicos, pero el descontento era tan general que cuando sus consecuencias naturales estallaron en forma de una conspiración amplia y peligrosa, casi todos sus cabecillas eran dignatarios del reino y fervientes católicos romanos. El emperador, cuya disposición natural era apacible y humana, fue acicateado hacia la severidad por las falsedades y exageraciones de sus consejeros. A los húngaros, por ejemplo, se les acusó de haber envenenado el pozo de la ciudadela de Viena. Al examinarlo, resultó estar contaminado por los cadáveres de perros y gatos. El embajador francés, Grantonville, estaba incitando al emperador a adoptar medidas para la extirpación de la herejía y la destrucción de la constitución y la nacionalidad húngaras, mientras que, al mismo tiempo, mantenía comunicación secreta con los jefes de la nobleza húngara —los condes Nadasky, Zriny y Rakoczy— y alentaba su reunión. Al frente de los descontentos se hallaban el valiente Palatino Francisco Wesseleny y Nicolás Zriny, bisnieto del defensor de Szigeth. En una reunión en Neusohl se acordó solicitar la asistencia turca.

Los designios, sin embargo, de esta formidable liga fueron frustrados por las muertes prematuras de los dos caudillos antes mencionados. Zriny pereció por la herida de un colmillo de jabalí, y Wesseleny fue arrebatado en la flor de la vida por una fiebre repentina.

Las filas de los conspiradores no podían ofrecer ningún hombre digno, por talento e influencia, de reemplazar la pérdida tan inesperadamente sufrida en este momento crítico; y la empresa, al caer en manos inferiores, fue iniciada sin plan y proseguida sin energía. El joven príncipe Rakoczy y Pedro Zriny, hermano del difunto, fueron los ineficaces sustitutos elegidos para su dirección. Este último había atraído a la causa a su cuñado Francisco Frangipani, un joven ardoroso, movido por motivos de venganza por una afrenta recibida de un oficial alemán. También se sumó a sus filas el gobernador de Estiria, el conde Tettenbach, hombre emparentado por matrimonio con los dirigentes húngaros de la conspiración. Se comprometió a armar a sus campesinos y guardabosques hasta el número de varios miles, a comunicar al partido toda inteligencia oficial que le llegara en su calidad de gobernador, y a ponerlos en posesión de la ciudad y la ciudadela de Gratz. Frangipani se comprometió a proporcionar una fuerza naval en el Adriático y a ganarse a la población uscocona y griega de Croacia. Las principales reuniones de los conjurados tuvieron lugar en el castillo de Pottendorf, en la frontera húngara, residencia del conde Nadasky, en una glorieta cuyo techo estaba adornado con una rosa de estuco, de la cual deriva su origen la expresión común «sub rosa».

El momento de ejecutar los designios de los conspiradores estaba cerca, cuando el peligro, de incalculable magnitud para el gobierno austriaco, fue conjurado por una revelación accidental. Tettenbach, demasiado confiado en el éxito, había arrojado a la cárcel por un hurto menor a un criado iniciado en el complot. Este hombre, en la ausencia accidental del conde, fue sometido, en el curso ordinario de la ley, al tormento, y para salvar su vida confesó todo lo que sabía. Los funcionarios que administraban la provincia en ausencia de Tettenbach no perdieron tiempo en trasladar tan importante información a Viena. Tettenbach, a su regreso a Gratz, fue arrestado. Sus papeles contenían amplia evidencia de sus propósitos, que fue confirmada por el descubrimiento de armas para 6.000 hombres en los sótanos de su residencia. El ministro imperial, el príncipe Lobkowitz, ofreció un generoso perdón a Zriny, pero envió una fuerza a ocupar su residencia de Czakathurn. Zriny mostró una fatal vacilación de propósito, observando en un principio y violando después las condiciones de su indulto. Fue finalmente arrestado junto con Frangipani y confinado en Czakathurn. Logrando escapar, concibieron el proyecto de presentarse y ofrecer su sometimiento en Viena.

Su proyecto fue traicionado ante el Emperador por un amigo llamado Keri, en cuya casa se habían refugiado. Se le instruyó para que los alentara a perseverar en su designio, pero que, si se apartaban de él y procedían a unirse a Rakoczy, los arrestara. Keri prefirió, para magnificar sus propios servicios, actuar de inmediato conforme a la segunda parte de la instrucción. Los arrestó y los condujo a Neustadt. Rakoczy, que no había tomado aún ninguna medida abierta, huyó a su madre, quien gracias a su influencia con los jesuitas obtuvo su perdón. Carlos, duque de

Lorena, sitió la fortaleza de Murany, ocupada por la viuda de Wesseleny, María Szetsi. Esta la entregó sin resistencia y murió algunos años después, prisionera en Viena. Los papeles hallados en Murany comprometían a muchos hombres prominentes, y en especial a Nadasky, el Judex Curiae de Hungría, quien llevaba el nombre del Creso húngaro, habiéndose encontrado moneda por valor de cinco millones en su tesoro de Pottendorf. También él fue conducido prisionero a Viena. De los conspiradores restantes, Esteban Tekeli era el más temible. Murió durante el sitio de su fortaleza de Arva por los imperiales. Sus hijas fueron arrastradas a prisión en Viena; pero su hijo Emerico, posteriormente tan célebre, escapó a Transilvania y, uniéndose a los turcos, se convirtió en activo consejero y promotor de todo designio de aquella potencia hostil a Austria. Se instituyó en Viena una comisión extraordinaria para el juicio de los acusados. Sus actas fueron sometidas a la Cámara Imperial de Espira y a las universidades de Ingolstadt, Tubinga y Leipzig, y estos doctos e implacables cuerpos condenaron unánimemente a los presos a sufrir todos los refinamientos de crueldad que la práctica de la época asignaba al crimen de traición en el más alto grado.

El Consejo Privado Imperial aconsejó la pérdida de la mano derecha y la decapitación, pena que el emperador mitigó a simple decapitación, acompañada de degradación del rango de noble y confiscación de bienes. La ceremonia de la degradación de Nadasky tuvo lugar con la acostumbrada fórmula de palabras: «Ya no el conde Nadasky, sino... tú, traidor.» Fue conducido luego a la casa consistorial por el capitán de la guardia municipal en un carruaje cerrado. El Papa Clemente X había intercedido por su vida y la de Zriny, pero en vano. El 30 de abril de 1674, a primera

hora, las puertas de la ciudad fueron cerradas; la guardia ciudadana bajo las armas; cadenas tendidas a través de las calles; las principales plazas públicas ocupadas por tropas regulares, de infantería y caballería. En el salón municipal, junto a la oficina del Registro, el cadalso colgado de rojo fue preparado, y el verdugo, Juan Moser, en su puesto, el bastón negro en la mano derecha, la espada en la izquierda. Los espectadores se sentaban en derredor, todos vestidos de negro. Un chiaus turco, u oficial de la guardia del Sultán, estaba presente en un palco reservado. La cabeza de Nadasky cayó de un solo golpe. El cuerpo fue tendido en una parihuela y expuesto hasta la tarde en el patio de la casa consistorial. Fue conducido luego a los agustinos, y posteriormente al convento fundado por la víctima en Lockenhaus, en Hungría, donde se dice que permanece incorrupto hasta hoy. La espada y la silla utilizadas en la ejecución se encuentran ahora en el arsenal municipal. El mismo día fueron también ejecutados Frangipani y Zriny. La suerte de Tettenbach fue diferida hasta diciembre, cuando también fue decapitado en Gratz.

CAPITULO V
1672-1680

La supresión de la peligrosa conspiración difícilmente puede considerarse en sí misma otra cosa que un acontecimiento favorable a los intereses de la Europa cristiana. Desgraciadamente, sin embargo, el Gobierno austriaco, no satisfecho con la severidad ejercida sobre los principales conspiradores, descargó su imprudente e injustificable venganza sobre el reino de Hungría en su conjunto. Fue tratado como un país conquistado. Las iglesias protestantes fueron cerradas; los predicadores que se negaron a suscribir condiciones incompatibles con el ejercicio de sus funciones fueron arrestados, desterrados y en algunos casos condenados a galeras. La resistencia y la guerra civil sobrevinieron, más fértiles en atrocidades aún que la guerra con el turco. Los partidarios de uno y otro bando, como suele ocurrir en los casos de lucha intestina, adoptaron denominaciones populares recordadas durante largo tiempo por las desgracias con que estuvieron asociadas.

Los partidarios nacionales recibieron el nombre de Kuruzzen, probablemente una corrupción de Kreuzer, o portadores de la cruz; y el lansquenete alemán fue transformado en el término Labanz. Cada bando empalaba, o desollaba, o asaba al otro en toda ocasión que se presentaba. Los Kuruzzen cruzaban con frecuencia la frontera austriaca, avivando dondequiera que aparecían el recuerdo de las atrocidades del Sackman. El nombre se vincula hasta hoy al de los turcos en la Baja Austria. Entonces, como en períodos posteriores, los insurrectos recibieron ayuda y aliento de

Francia, y en 1679 llegaron incluso a incorporar una fuerza reclutada en Polonia y con oficiales franceses. El joven Tekeli también avanzó a descargar su venganza sobre Austria. Derrotó a los imperiales en varios encuentros, e incluso condujo sus fuerzas, unidas a hordas de caballería tártara, hasta las murallas de Neustadt, por el campo del March, y muy adentro de Moravia. Una pestilencia que estalló ese año difícilmente pudo persuadir al hombre de ceder a las potencias de la naturaleza la tarea de diezmar a su especie; y no fue sino cuando la mortalidad de la enfermedad alcanzó cotas espantosas que el espíritu de destrucción mutua hizo una pausa.

En 1681 se convocó una dieta en Œdenburg con propósitos de reconciliación, a la que asistió el emperador en persona. Se eligió un palatino, se revivieron los antiguos privilegios e instituciones, el poder del Ban y la milicia fronteriza, se restringió la licencia de la tributación arbitraria, se concedió una amnistía general y se restablecieron las leyes del imperio, bajo las cuales debía gozarse de libertad religiosa por parte de los seguidores de las formas helvética o de Augsburgo del protestantismo. La ruptura, sin embargo, había llegado demasiado lejos para permitir una reunión pronta y sólida de los partidos. El espíritu de ambición y venganza en el pecho de Tekeli no había de ser aplacado ni siquiera por la concesión de su matrimonio con la viuda de Rakoczy, que puso en sus manos la importante fortaleza de Munkacs. Los diputados del gobierno austriaco también revelaron indicios desafortunados e irrazonables de una tendencia latente a medidas de represalia. Los húngaros, por su parte, consideraban meras concesiones que les correspondían de pleno derecho las obtenidas del emperador. Por fin las partes acordaron hasta el punto de resol-

ver el envío de una embajada a Constantinopla, con el propósito de obtener una prórroga de la tregua de veinte años, que estaba a punto de expirar.

El conde Alberto Caprara fue el enviado elegido. Partió de Viena en febrero de 1682 con una numerosa comitiva y ricos presentes, y con instrucciones de no escatimar esfuerzo alguno para evitar una guerra turca. La absoluta inutilidad de su misión le resultó evidente desde la fecha de su llegada a Constantinopla. Encontró al partido de la guerra en esa ciudad, encabezado por el visir Kara Mustafá, ansioso por aprovecharse de las disensiones de Hungría, que los emisarios de Tekeli apenas podían exagerar en sus informes. Las tropas fueron enviadas ante sus propios ojos en auxilio de los rebeldes, y las condiciones de paz exigidas por la Puerta eran tales que extinguían toda esperanza de acuerdo. Se exigió en primer lugar un tributo anual de 50.000 dólares, la cesión a los turcos del territorio entre el Tisza y el Váh, y de varias plazas fuertes a Tekeli. Este último debía ser reconocido también como príncipe de la Hungría Superior, con rango igual al del príncipe de Transilvania. Finalmente, se insistió en la restitución de todos los bienes confiscados de los conspiradores. Las tropas afluían de Asia y Egipto para respaldar estas pretensiones y engrosar las fuerzas europeas que se concentraban bajo la vista del embajador; y las exigencias de los turcos crecieron con las noticias que ahora recibían del avance de las armas de Tekeli, hasta que finalmente reclamaron las fortalezas de Raab, Komorn y Szathmar, y una indemnización por sus gastos de guerra de seis millones de dólares.

El embajador vio la inutilidad de nuevos intentos de negociación. Su respuesta firme pero mesurada al visir Kara Mustafá le valió el trato de un prisionero de Estado. Sus correos fueron retenidos, y se vio reducido a despachar las noticias de la insolencia y los preparativos turcos mediante mensajeros secretos, y por la vía de Venecia a Viena. Él mismo se vio obligado a acompañar al ejército turco de invasión en su marcha. No faltaban demasiados fundamentos para la confianza turca. El estado indefenso de la frontera austriaca, la insuficiencia general de los preparativos militares de esa potencia, eran conocidos y valorados en Constantinopla; pero también ocurrió que tres astrólogos árabes habían predicho la reducción de Viena, la caída del Imperio Romano de Occidente, y además el avance ulterior de los ejércitos de los creyentes hasta Roma y el Rin. Aun prescindiendo de tales profecías, el momento era propicio para reducir a total sujeción el disputado reino de Hungría; y la influencia de Kara Mustafá, ávido de guerra, prevaleció sobre la seria oposición del ulema, de la sultana madre, e incluso sobre la inclinación del poco belicoso Sultán Mahoma en persona.

El Visir, mientras deslumbraba a este último con espléndidas visiones de conquistas ulteriores, estaba movido en secreto por su propia ambición. Se reservaba para sí el botín de Viena, y consideraba su propio ascenso al trono de Hungría, al menos como tributario de la Puerta, una recompensa razonable y alcanzable por su anticipado éxito como caudillo del ejército de los creyentes. Su influencia sobre el Sultán, ejercida en la mayor medida posible, se impuso a la de la sultana. Logró atraerse al jefe de sus opositores espirituales. La soldadesca, incluido aquel formidable cuerpo que eran los jenízaros, era naturalmente del bando que les

prometía botín y sangre. El fuerte partido que apeló por diversos medios contra la injusticia de la guerra fue acallado mediante medidas duras; y en el otoño de 1682 el ejército estaba en movimiento bajo el mando inmediato del visir, acompañado por el muftí y los principales dignatarios del imperio. Fue detenido y acampado para invernar en Adrianópolis, con el fin de reponer los contingentes que habían marchado desde las más lejanas provincias asiáticas y prepararse para operaciones efectivas en la primavera.

Aquí también se le unió el Sultán, cuyo fasto y dispendio durante la marcha, y en especial los cien carruajes dedicados a la parte femenina de su séquito, provocaron en la soldadesca ásperas comparaciones con la práctica de Murad IV, que tomaba el campo con una sola esposa y dos pajes. El ejército hubo de enfrentarse a las lluvias otoñales que más de una vez habían impedido bajo Solimán el avance de expediciones similares. La superstición popular interpretó estos avatares del clima como presagios de fracaso; pero el visir, aunque su propia tienda fue arrasada por una inundación que, en la primera noche tras el alto de las tropas, devastó el campamento, permaneció inquebrantable en su propósito, y las colas de caballo continuaron plantadas ante la residencia real en dirección a Hungría. El tedio de los cuarteles de invierno fue aliviado por una cacería real, para la cual se reunieron 30.000 campesinos para levantar la caza. El resultado, si no se cuentan los propios batidores, fue escaso —un jabalí, seis corzos y treinta liebres—, pero un número mucho mayor de batidores pereció de agotamiento. Donde el Sultán se encontraba con sus cadáveres observaba que probablemente habían hablado mal de él y habían recibido su merecido, suposición segura y satisfactoria.

En la primavera siguiente, mientras el ejército era pasado revista en presencia del Sultán, estalló una tormenta aún más violenta que, entre otras hazañas de su furia, arrancó el turbante de la cabeza del soberano. Sin arredrarse ante este presagio, acompañó la marcha de su ejército hasta Belgrado, donde el 12 de mayo recibió a los embajadores de Tekeli. Aquí, sin embargo, recibió también noticias de un acontecimiento que, de haberlo podido predecir sus adivinos árabes con sus verdaderos resultados, aún podría haberle hecho vacilar en la prosecución de su propósito. Este no era otro que la firma de una alianza entre el emperador y Juan Sobieski, rey de Polonia. Al día siguiente confió el estandarte verde del Profeta, y con él el mando supremo, al visir, quien asumió la dirección ulterior de la campaña sin el control de la presencia de un amo que no tenía el gusto de sus más remotos antepasados por las fatigas de la marcha ni los peligros del campo.

La fuerza regular con que tomó el campo se conoce con exactitud gracias al estado de revista hallado en su tienda en las líneas ante Viena. Encontramos así que el total de las tropas regulares ascendía a 275.000 hombres. Los servidores del bagaje, la intendencia, camellos, caballos, etc., nunca fueron contados y serían difíciles de calcular. Si añadimos la fuerza que posteriormente se unió a los turcos bajo Tekeli, incluyendo 12.000 tártaros, 13.000 jenízaros y 2.000 espahíes, que ascendía en total a 60.000 combatientes, no podemos estimar en menos de 400.000 el número de los que se lanzaron sobre Hungría. La aproximación del ejército turco, sumada a sus propios éxitos, excitó al máximo el orgullo de Tekeli. Asumió el título de duque de Hungría y amenazó con el destierro e incluso con la muerte a todos los que no se presentaran a una Dieta que convocó para reunirse en Kaschau.

Acuñó monedas, hoy raras, con su propia efigie y la leyenda «Emericus Comes Tekly in Kaesmarki, Dux Ungariæ», y en el reverso una espada desnuda con las palabras «Pro Deo et Patria». Varios oficiales e ingenieros franceses servían en sus fuerzas, en cumplimiento de la indigna política de Luis XIV, cuyo celo contra la Casa de Habsburgo no rechazaba ningún medio, por deshonroso que fuera, ni ningún aliado, por desacreditado que estuviera, y pasaba por alto todas las consecuencias funestas para la Cristiandad del éxito de los planes que así apoyaba. Las últimas propuestas de paz transmitidas desde la corte austriaca a Tekeli por el barón Sapomara fueron rechazadas con altanería. En Essek, donde fue recibido con honores reales por el visir, aceptó de manos de este su investidura como príncipe del reino de Hungría, que reconoció sujeto a la Puerta. Con todo su fasto y tras todas sus hazañas, no era sino lo que Zapolya había sido antes que él: un azote en manos de la Providencia para un país miserable, un instrumento y juguete en manos del Sultán y de los esclavos del Sultán.

CAPITULO VI
1682-1683

El 8 de diciembre de 1682, los servidores del conde Caprara habían llegado a Viena con noticias de los enormes preparativos de los turcos. Los informes procedentes de Hungría eran también desfavorables, y la necesidad de medidas inmediatas de defensa era tan evidente como urgente. El primer requisito, el dinero, se buscó mediante una imposición de la centésima parte de los bienes de la nobleza alta y baja, y del clero, habitualmente exento de tales cargas, pero considerado sujeto a ellas en caso de invasión por el enemigo de la Cristiandad. Era, sin embargo, a Polonia a quien Austria miraba ahora con la más profunda ansiedad, aunque debió de ser con profunda reluctancia, y al principio con escasa esperanza de éxito, que el emperador pudiera volverse hacia aquel lado en busca de asistencia. La suerte de Hungría al menos, y de la capital austriaca, dependía, sin embargo, del éxito de la diplomacia austriaca con el gran soldado Juan Sobieski, que ahora ocupaba el trono de Polonia. Su mera neutralidad habría condenado a ambas a un destino cierto, e incluso esa neutralidad era difícilmente de fiar; pues en un período reciente se había permitido a oficiales franceses al servicio de Tekeli iniciar el reclutamiento de una fuerza en Polonia para apoyar a ese peligroso aliado de los turcos. Mohács se había perdido por la defección de Zapolya. Juan Sobieski como caudillo era tan superior a Zapolya como los 20.000 jinetes sármatas que él y solo él podía llevar al campo eran superiores a la caballería transilvana de Zapolya. Una larga serie de desaires sufridos e intereses contrariados lo habían distanciado del trono de Austria y cimentado la vinculación que

su educación, su matrimonio y sus intereses políticos habían mantenido hasta entonces con Francia. Para remover estos obstáculos era necesario en primer lugar que el soberano hereditario de la Casa de Habsburgo concediera al rey electivo de Polonia el título de Majestad. Era este un acto de derogación que nada sino la dura necesidad habría podido arrancar a un soberano tan fiel a las tradiciones de la etiqueta austriaca como Leopoldo. Era más fácil abrigar esperanzas, que nunca se propuso realizar, de ventajas más sustanciales: un matrimonio entre el príncipe Jacobo, heredero de Sobieski, y una archiduquesa austriaca, y el establecimiento de ambos y sus descendientes en un trono hereditario. Los recursos, sin embargo, de la diplomacia habrían probablemente resultado ineficaces para contrarrestar la influencia de Francia, que se ejercía sin cesar contra la de Viena, de no ser por un accidente de la época.

Porta salutis
Quâ minimè reris Graiâ pandetur ab urbe.

Las intrigas de la corte francesa fueron derrotadas por las de una francesa. Sobieski había desposado en 1665, diez años antes de su accesión al trono, a Marie Casimire de la Grange, hija de Henri de la Grange, marqués d'Arquien. Había adquirido tempranamente una influencia sobre su marido que ejerció de una manera casi uniformemente perjudicial para su paz, sus intereses y los de su reino; y la esposa de 41 años continuaba ejerciendo ahora sobre el cónyuge de 53 la peligrosa fascinación de una amante. Plugo a aquella providencia, que tan frecuentemente realiza sus más grandes designios por medio de instrumentos despreciables, frustrar a esta mujer en una intriga que había puesto en marcha en

Versalles para la elevación de su padre a un ducado francés. Al anunciarse un proyectado viaje a Francia, se había planteado también en aquel lugar la cuestión de ese título de Majestad que se ha mencionado como algo que afectaba a las relaciones de su marido con Austria. Estas, y otras de tal índole, son las influencias que se dice inclinaron en este momento crítico la balanza en favor de Austria, que pesaron más que los recuerdos del libidinoso Sobieski de su educación en Francia, que salvaron Viena y rescataron Hungría del dominio mahometano. Sería absurdo suponer que otras consideraciones más sólidas y fundadas no influyeron en la decisión de Sobieski. Sincero y ferviente hasta los límites del fanatismo en su adhesión a la forma romana del Cristianismo, no podía contemplar con indiferencia el probable éxito de las armas turcas en Hungría y Austria. Había recibido, sin embargo, garantías de Turquía de que, en caso de continuar su neutralidad, la frontera polaca quedaría libre de invasión. A esa neutralidad estaba en rigor vinculado por la fidelidad con que la Sublime Puerta había observado los compromisos de su última pacificación con Polonia, fidelidad que todos los historiadores coinciden en reconocer como característica habitual de la conducta de la Puerta, y que contrasta de manera llamativa y frecuente con la práctica de los estados cristianos. Confiando en la fe de los tratados, Mahoma IV había dejado desguarnecida la importante fortaleza de Kaminiec y la frontera de Podolia; y si Sobieski hubiera buscado un pretexto para eludir la alianza con Austria, podría haberlo hallado en las obligaciones del Tratado de Zurawno, observado tan fielmente por los turcos. Roma, sin embargo, estaba a mano para dispensar de esas obligaciones hacia el infiel. Tampoco faltaban consejeros que sugirieran que, permaneciendo por algún tiempo espectador de una lucha que habría de producir

agotamiento en ambos bandos y entrando en lid en el momento oportuno y en el lugar adecuado, Sobieski podría encontrar mejor ocasión para recuperar del turco la tan codiciada fortaleza de Kaminiec.

Fue en tales circunstancias que el buen genio de la Cristiandad se manifestó bajo el disfraz de una intrigante francesa. Influido por una vez en una dirección justa y acertada por su esposa, e inspirado por los recuerdos de anteriores victorias, entre otras la gran batalla de Choczim, en la que había visto los turbantes flotar espesos como hojas otoñales sobre el Dniéster, arrojó su poderosa complexión a la silla y su gran alma a la causa, y olvidó con gusto, en la tarea de reunir y reclutar su mermado y disperso ejército, las perpetuas intrigas de su corte y su hogar. Por el tratado ahora concluido, ambos soberanos contrajeron la obligación mutua de asistirse contra el turco, llevando al campo respectivamente 60.000 y 40.000 hombres. El emperador concedió una dudosa pretensión a las minas de sal de Wieliczka, y el punto más importante de una aspiración a la eventual sucesión a la corona de Polonia en favor de su hijo. Estuvo bien asesorado al exigir que el tratado fuera ratificado con la solemne sanción de un juramento administrado por un legado cardenal. No hay duda de que la conciencia que tenía Sobieski de la obligación de este juramento tuvo una influencia seria en su conducta posterior. Por una precaución a la que Pascal, de haber vivido, podría haber aludido como ilustrativa de las prácticas que brotan de la escuela de Loyola, las dos partes de este juramento se comprometieron a no recurrir al Papa para ninguna dispensa de su observancia. Hasta qué punto era lógico y consecuente limitar así el poder del Papa y confinar su válida operación a una sola dispensa, no

corresponde a los protestantes decidirlo. El abad Coyer cita esto como artículo secreto. Posiblemente en aquel momento los contratantes se avergonzaban de ello; pero se halla existente en la copia del tratado impresa en el Corps Universel Diplomatique de Dumont, de 1731. Se acordó que, si alguno de los soberanos tomara el campo en persona, el mando supremo recaería en él. Este artículo estaba sin duda destinado a conseguir el propósito que logró: poner en práctica el reconocido talento militar de Sobieski y el terror que su nombre inspiraba entre los turcos. El tratado no contempla la eventualidad de que ambos soberanos se presentaran en el campo. Leopoldo no era soldado; y aunque amenazó en cierto momento con visitar al ejército, de lo que su confesor le disuadió prudentemente, no es probable que llegara a contemplar en ningún momento su presencia en el campo de batalla. Circula, sin embargo, la anécdota de que, tras el gran éxito ante Viena, reprochó a su ministro Sinzendorf haberle aconsejado su ausencia del campo con tanta amargura que este murió a consecuencia de ello. De haberse creído esto en su momento, no es probable que Sobieski hubiera dejado de referir tan picante anécdota en su correspondencia con su esposa.

Tanto en Polonia como en Austria se requería tiempo para poner en pie de guerra las fuerzas prometidas por todos, y entretanto la frontera austriaca quedaba al descubierto, pues el ejército imperial bajo el mando del valiente y experimentado duque Carlos de Lorena, estacionado en las cercanías de Presburgo, apenas alcanzaba los 33.000 hombres. De esta escasa fuerza habían de extraerse guarniciones para Raab, Komorn, Leopoldstadt y Presburgo, dos cuerpos volantes para hacer frente al primer avance del enemigo sobre el Raab y el Mur, y con el sobrante había de

sostenerse la monarquía austriaca hasta que aparecieran los socorros prometidos. Austria tuvo la fortuna de contar con el caudillo sobre quien recayeron estas difíciles y complicadas responsabilidades. Formado en las armas contra los turcos bajo Montecuculi, y contra Condé bajo Guillermo de Nassau, Carlos Leopoldo, duque de Lorena, había madurado sus talentos militares, en mando independiente, contra los ejércitos de Francia, a lo largo de varias campañas metódicas en el Rin y en Flandes. Se hallaba ahora en una situación que le exigía poner en juego todos los recursos adquiridos en tales escuelas, y que demandaba una cautelosa y paciente aplicación de la ciencia estratégica y táctica para subsanar las desventajas de una vastísima disparidad numérica y de grandes dificultades locales de posición. Ofrecer cualquier resistencia seria al primer empuje de los invasores con la pequeña fuerza a su mando era imposible, y su primer deber era salvar de la destrucción a un ejército envuelto y casi cercado, de cuya extracción dependía la preservación última de la capital. Era evidente, en tales circunstancias, que Viena debía afrontar de nuevo el peso de la tormenta. La forma de la ciudad era casi la misma que en 1529, y la que conserva aún hoy, pero las defensas habían sido mejoradas bajo Fernando III y Leopoldo I. Toda la población del territorio vecino fue convocada ahora por edicto imperial a trabajar en las obras exteriores y a talar árboles para empalizada. En las propias fortificaciones eran empleados diariamente 3.000 obreros, y las familias de los arrabales fueron requeridas a aportar un hombre por cada casa durante dos meses para el mismo fin. Los puntos elevados al alcance de las murallas y las casas más cercanas, como en 1529, fueron demolidos, y se prepararon y dispusieron más de 30.000 estacas de roble macizo. El 20 de marzo los obreros se concentraron por todas partes, y

las obras de fortificación prosiguieron desde esa fecha con regularidad, aunque lentamente, por el insuficiente suministro de herramientas y materiales. Por otro edicto, todo ciudadano fue requerido bajo severas penas a proveerse de víveres para el consumo de un año en el plazo de un mes. Los que claramente no podían hacerlo fueron obligados a abandonar la ciudad.

Mientras estas medidas se llevaban a cabo, las hostilidades habían comenzado en la Hungría Superior. El bajá de Neuhäusel recibió órdenes, so pena de la cuerda, de apoderarse de la isla del Schütt en el Danubio. A mediados de febrero intentó cruzar el río con este propósito sobre el hielo, pero este se rompió y se vio obligado a retirarse con una pérdida de 90 hombres. El 8 de marzo repitió el intento con 2.000 hombres, pero tras un éxito parcial fue rechazado hacia la fortaleza con pérdidas por el coronel imperial Castelli. Sin embargo, otras plazas de escasa importancia cayeron en manos de los turcos, y la marea de guerra avanzó firmemente hacia Viena. El 6 de mayo el emperador pasó revista al ejército cerca de Kitsee, pero este no había recibido aún ningún refuerzo material. Hungría, aunque en una dieta celebrada en Œdenburg había prometido una leva en masa, apenas había aportado hasta el momento 3.000 hombres bajo el Palatino Esterházy, número insuficiente para proteger las orillas del Raab y el Danubio de las incursiones depredadoras de la guarnición turca de Pest. El emperador, acompañado por los príncipes del imperio que se hallaban presentes, inspeccionó el ejército, distribuyó 500.000 florines entre las tropas e hizo que el primado de Hungría, el arzobispo de Gran, les leyera la indulgencia papal. En un consejo de guerra, en el que es probable que el de Lorena fuera superado en la votación por la influencia de la corte, se

resolvió adoptar el curso, difícil si no imposible, de tomar la iniciativa de las hostilidades en Hungría, confiando en que el ejército principal turco no podría presentarse antes de julio y con la esperanza de alentar a las tropas mediante algún éxito preliminar. Se propuso primeramente sitiar Gran; pero como resultó imposible cerrar el paso de sus suministros por el Danubio y 20.000 hombres avanzaban desde Pest en su socorro, se abandonó esta empresa y el ejército acampó el 3 de junio ante Neuhäusel. El bajá respondió a una intimación de rendición que los imperiales aprenderían de qué clase de hombres confiaba el Sultán sus fortalezas, y fue tan bueno como su palabra. Los imperiales habían tomado los arrabales y atacado el cuerpo de la plaza cuando fueron rechazados por una exitosa salida con la pérdida de dos jóvenes voluntarios distinguidos, los condes Taxis y Kazianer. Les llegó también la noticia de la aproximación del ejército principal turco y de la amplia irrupción de sus precursores, la caballería tártara, que amenazaba su línea de retirada. El 10 de junio se levantó este sitio sin objeto, y el ejército se retiró a lo largo del Danubio, aunque no sin sufrir pérdidas por las salidas del enemigo. Fueron introducidas apresuradamente guarniciones en Raab, Komorn y Leopoldstadt, suficientes para su defensa en caso de que el enemigo las dejara a su espalda. El ejército, reducido por este contingente a unos 12.000 infantes y 11.000 jinetes, tomó la mejor posición que pudo encontrar entre el Raab y el Raduitz, y allí aguardó la aproximación del enemigo.

CAPITULO VII

1683, 30 de junio a 13 de julio

El visir, durante las transacciones arriba descritas, había conducido al ejército principal por la vía de Belgrado hasta Essek, donde, como se ha referido anteriormente, tuvo lugar su encuentro con Tekeli. En los debates de un consejo de guerra celebrado en este lugar, varios bajás y el propio Tekeli manifestaron con firmeza sus opiniones contrarias a emprender un sitio de Viena, al menos en el año en curso. Recomendaron, no sin sólidos fundamentos militares, la reducción previa de las plazas fuertes de Hungría que aún conservaban los del Imperio, y el establecimiento de una base para ulteriores operaciones mediante la subyugación completa de aquel reino. El visir, obstinado en su propio criterio e irritado por la fuerza de la oposición, ocultó su determinación y, aparentando asentir al consejo de Tekeli, dio órdenes de avanzar sobre Raab, que fue sitiada e intimada a rendirse el 30 de junio. El gobernador respondió a la intimación de un modo que, ya fuera por connivencia o por accidente, favoreció los planes del visir. Declaró la imposibilidad de una rendición inmediata: el visir haría bien en proseguir su marcha sobre Viena; tras la caída de aquella ciudad, Raab sería entregada sin resistencia. En un consejo de guerra, el anciano bajá Ibrahim, gobernador de Pest, abogó con energía por la reducción de Raab y las demás fortalezas de Hungría. Un rey, dijo, colocó en cierta ocasión un montón de oro en el centro de una alfombra y lo ofreció a quien pudiera recogerlo sin pisar la alfombra. Un hombre sabio enrolló la alfombra desde la esquina y así se apoderó del oro. Hungría era

la alfombra, y si se enrollaba del mismo modo, el oro podría alcanzarse en otoño, o a más tardar en la primavera siguiente. Esta apología no hizo sino atraer la cólera insolente del visir sobre el venerable consejero, y Raab quedó indemne a retaguardia del ejército en avance, al que las hordas tártaras precedían en todas direcciones.

Con excepción de algunos lugares que, rindiéndose a Tekeli, fueron preservados de la destrucción, el antiguo sistema de devastación se siguió en todas partes. Las obras del hombre fueron destruidas en todas partes, y la población masacrada o arrastrada al cautiverio. El ejército imperial no tardó en contemplar las llamas de aldeas en llamas que se alzaban a retaguardia de su posición. No había un momento que perder para efectuar su retirada: la infantería apenas tuvo tiempo de refugiarse en la isla de Schütt y, ganando desde allí la orilla izquierda, proseguir su retirada a través del campo de la Marcha hasta Viena. La caballería, bajo el mando directo del duque de Lorena, se retiró por Altenburg y Kitsee. Su vanguardia fue, el 7 de julio, sorprendida cerca de Petronel por un ataque de 15.000 tártaros, y el conjunto de la fuerza fue arrojado a una confusión que, de no haber sido por la presencia y los esfuerzos de su comandante, podría haber resultado fatal. Este fue eficazmente secundado por el margrave Luis de Baden, el duque de Sachsen-Lauenburg y otros, y, una vez restablecido el orden, el enemigo fue rechazado sin dificultad. Cayeron unos 200 hombres por parte de los turcos; los austriacos perdieron tan solo sesenta, pero entre ellos se contaban un joven príncipe de Aremberg y Luis de Saboya, hermano mayor del futuro vencedor de los turcos, Eugenio. El primero cayó bajo el sable turco; el segundo quedó aplastado bajo su caballo. El

equipaje de los duques de Sachsen-Lauenburg y de Croy, y del general Caprara, que contenía su vajilla de plata —con la que era costumbre de la época que los generales se cargasen—, cayó en manos de los tártaros. La noticia de esta acción produjo sus efectos inmediatos en ambos bandos.

El visir, al día siguiente de recibirla, cruzó el Raab. Tuvo buen cuidado de difundir por sus filas relatos exagerados del descalabro y la confusión de los imperialistas, y del estado de desguarnecimiento de Viena; y mientras estimulaba a los jenízaros con la perspectiva de un triunfo fácil y un botín ilimitado, acalló la oposición de los timoratos y los prudentes mediante la promulgación del Hatti Sherif del Sultán, que le investía de un poder de mando exclusivo y sin límites. Sin embargo, se había perdido algún tiempo en deliberaciones y en cumplir con la formalidad del bloqueo de Raab, y esos momentos eran preciosos para los defensores de Viena. La tendencia habitual a exagerar las malas noticias se había manifestado con fuerza en aquella ciudad. La escaramuza de Petronel había sido magnificada hasta convertirse en la derrota total y la huida precipitada del ejército imperial. Quienes habían abandonado el campo los primeros, y por tanto menos sabían del resultado real, eran los autores de esta información; y la misma cobraba lúgubre verosimilitud por las llamas que enrojecían el horizonte nocturno en muchas direcciones y a no mucha distancia. Las aldeas de Schwechat y Fischamend, por ejemplo, daban este testimonio de la presencia de la caballería turca. El emperador Leopoldo no era uno de esos raros casos de talento militar en el trono que aparecen quizás una vez por siglo en la figura de un Gustavo Adolfo, un Juan Sobieski o un Carlos XII. Tales hombres, con su sola presencia, habrían hecho inex-

pugnable una capital. Leopoldo no habría sido sino un estorbo durante un sitio, y adoptó el camino más prudente de alejarse con su corte a una distancia suficiente del escenario del peligro. Sin embargo, antes de que hubiera tomado esta decisión, los acontecimientos le habían dejado poco tiempo que perder, y había llegado a ser materia de seria deliberación qué camino debía tomar para evitar el riesgo de caer en manos de la caballería tártara. El camino directo a Linz fue juzgado por su consejo como no libre ya de este peligro, y se resolvió que se abriera paso hasta allí por la orilla izquierda del Danubio. En la tarde del día 7, por tanto, la larga fila de carruajes imperiales, saliendo por la puerta Rothenturm, cruzó la isla de Leopoldstadt y el puente del Tabor, y llegó aquella misma noche a la aldea de Klosterneuburg, a unas quince millas de Viena, que había sido ocupada previamente por un pequeño destacamento de mosqueteros al mando de un oficial irlandés cuyo nombre, probablemente O'Haggerty, ha sido germanizado en Von Haffti. Desde allí prosiguió su viaje a Linz, pero no sin grave riesgo. Se dice que de no haber sido por la pronta y hábil intervención del enviado francés, el marqués de Sepville, quien hizo desmontar una parte del puente de Krems, el emperador y toda su comitiva habrían caído en manos de los tártaros. Sería curioso indagar hasta qué punto este importante servicio fue bien recibido en Versalles. Es evidente que el primer itinerario propuesto habría entregado a la cabeza del Imperio, a su consorte, muy avanzada en su embarazo, y a la emperatriz madre, en manos de los tártaros. Incluso Linz fue considerada insegura, y la comitiva real continuó su desdorosa huida hasta encontrar refugio más allá de las fronteras de sus propios dominios, en la fortaleza bávara de Passau. Desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada siguiente, los carruajes de los

fugitivos más acaudalados, que siguieron el ejemplo de la corte, desfilaron sobre el puente del Tabor, alumbrados en su camino por las llamas del convento de los carmelitas en el Kahlenberg. Dejaron la ciudad en un estado de alarma fundada y de descontento que rozaba la rebelión. El sentimiento popular se manifestó con fuerza contra los jesuitas, a quienes se acusaba, no sin razón, de haber instigado la naturalmente apacible disposición del emperador hacia conductas que habían enajenado el afecto de los protestantes y los habían arrojado en brazos de un enemigo infiel.

La ciudad, abandonada así a sus propias fuerzas, se hallaba en ese momento casi sin guarnición. Aparte de la guardia burguesa habitual, una mera fuerza de orden público, el regimiento de Kaiserstein, de unos 1.000 efectivos, era la única tropa dentro de los muros. Las empalizadas no estaban fijadas; los bastiones carecían de artillería o de cestones. El número de quienes abandonaron la ciudad los días 6 y 7 de julio ascendió a 60.000, de los cuales una gran proporción —aquellos cuyos medios de transporte les fallaron en el camino— y todos los que tomaron la ruta de Estiria cayeron en manos del enemigo. Se dice que los turcos emplearon sabuesos para dar caza a quienes huían hacia los bosques. Una emigración tan masiva redujo de manera aterradora el número de ciudadanos capaces de tomar las armas. El ánimo de este remanente se vio, sin embargo, algo restablecido el día 8 por la aparición de la caballería, que desfiló por la ciudad con gran estrépito y despliegue militar y acampó en los prados cercanos al Tabor. Esta refutación tangible del rumor anteriormente difundido sobre la destrucción total del ejército imperial era muy apropiada para producir una reacción en el ánimo público; pero una

impresión aún más favorable causó la llegada, ese mismo día, de Ernesto Rüdiger, conde Starhemberg, otro discípulo de la escuela de Montecuccoli, a quien, en virtud de su exitosa defensa de Moravia contra las incursiones de Tekeli en 1681, el emperador confió ahora el mando y la defensa de la ciudad. No perdió tiempo en poner a todos manos a la obra en las fortificaciones; pero al principio poco más pudo hacerse que completar la fijación de las empalizadas, pues consta el hecho apenas creíble de que las obras necesarias para la defensa principal de la ciudad no podían llevarse a cabo por falta de las herramientas más comunes e indispensables.

Los anales de la ciudad guardan silencio sobre los responsables de este monstruoso abandono; pero es cierto que si los turcos no se hubieran demorado ante Raab, o si mediante una mayor celeridad en la marcha hubieran llegado ante Viena unas pocas horas antes de lo que lo hicieron, aquella ciudad habría caído sin dar un golpe, con todos sus tesoros, en manos del destructor. No fue hasta el día siguiente a la llegada de Starhemberg cuando, gracias a los incansables esfuerzos del canciller imperial Benedict Geizer, el contenido de los archivos secretos y del tesoro fue trasladado por el Danubio en circunstancias de inminente peligro. La población de todas las clases, los ciudadanos más ricos e incluso mujeres y eclesiásticos, trabajaron ahora sin descanso en las fortificaciones. El burgomaestre Von Liebenberg dio el ejemplo, prestando activo servicio con una carretilla. La madera almacenada para construcción o combustible fuera de los muros fue trasladada a la ciudad; se ordenó a todos los vecinos que tuvieran agua preparada en sus tejados, y todas las personas cuya ocupación habitual quedaría en suspenso durante el sitio fueron

armadas e incorporadas al servicio regular del Estado. Formaron un cuerpo de 1.200 hombres. Las obras más importantes se llevaron a cabo entre el 7 y el 12 de julio, y hacia el final de ese período casi bajo la vista del enemigo, que el día 10 había cruzado la frontera austriaca por Hungría-Altenburg, destruyendo todo a su paso. En Klosterneuburg se reunió un número de barcas para la construcción, en caso de necesidad, de un puente flotante en ese lugar, y los arsenales fueron bien pertrechados con munición traída por agua desde Krems. El día 12, la proximidad cada vez mayor del enemigo se evidenció por el círculo que se estrechaba de aldeas en llamas. Desde la frontera húngara hasta las proximidades del Kahlenberg, todo lugar sin fortificar mostraba el lúgubre testimonio de la ocupación turca: Baden, Mödling, Ebenfurt, Inzersdorf, Pellendorf, Laxenburg, Laa. Solo Neustadt resistió gracias a la solidez de sus muros y al valor de sus habitantes. Perchtolsdorf emuló este ejemplo en un primer momento, pero su suerte posterior requiere una narración aparte y pormenorizada.

Las bandas tártaras se aventuraron ese día hasta San Marcos y hasta el actual Theresianum. Todo lo que el hombre puede hacer para aniquilar los frutos del trabajo humano y frustrar las fuerzas productivas inherentes a un suelo fértil fue perpetrado por esta tribu de langostas humanas. Un solo lugar fue respetado por ellos: la villa imperial de Sommering, que ocupaba y casi coincidía con el emplazamiento de la tienda de Solimán en el sitio anterior. Por respeto a su memoria, este edificio fue preservado y convertido en almacén. Estas escenas de desolación no se limitaron a la Baja Austria. Los merodeadores siguieron el curso del Danubio hacia la provincia Alta, y aun en Baviera y Suabia el ter-

ror que infundía el rumor de su aproximación fue tal que muchos habitantes huyeron con sus bienes muebles a Suiza y más allá del Rin. El 13 de julio, hacia las 8 de la mañana, varios cuerpos de caballería turca se mostraron en el Wienerberg, desde donde se extendieron hacia Schönbrunn, Hietzing, Ottakring, Hernals y Währing hasta Döbling y Nussdorf. Hacia las 2 de la tarde, otro numeroso cuerpo se mostró desde San Marcos, que tomó posesión de todo el terreno desde el llamado Gatterholzel hasta el Hundsturm. El primer fuego desde la ciudad se abrió contra estas tropas, lo que las obligó a retirarse tras los cercados de los numerosos viñedos de aquella comarca. En ese último momento disponible, el comandante dio la orden —cuya ejecución una hora de demora habría hecho imposible— de prender fuego a los arrabales, cuyos habitantes habían trasladado el día anterior sus enseres a la ciudad. El incendio fue general y eficaz para su propósito: muchos edificios de valor, tanto públicos como privados, fueron sus víctimas, y muchos valiosos objetos que aún permanecían en ellos compartieron su suerte. Al mismo tiempo se levantó un viento fuerte, y como aún había mucha madera acumulada cerca de las empalizadas y hasta los muros de la ciudad, fueron necesarios todos los esfuerzos del comandante y de las autoridades municipales para impedir que la propia ciudad participara del desastre que se había concebido para su preservación.

A Starhemberg lo han culpado algunos de haber demorado tanto la destrucción de los arrabales. Otros habrían encontrado motivos para censurarlo si, mientras subsistiera una esperanza o una posibilidad de que los turcos abandonaran su empresa, hubiera entregado a las llamas tantos costosos edificios públicos, tantas moradas de lujo y comodidad, tanta riqueza. Hasta el último

momento es probable que aquella esperanza se albergara, y aquella posibilidad podía razonablemente considerarse existente. Las disputas en el consejo turco no eran ningún secreto, y quizás eran exageradas en los imperfectos informes que llegaban a Viena. El movimiento sobre Viena podía ser una mera amenaza vacía; aun siendo serio, podía ser frustrado por un contra avance de las fuerzas del Imperio. Si estas u otras contingencias posibles hubieran ocurrido, ¡qué quejas de propietarios arruinados le habrían asaltado!, ¡qué estigma de barbarie inútil habrían adherido los cronistas al nombre que desde entonces se ha hecho tan célebre! Las circunstancias eran muy diferentes en 1529. Los edificios suburbanos de aquella época eran de mucho menor extensión y valor, pero se aproximaban mucho más a la ciudad, y la necesidad de su demolición era mucho más patente, por cuanto tras la caída de Pest el avance de un caudillo como Solimán era algo de mucha mayor certeza que el del visir en este caso; tanto más cuanto que en la ocasión anterior no había ninguna fuerza regular alguna que se opusiera a la invasión, mientras que en el presente había un ejército de cierta entidad, bien disciplinado y hábilmente mandado, en el camino del invasor. El desenlace final dio ciertamente la razón al cauto consejo del anciano bajá de Pest, pero es más en la ejecución de su plan que en su concepción donde puede ahora considerarse que el visir fracasó. Si Viena hubiera caído, poco se habría hablado de la temeridad de la marcha rápida y audaz mediante la cual se habría asestado tan gran golpe, y la operación habría sido considerada posiblemente como una anticipación del sistema de Napoleón por un genio semibárbaro pero afín. Como tal es considerada en efecto hoy en día por algunos críticos militares.

CAPITULO VIII
1683, 13 a 19 de julio

En la tarde del día 13, la infantería del ejército imperial destinada a la guarnición de Viena entró marchando en la ciudad; y a partir de ese momento todas las puertas, incluso la del Rothenturm, por la que habían entrado estas tropas, fueron tapiadas y barricadas. Ese mismo día se arrojaron por encima del glacis dos intimaciones de rendición redactadas en latín. Quedaron sin respuesta. Las disposiciones militares para la defensa eran las siguientes: los principales subordinados de Starhemberg en el mando eran los generales Daun y Serini; los brigadieres Souches y Scheffenberg; el marqués de Obizzi, comandante de la guardia municipal; los coroneles el duque de Württemberg, el barón von Beck; los condes Dupigny y Heister, todos ellos hombres de experiencia y valor probado. Los asuntos de la ciudad eran gestionados por un colegio separado y secreto de consejeros imperiales de Estado, cuyo presidente era el conde Cappliers. Los demás miembros eran el conde Molart, mariscal de Austria; el barón von Belchamin; Hartmann von Hüttendorf, y los secretarios Haekl y Fux. Entre quienes ofrecieron voluntariamente sus servicios en cualquier capacidad, merece mención especial el digno obispo de Neustadt, Leopoldo conde von Kollonitsch.

El obispo de Viena, Emerico Sinellius, había acompañado al emperador a Passau, dejando así los asuntos de su diócesis en manos de quien, por el cumplimiento de sus funciones espírituales, por sus gastos en obras de caridad y por su asistencia a los enfer-

mos y heridos, se granjeó una reputación tan sólida y honrosa como la que otros podían obtener en la batería o en la brecha. Ni tampoco su ministerio se limitó a estas sagradas funciones. En su juventud había servido como caballero de Malta contra los turcos, y su experiencia militar se reveló ahora de un valor apenas inferior al de sus labores espirituales. Fue uno de los más activos al lado de Starhemberg; su compañero diario en los puestos de mayor peligro, alentando a los combatientes con su ejemplo, atendíendo a los heridos y administrando los ritos de la religión a los moribundos. Las disposiciones sistemáticas para la extinción de incendios, para la recolección y distribución de provisiones y para la prevención de la extorsión durante el sitio fueron todas obra de este hombre notable. En el abarrotado hospital, donde el semblante de la muerte es más horrendo, se le encontraba dispensando esperanzas del cielo a quienes ya no tenían esperanza en la tierra. Las mujeres, los niños y los ancianos, habitualmente una carga en una plaza sitiada, fueron por él organizados y disciplinados para prestar servicios que de otro modo habrían sustraído defensores de los muros. Gracias también a sus esfuerzos se inició una suscripción que, respaldada por sus propias generosas contribuciones y las de otros hombres prominentes, como el príncipe Fernando de Schwarzenberg, que contribuyó con 50.000 florines y 3.000 cargas de vino, alcanzó la suma de 600.000 florines.

El ejemplo de este prelado fue emulado por Maximiliano, conde de Trautmansdorf; Carlos, conde de Fünfkirchen; Godofredo, conde de Salzburgo; el conde Vignoncourt; Mateo, conde de Colalto; Federico, barón de Kielmansegg, quien además de sus servicios en acción contribuyó a la defensa con la invención de un

molino de pólvora y de una granada de mano. A los nombres anteriores deben añadirse los de Zetteritz, Rünnlingen y Rosstauscher. La guarnición constaba de 13.000 soldados regulares de los regimientos de Starhemberg (hoy del archiduque Luis, n.º 8); Mansfield (hoy duque de Lucca, n.º 24); Souches (hoy archiduque Rainer, n.º 11); Bock (hoy gran duque de Baden, n.º 59); Scherfenberg; de los medios regimientos Pfalz-Neuburg (hoy Hohenegg, n.º 20); Thungen (hoy Wellington, n.º 42); Heister, y nueve compañías de caballería de Dupigny; y finalmente de la guardia municipal habitual, con 1.200 efectivos. Además de estos, todos los hombres capaces de tomar las armas fueron convocados y divididos en compañías. Estos ascendían a 2.382, y estuvieron mandados en primer lugar por el burgomaestre Juan Andrés von Liebenberg, y tras la muerte de este por fiebre, por su sucesor, Daniel Focky.

Ambros Frank, miembro del consejo municipal inferior, formó un cuerpo franco de 255 hombres, compuesto principalmente de taberneros. En la universidad, 700 estudiantes se armaron y fueron distribuidos en tres compañías bajo el mando del rector magnífico Laurenz Grüner. Los comerciantes y mayoristas formaron una compañía de 250 hombres. Los funcionarios y servidores de la casa imperial formaron un cuerpo de cerca de 1.000 hombres, al mando de Maximiliano, conde de Trautmansdorf. Finalmente, muchos gremios y corporaciones se constituyeron en compañías, ya separadas ya conjuntas. Así, por ejemplo, los carniceros con los cerveceros, 294 hombres. Los panaderos, 150. Los zapateros, 288. Los restantes artesanos, 300 en número, fueron distribuidos en dos compañías; algunos otros fueron empleados en los arsenales. Los gremios aportaron en total 1.293 hombres. El número

total de hombres en armas ascendía a unos 20.000. La población restante no era inferior a 60.000 almas.

Al amanecer del 14 de julio, la fuerza principal del enemigo se mostró en las alturas del Wienerberg. Era difícil para el ojo más avezado distinguir objetos particulares en medio de la muchedumbre multitudinaria de hombres, caballos, camellos y carruajes. La masa se extendía desde el bosque de Lauer hasta cerca del Hundsturm, pasando por Gumpendorf, Penzing, Ottakring, Hernals, Währing y Döbling, hacia Nussdorf y el Danubio, en un perímetro de unos 25.000 pasos. El campamento fue trazado en forma de media luna. En pocas horas habían surgido del suelo 25.000 tiendas. La del Visir fue levantada en las alturas del actual arrabal de San Ulrico, detrás de los muros de las casas que habían sido incendiadas. Rivalizaba en belleza y esplendor de decoración con el famoso pabellón de Solimán de 1529, siendo de seda verde bordada en oro y plata, y adornada en su interior con perlas, piedras preciosas y alfombras, y contenía en un santuario central el sagrado estandarte del Profeta. Dentro de su recinto había baños, fuentes y jardines de flores, e incluso un zoológico. Por razón de sus numerosas avenidas y compartimentos, fue comparada con una ciudad de lona. Su valor, junto con su contenido, fue estimado en un millón de dólares. Bajo San Ulrico, en dirección a la puerta de la Burg, el aga de los jenízaros había dispuesto sus fuerzas; el recinto del propio San Ulrico estaba ocupado por los tártaros bajo el mando de Kara Mehemed. Los demás bajás estaban apostados frente a las puertas de Kärnthner y de Stuben, y la ciudad era amenazada desde cinco puntos distintos, aunque pronto fue fácil percibir que el ataque principal se dirigiría contra la Burg y el Löbelbastion. El primer cuidado de los turcos fue

saquear y destruir los escasos edificios que habían escapado a la destrucción en los arrabales.

La iglesia de los Servitas en el Rossau fue el único edificio que se salvó, y esta excepción se debió a un singular incidente. Su distancia de la ciudad la había preservado del incendio general. Se dice que los turcos tomaron a los patriarcas representados en el techo, con sus largas barbas y su vestimenta oriental, por seguidores de Mahoma, y que bajo este malentendido respetaron la iglesia. Tal es la explicación del hecho que se encuentra en todos los relatos de la época, pero es probable que en realidad no hubo malentendido alguno. El musulmán profesa tanto respeto por los patriarcas judíos como el cristiano, e incluso ha adoptado sus nombres, pues Ibrahim no es sino Abraham, Musa es Moisés, etc. No es por tanto necesario suponer que los turcos abrigaran la absurda noción que se les atribuye de que un templo cristiano hubiera podido estar decorado con retratos de santos mahometanos.

CAPITULO IX
1683, 9 a 17 de julio

La suerte de los habitantes de la pequeña ciudad de Perchtoldsdorf constituye un triste episodio en los anales de la invasión turca. El 9 de julio la caballería tártara había aparecido en sus proximidades. Los habitantes, siguiendo el ejemplo de sus antepasados de 1529, convirtieron la torre de la iglesia y el cementerio con su muro circundante en una fortaleza, y rechazaron sin dificultad el primer ataque de los merodeadores. El ataque se repitió al día siguiente, pero con el mismo resultado; la guarnición vio aumentar sus efectivos con numerosos fugitivos procedentes de otros lugares, y los habitantes, tras algunos días de calma, comenzaron a creer que, como en 1529, la crisis pasaría sin consecuencias graves. El alguacil del municipio era un tal Adam Streninger; las demás autoridades eran el párroco y su coadjutor. El día 14, cuando el ejército principal de los turcos había completado el cerco de Viena, su siguiente preocupación fue asegurar las plazas fuertes situadas a cierta distancia de la ciudad. Con este fin, al amanecer del día 14 fue enviado un fuerte destacamento sobre Perchtoldsdorf, que comenzó a lanzar proyectiles incendiarios sobre el lugar y prendió fuego rápidamente en varios puntos. Algunos ciudadanos se aventuraron en una audaz salida, pero el pequeño grupo, de no más de treinta hombres, fue pasado a cuchillo hasta el último. La abrumadora superioridad numérica del enemigo y el agotamiento de su propia munición obligaron a los habitantes a abandonar completamente la ciudad y a refugiarse en su iglesia fortificada y sus dependencias.

La ciudad fue entregada a las llamas, que ardieron desde las 2 de la tarde durante toda la noche siguiente, que la pequeña guarnición pasó contemplando esta lúgubre escena y esperando un ataque al amanecer que no tenían esperanza alguna de poder rechazar. Los turcos, sin embargo, prefirieron el artificio y la perfidia a la fuerza, y se contentaron con bloquear la fortaleza, que por lo demás era apenas sostenible a causa del calor y el humo de las casas adyacentes en llamas. Esta situación se prolongó hasta la tarde, cuando un jinete subió a caballo por la calle principal, vestido con el jubón de un Reiter alemán pero por lo demás con atuendo turco, portando una bandera de parlamento que agitó en dirección a la iglesia e intimó en lengua húngara a los ciudadanos a rendirse, prometiéndoles explícitamente seguridad de vida y bienes a condición de una sumisión inmediata. Tales condiciones, dadas las circunstancias, eran demasiado favorables para ser rechazadas. Un hombre y una mujer que hablaban húngaro comunicaron al enviado su aceptación, y se izó una bandera blanca desde la torre en señal de rendición.

En la mañana del día 17 llegó del campamento un bajá con una nutrida escolta y, sentándose sobre una alfombra roja cerca de la casa del alguacil, frente a la iglesia, anunció por medio de un intérprete las siguientes condiciones a los sitiados. En primer lugar, dos ciudadanos debían salir hacia los turcos y dos de estos ser admitidos en la fortaleza; en segundo lugar, como símbolo de que el lugar no había sido rendido antes a ningún enemigo, las llaves debían ser entregadas al bajá por una doncella con el cabello suelto y una guirnalda en la cabeza; en tercer lugar, se impondría a los habitantes una contribución de 6.000 florines. Esta última exigencia parece haber prolongado la negociación durante

algunas horas, pero finalmente la mitad de la suma reclamada fue entregada en manos del bajá, y el resto fue prometido para el 29 de agosto, festividad de San Juan Bautista. Arregladas estas condiciones, los ciudadanos abandonaron su refugio, encabezados por la hija del alguacil, una muchacha de diecisiete años, ataviada según las caprichosas condiciones arriba descritas. Llevaba las llaves del lugar sobre un cojín y las presentó temblando al bajá, quien exigió entonces que todos los hombres en condiciones de tomar las armas se formasen en la plaza del mercado, con el pretexto, según alegó, de calcular qué número de tropas podría ser necesario para mantener el orden en la ciudad. Esta requisición suscitó cierta inquietud entre los vecinos, pero no había marcha atrás, y se dispusieron a cumplirla. Cuando salían de su refugio, cuerpos de tropas turcas los rodearon y les quitaron las armas, observando que los hombres que se habían rendido ya no tenían uso para ellas. A algunos que dudaban en entregarlas se las arrebataron por la fuerza, y a otros que, presas del temor, se detenían en el portal, los sacaron arrastrándolos por los cabellos. Los turcos cargaron las armas en algunos carruajes dispuestos al efecto y se las llevaron.

Los hombres, unos 2.000 en número, fueron formados en filas en la plaza frente a la casa del párroco y rodeados de caballería. A una señal del bajá, un grupo de esta desmontó y procedió a registrar minuciosamente a los prisioneros en busca de dinero o armas ocultas. La puerta de entrada quedó al mismo tiempo fuertemente custodiada. Algunos vecinos, alarmados por lo que ocurría, con el alguacil a la cabeza, intentaron regresar a la iglesia. Los turcos los persiguieron con los sables desenvainados, y el alguacil fue derribado en el umbral. El bajá se levantó entonces,

volcó la mesa que tenía delante y dio la señal para una matanza general, dando él mismo el ejemplo con su propia mano al abatir a la temblorosa muchacha que estaba a su lado. La carnicería se prolongó durante dos horas sin interrupción: 3.500 personas fueron pasadas a cuchillo en el sentido más estricto de la expresión, y en un espacio tan reducido que la locución «torrentes de sangre», tantas veces figura retórica, era plenamente aplicable a este caso. Las mujeres y los niños que aún permanecían en el refugio de la iglesia, junto con el párroco y su coadjutor, fueron arrastrados a la esclavitud y nunca más se supo de ellos. Una tradición local afirma que un solo individuo regresó al cabo de quince años, pero como a consecuencia de los malos tratos había perdido el habla y el oído, no pudo comunicar la historia de su evasión. Otro relato muy extendido, según el cual dos vecinos escaparon escondiéndose en el tejado de la iglesia, es menos probable, dado que los turcos prendieron fuego inmediatamente a aquel edificio. Es cierto, sin embargo, que tres personas sí escaparon, pero de manera distinta. Uno de ellos, llamado Hans Schimmer, aprendiz de sastre y antepasado del autor de esta narración, tuvo la sensatez de huir antes de la catástrofe a Maria Zell; otro, Jacob Holzer, se supone que escapó en la primera confusión; el tercero, Balthasar Frank, se dice que se ocultó hasta el anochecer en el pozo de la torre y luego encontró la manera de fugarse. Esta última historia, sin embargo, está menos bien documentada que las dos anteriores. Por el número de los masacrados, es evidente que muchos habitantes de los lugares adyacentes se habían refugiado en esta desventurada ciudad, pues la población masculina ordinaria nunca alcanzó ese número, y hay que contar también a quienes fueron llevados como esclavos. Es probable que entre las víctimas hubiera personas de condición, pues en el transcurso de unas

excavaciones realizadas recientemente en el montículo de su sepultura se encontraron algunos anillos de valor, esmaltados e incluso engastados con piedras preciosas.

CAPITULO X
1683, 15 a 30 de julio

El 15 de julio, día desde el que puede fecharse el comienzo del sitio activo de Viena, quedó señalado por un accidente que bien podría haber puesto fin a aquella operación mediante la destrucción de la ciudad. A las dos de la tarde, algún tiempo después de que las baterías turcas hubieran abierto fuego, se declaró un incendio en el convento escocés que, tras destruir aquel establecimiento, se propagó rápidamente a la Renngasse y a las inmediaciones del arsenal imperial, que contenía unos 1.800 barriles de pólvora. Dos ventanas de aquel edificio estuvieron en un momento dado realmente en llamas. Los esfuerzos del comandante y de los ciudadanos fueron, sin embargo, proporcionales a la emergencia: las ventanas fueron tapiadas a toda prisa y bajo un calor que hacía la operación sumamente difícil. Conjurado este peligro inmediato, un favorable cambio de viento contribuyó a la extinción final, pero varios palacios y otros grandes edificios habían sido destruidos, y durante tres días los escombros humeantes amenazaron con nuevos peligros y exigieron atención constante. Nunca se supo nada con certeza sobre el origen del incendio. En un período de tanta alarma y agitación, era casi imposible que, ante esta incertidumbre, el público se contentase con atribuirlo a ninguno de los muchos accidentes que pueden originar un incendio en una ciudad sitiada. La sospecha popular recayó sobre los descontentos húngaros, y muchos actos de crueldad fueron consecuencia de esta suposición. Hombres que vestían traje húngaro fueron masacrados en las calles, pero otros también cayeron víctimas del espí-

ritu de crueldad frenética e indiscriminada que el pánico suele engendrar. Un pobre hombre medio idiota, cuyas excentricidades habían servido a menudo de diversión en las mesas de los acaudalados vieneses, tuvo la insensatez de disparar una pistola en dirección al fuego: fue apresado por el populacho y despedazado. Incluso un oficial imperial, en cuya residencia se encontraron algunos palos de cohete, fue arrojado a prisión después de haber sido terriblemente maltratado. Las autoridades hubieron de hacer grandes esfuerzos para reprimir esta locura y devolver a la población al cumplimiento regular de sus obligaciones, de lo que dependía la única posibilidad de salvación para toda la comunidad. Ese mismo día 15, se abrieron las trincheras contra los bastiones de la Burg y del Löbel, y muchos prisioneros cristianos fueron obligados a trabajar en ellas. Por parte de la ciudad, las empalizadas fueron completadas a lo largo del glacis, los fosos fueron provistos de traveses y de los pasos de comunicación necesarios, y en los bastiones se adoptaron disposiciones para emplazar en batería unos 300 cañones. Se iniciaron también en ese momento las contraminas, en cuya ejecución se distinguieron especialmente el veneciano Bartolomeo Camuccini y un capitán Hafner, los únicos en la ciudad versados en esta rama de la ingeniería.

El día 16, el comandante Starhemberg, que con infatigable actividad recorría todos los sectores de las defensas, fue herido en la cabeza por la explosión de una granada. Sus esfuerzos apenas se vieron interrumpidos por este accidente, pues antes de haberse recuperado lo suficiente para caminar, ordenó que lo llevasen en silla a todos los sectores que requerían su presencia. El asiento de piedra se muestra aún hoy, en lo alto de la aguja de San Esteban, desde el cual durante muchas horas angustiosas divisó el

campamento de los turcos y observó los movimientos de sus cuerpos y el avance de sus ingenieros. El fuego de los turcos se sostuvo en adelante con apenas ninguna interrupción, y se ha calculado que durante el sitio fueron lanzadas sobre la ciudad más de 100.000 granadas. Si este cálculo se aproxima a la verdad, es difícil explicar la escasa cuantía de los daños que se sabe produjeron. Los edificios de Viena eran entonces, como ahora, de construcción muy sólida, y se habían adoptado todas las precauciones habituales contra el fuego vertical: colocación de vigas, tierra, etc., en los tejados y pisos superiores. Las crónicas del suceso han registrado, sin embargo, varios casos de ineficacia de los proyectiles turcos. Se dice que una de las primeras granadas que cayeron en la ciudad, cerca de San Miguel, fue apagada por un niño de tres años antes de que pudiera estallar; otra que cayó en medio de una nutrida congregación en San Esteban no causó más daño que llevarse el pie de una anciana; una tercera cayó sobre un barril de pólvora abierto y no produjo ningún estrago. Los fragmentos de estos proyectiles eran recogidos ocasionalmente y, tras ser bendecidos por un sacerdote según costumbre de la época, eran vuelos a disparar contra el enemigo. Los diversos artificios de los sitiadores para incendiar —flechas envueltas en materiales combustibles, bolas de fuego, etc.— resultaron igualmente ineficaces. Para hacer frente precisamente a este peligro particular, se retiraron las tejas de madera con que estaban generalmente techadas las casas; un teatro, magnífico y costoso pero construido en madera, que entonces se alzaba en la plaza de la Burg, fue demolido; y para amortiguar el rebote de los proyectiles o de las granadas, el pavimento fue levantado en todas partes. Las bóvedas de las grandes iglesias resultaron en general ser los mejores y más seguros almacenes de pólvora: las ventanas y en-

tradas superfluas de las iglesias así empleadas fueron tapiadas. Todos los pozos fueron puestos bajo estricta vigilancia y se tomaron todas las precauciones necesarias para asegurar un suministro adecuado de agua para la extinción de incendios.

Hasta ese momento, el arrabal insular de Leopoldstadt había permanecido como el único sector de los arrabales aún ileso y libre de la presencia del enemigo. El general Schulz lo ocupaba con un destacamento de caballería y tenía la orden de sostenerlo el mayor tiempo posible. Sin embargo, ya el 16 de julio, los príncipes de Valaquia y Moldavia habían tendido dos puentes sobre los brazos del Danubio a uno y otro lado de este arrabal, y los del Imperio, por falta de artillería, no habían podido interrumpir esta operación. En la madrugada del 27, los turcos cruzaron el río en gran número, favorecidos por el escaso caudal del agua en aquella estación; y tras un combate de varias horas, el general Schulz se vio obligado a ceder ante la superioridad numérica y a retirar sus tropas a la orilla izquierda del Danubio. El gran puente del Danubio fue entonces destruido y Leopoldstadt abandonada del todo al enemigo. La ciudad quedaba ahora sitiada por todos lados; toda comunicación y toda vía de suministro cortadas. La suerte de Leopoldstadt fue dura. Las autoridades habían dado a los habitantes una prematura e irreflexiva seguridad de que la isla sería permanentemente sostenida y defendida por las tropas imperiales; y fiándose de esta perspectiva, aquellos habían renunciado a trasladar sus bienes a ningún lugar seguro. Así ocurrió que no solo los edificios, sino casi todos los objetos que contenían, formaron parte de la pira funeraria que, allí donde ponía el pie la fuerza turca, era encendida para dar testimonio de su ocupación.

Entre los edificios más suntuosos destruidos se contaba la villa imperial llamada la Vieja Favorita (hoy el Augarten).

Los turcos abrieron trincheras inmediatamente en la isla y establecieron baterías tanto en la orilla del Danubio como cerca de la iglesia de los Hermanos de la Misericordia, desde las cuales hostigaron considerablemente la parte baja de la ciudad, y en especial el convento de San Lorenzo. Se adoptaron todas las medidas posibles para la defensa de este sector de la ciudad: la puerta del Rothenturm fue cerrada y barricada, se construyeron obras flanqueantes y las ventanas de los edificios adyacentes fueron tapiadas, dejando solo aspilleras para la fusilería. El 2 de agosto los turcos realizaron todos sus preparativos para un asalto por este lado. Enviaron desde Klosterneuburg y Nussdorf todos sus botes por el brazo pequeño del Danubio, los cuales, al quedar atrapados en su descenso en los pilares del puente desmontado, se agruparon de tal modo que formaron por sí mismos una especie de puente. En el transcurso de la noche, sin embargo, los barqueros de la ciudad lograron poner de nuevo las embarcaciones a flote. Este importante servicio fue prestado bajo un nutrido fuego desde la isla y costó bastantes vidas en su ejecución. Por el lado de la Burg, entretanto, las obras de los sitiadores por encima y por debajo del suelo, la batería y la mina, avanzaban rápidamente. Los aproches, examinados después del sitio, suscitaron la admiración de los ingenieros alemanes por la pericia y el trabajo que se habían consagrado a ellos. Las trincheras tenían el doble de la altura de un hombre en profundidad, y cerca de la ciudad estaban cubiertas con maderos y céspedes. Se habían excavado estancias para los principales oficiales, y las destinadas al visir y a los bajás estaban suntuosamente alfombradas y acojinadas.

Para frenar este peligroso avance, el 19 de julio tuvo lugar desde la ciudad la primera salida del sitio, al mando del conde Guido von Starhemberg, sobrino y ayudante de campo del comandante, y de Samson von Stambach, mediante la cual se cegaron algunas de las trincheras y varios enemigos fueron muertos o capturados. Estos últimos fueron inmediatamente canjeados, con cuya ocasión el gran visir obsequió con tres ducados al tambor que acompañaba la bandera de parlamento. Estas salidas se repitieron con frecuencia y dieron ocasión, en particular, a los estudiantes para distinguirse por su valor e inteligencia. En algunas de ellas fueron capturadas numerosas manadas de ganado y conducidas a la ciudad, lo que, en las circunstancias del bloqueo y la escasez que iba aumentando hora a hora, constituyó un auxilio muy bien recibido para sus recursos. El objetivo principal del fuego turco era la Burg, acribillada de agujeros de bala; a continuación, la torre de San Esteban y las casas desde el bastión de Carintia hasta el de Mölk. El revellín exterior del bastión del Löbel quedó tan destrozado por los proyectiles que nadie podía mostrarse en él sin perder la vida, y se aconsejó a los sitiados que retirasen su armamento y distribuyesen las piezas en otros puntos.

El 23 de julio tuvo lugar el primer asalto. Dos minas llevadas bajo el glacis de la Burg y el bastión del Löbel estallaron simultáneamente, sepultando a 15 hombres de la guarnición entre los escombros y arrancando veinte empalizadas. Los turcos se lanzaron sobre las ruinas al asalto, pero fueron rápida y completamente rechazados. El segundo asalto, el 25 de julio, fue dirigido contra la cara del revellín de la Burg. Siguió como de costumbre a la explosión de una mina y fue encabezado por los jenízaros que, tras tres rechazos sucesivos, se retiraron con una pérdida de 200 hom-

bres. Los sitiados, sin embargo, tuvieron que lamentar la pérdida de algunos valiosos oficiales, entre ellos su ingeniero jefe, Rimpler, que murió a los dos días de las heridas recibidas en este combate. Se dice que fue uno de los más grandes ingenieros de su época: se había distinguido en el sitio de Philippsburg bajo el margrave Hermán de Baden y había escrito obras sobre materias de su profesión que aún conservan su valor. El 27 tuvo lugar un asalto en el transcurso del cual algunos jenízaros superaron las empalizadas, pero solo para perecer en el foso. Los turcos perdieron 300 hombres. Por parte de los sitiados, el mayor barón von Gallenfeld pereció a causa de una flecha envenenada. El día 20 llegó una bandera de parlamento turca portando una petición del visir de armisticio para enterrar a sus muertos, así como una intimación cargada de las habituales amenazas de venganza y exterminio. Starhemberg respondió que en la ciudad gozaban de excelente salud y que, no teniendo muertos que enterrar, no podían atender la propuesta de armisticio; en cuanto a la rendición, ya habían tomado su decisión al respecto y estaban dispuestos a defender la ciudad mientras les quedara vida. Se publicó entonces un bando ofreciendo una recompensa de 100 ducados a quien cruzase el Danubio a nado llevando cartas para el duque de Lorena; por el momento, sin embargo, no se presentó ningún candidato.

El 20 de julio estalló una mina bajo el bastión del Löbel: 20 hombres de la guarnición perecieron, pero no se produjo ningún asalto, y los sitiados tuvieron tiempo de reparar los daños. El 29, las empalizadas del revellín de la puerta de la Burg fueron destrozadas por una mina. Para entonces, las operaciones subterráneas de los turcos habían avanzado lo suficiente como para darles ac-

ceso al foso. Aunque todos los intentos de los turcos de cruzar el foso fueron rechazados en combate cuerpo a cuerpo, el conocido avance de sus trabajos de ingeniería daba razones para esperar un pronto y general asalto de naturaleza más formidable que los anteriores, y el vigilante Starhemberg no descuidó ningún preparativo para hacerle frente. Los arsenales suministraron a su orden grandes cantidades de los artificios para entorpecer a un enemigo en avance, conocidos con diversos nombres en distintos ejércitos —en nuestra terminología militar, abrojos—: estos fueron distribuidos en los puntos de ataque previstos, y líneas adicionales de empalizadas fueron fijadas en las defensas interiores. El toque de campanas en iglesias o conventos fue prohibido, con la única excepción de la gran campana de San Esteban, reservada como señal de asalto a las murallas, ante la cual las fuerzas regulares e irregulares de la guarnición tenían instrucción de acudir a toda prisa a sus respectivos puestos. Desde principios del mes de agosto, los turcos apenas dejaron pasar un día sin la explosión de una o más minas.

El día 3, tras varios serios contratiempos, lograron hacerse con un alojamiento en la cresta del glacis del bastión del Löbel, del que, pese a que varios jenízaros perecieron por el estallido de una contramina, resultó imposible desalojarlos. Aprovecharon esta ventaja adoptando medidas para cegar el foso, que fueron, sin embargo, continuamente frustradas por la diligencia de la guarnición en retirar los materiales. El 6, una mina turca voló por los aires a un coronel Leslie y sus pajes. El 8, una salida al mando del general Souches causó graves daños a los aproches de los sitiadores. El 9 y el 10, operaciones similares se llevaron a cabo con efectos aún mayores, y el enemigo fue desalojado del glacis. En esta

última ocasión, tres soldados de la guarnición fueron lanzados al aire por una explosión y descendieron sanos y salvos a tierra sin quejarse de otra cosa que de una intensa sed. Al mediodía del 12, el ángulo saliente del revellín de la Burg fue volado con una explosión que sacudió media ciudad. Siguió un asalto que, tras dos horas de desesperado combate, concluyó con la retirada de los turcos con una pérdida de 2.500 hombres. Los daños fueron reparados rápidamente. El día 16, los turcos, tras tres rechazos, lograron hacerse con un alojamiento y mantenerlo en el foso frente al bastión del Löbel, lo que les permitió establecer baterías próximas y destructivas en el glacis contra la Burg y el bastión del Löbel.

Los dos comandantes, Starhemberg y el Visir, eran igualmente infatigables en su supervisión personal de sus respectivas operaciones. Este último era transportado cada tres días en litera, blindada con planchas de hierro, hasta los aproches, inspeccionando las obras, castigando a los holgazanes y amenazando a los tímidos con su sable desenvainado. Tenía también en las trincheras sus propios puestos particulares, excavados profundamente en el suelo y a prueba de bombas con tablones y sacos de arena. Su posición preferida, sin embargo, para la observación y dirección generales era la torre de la iglesia de San Ulrico, desde la cual dominaba la ciudad, del mismo modo que Starhemberg dominaba el campamento desde su memorable silla de piedra en la aguja esculpida de San Esteban.

Hacia mediados de agosto llegó al campamento un enviado del Sultán, encargado ostensiblemente de transmitir al visir ricos presentes de honor —pieles y joyas—, pero secretamente comisio-

nado para averiguar e informar sobre el progreso del sitio. Permaneció dos semanas y regresó con un informe sumamente desfavorable. El 15 de agosto llegó al campamento turco el embajador imperial Caprara, tras una larga detención forzosa en Pest. Venía escoltado por un tchauch, u oficial de la guardia de corps, y 300 hombres. En su lúgubre marcha se encontró con muchos de sus desdichados compatriotas, de los cuales solo a unos pocos pudo rescatar, a un precio desorbitado, de una esclavitud sin esperanza. Entre ellos había una niña de diez años, de noble cuna y singular belleza, cuyo nombre, sin embargo, no ha llegado hasta nosotros. A su llegada al campamento, el visir, por orden especial del Sultán, lo puso en libertad en Tulln, entregándolo a los del Imperio. Se ha dicho que llevaba una propuesta del visir de abandonar el sitio de Viena y negociar una paz con la única condición de la entrega de la fortaleza de Raab. Si este informe tiene fundamento, como supone Wagner en su *Historia Leopoldi Magni*, demostraría hasta qué punto los proyectos del visir habían sido frenados por la noble resistencia de la guarnición. Si esta o alguna propuesta fue encomendada a Caprara, quedó sin respuesta.

CAPITULO XI
1683, 1 a 22 de agosto

En lo que respecta a las acciones de armas, la guarnición había mantenido hasta entonces su posición con inquebrantable resolución y con un éxito que no había sido menoscabado por ningún descalabro de importancia; pero hacia mediados de agosto las inevitables consecuencias de un bloqueo tan estrecho de una gran ciudad comenzaron a manifestarse en forma de enfermedad y escasez. El consumo de carne seca y salada produjo una disentería que fue a menudo mortal tanto entre los soldados como entre los vecinos. Otras formas de enfermedad eran atribuibles al consumo de cerveza mal elaborada y consumida precipitadamente, y a la acumulación de inmundicias en las calles. Entre las víctimas se contaron el burgomaestre Liebenberg, el vicario episcopal de Viena, el preboste de San Esteban, el rector de la universidad y muchos otros funcionarios y eclesiásticos. El propio comandante fue atacado por la epidemia, pero, para bien de la cristiandad, se recuperó. La enfermedad cedió finalmente como resultado en gran medida de los esfuerzos del admirable Kollonitsch, que visitaba los hospitales a diario, y a las disposiciones sanitarias de las autoridades, que ejercieron una vigilancia más estricta sobre las actividades de los panaderos y los cerveceros, en particular sobre la cervecería que abastecía al hospital de la Burg. Las provisiones especialmente productoras de disentería, como los arenques, muy apreciados por los soldados, fueron confiscadas. Los vecinos enfermos fueron cuidadosamente separados de los sanos y trasladados a hospitales provisionales. Los soldados enfermos y heri-

dos fueron distribuidos entre los conventos, y la ciudad proveyó para su uso 500 medidas de vino y 4.500 codos de lino. Se cavaron pozos negros para suplir las salidas y el transporte ordinarios de las inmundicias de la ciudad; se regaron los sumideros y se nombraron funcionarios adecuados bajo la dirección de Kollonitsch para llevar a efecto estas medidas sistemáticas, haciéndolos responsables de su ejecución.

El visir, cuya confianza, posiblemente algo mermada por el curso de los acontecimientos militares, había sido revivida por los informes sobre el estado de la guarnición, se dice que juró venganza contra el prelado que había asumido así la noble actitud del Profeta entre el pueblo y la peste, y destinó su cabeza como presente al Sultán. No previó de qué hombros se extraería en última instancia semejante ofrenda propiciatoria. Junto a estas disposiciones sanitarias, se pusieron en vigor otras para evitar el agotamiento prematuro de los medios de subsistencia de la ciudad, que afortunadamente eran tan abundantes que solo requerían una buena economía para hacerlos suficientes. Se establecieron, bajo regulación de las autoridades, veinte molinos de mano y cinco de caballería para el suministro de harina. En los registros de la época se consignan listas de precios de los principales artículos de subsistencia que, en sí mismas, transmitirían escasa información a lectores no familiarizados con las medidas en uso y con los precios corrientes de la época, pero que indican una abundancia considerable aún existente en este período del sitio, y que muestran asimismo que los precios se cuadruplicaron antes de que el sitio fuese levantado. El precio del vino, en particular, parece haber sido bajo incluso en comparación con los precios ordinarios del lugar y la época. Se informaba de que las grandes bodegas de

la ciudad contenían 169.000 eimers, de los cuales 32.000 pertenecían a los tres colegios de los jesuitas, y los establecimientos eclesiásticos poseían una gran parte del resto. El stock de los numerosos comerciantes privados y de los viticultores de los alrededores no estaba incluido, al parecer, en este informe. Las medidas militares de defensa, entretanto, se llevaban a cabo, como era bien necesario, con vigor sin mengua. El capitán Elias Kühn, un noble de Silesia, adquirió gran crédito por sus servicios como ingeniero. Los ciudadanos mostraron la mayor diligencia. Mientras 1.300 de ellos eran requeridos para el servicio diario en diversos puestos, suministraron además de treinta a cuarenta carros para el transporte diario de todo artículo necesario a las obras, y muchos de sus caballos perecieron en este servicio.

Previendo el último extremo, se suministraron desde los arsenales cadenas para tenderse a través de las calles. Los argollas de estas pueden verse aún hoy en los muros en diversos puntos de la ciudad. Para vigilar los movimientos del enemigo, dos jesuitas estaban constantemente apostados en la torre de San Esteban provistos de telescopios, y presentaban al comandante informes escritos de sus observaciones. Este fijó su residencia en el patio exterior de la Burg, en la inmediata vecindad del principal punto de ataque, y en el puntual y visible cumplimiento de sus propias obligaciones fundó su derecho a exigir lo mismo de los demás, y a castigar o reprender todo caso de negligencia o incumplimiento. Un teniente al mando de la guardia en el punto más peligroso del bastión del Löbel descuidó impedir que el enemigo construyera por la noche una defensa de madera contra las salidas. Un consejo de guerra lo condenó a muerte. El comandante lo perdonó a condición de que dirigiera una salida con 29 hombres y destru-

yera las defensas así levantadas. Lo consiguió, pero pereció en la ejecución. Dos soldados que, en disputa por su paga, se habían alzado contra un oficial y lo habían maltratado fueron obligados a echar a suertes la vida de uno de ellos, y el perdedor sufrió la pena. Una población tan numerosa no podía dejar de albergar algunos cobardes. Se dictó una orden según la cual todo aquel que, por cobardía, se ausentase de su puesto señalado sería ahorcado desde su propia ventana. Se nombró una comisión para llevar a cabo una batida de infractores por los cuatro cuarteles de la ciudad. No tenemos noticia de ninguna ejecución como consecuencia de ello, pero se dice que la amenaza produjo un considerable y bien recibido incremento de defensores capaces de tomar las armas en los muros, a quienes se animó a cumplir con su deber mediante una gratificación de tres *rixdáleres* y abundantes raciones de pan y vino.

Durante todo el sitio, en efecto, los combatientes fueron atendidos generosamente, y tanto clérigos como laicos abrieron sus bodegas para su refresco. Los sitiadores, entretanto, impulsaban sus obras con incansable actividad. Es, sin embargo, inexplicable que sus jefes, que habitualmente mostraban tanta avidez por apoderarse de toda posición dominante en las proximidades de una fortaleza sitiada, hubieran descuidado establecerse en las alturas adyacentes del Kahlenberg. Estas laderas ofrecían no solo cobertura para los movimientos de un ejército que avanzase a levantar el sitio, sino una posición de la mayor importancia una vez ocupada, y la concentración del ejército del Imperio en Krems no podía ser ningún secreto para los turcos. Estos, sin embargo, se contentaron con la inútil destrucción del convento de los camaldulenses y la profanación de la tumba del margrave en su ca-

pilla, y abandonaron luego la posición sin dejar ni guarnición ni cuerpo de observación, error que fue sin duda la causa principal de la catástrofe final.

Durante varios días se había promulgado la oferta de una considerable recompensa al hombre que se aventurase a intentar abrirse paso con despachos hasta el campamento del duque de Lorena, cuando el 6 de agosto un jinete del regimiento del conde Gotz se presentó en la ciudad habiendo cruzado a nado los diversos brazos del Danubio y portando una carta bien asegurada con lacre. El corazón de los sitiados se alegró así con la noticia de la concentración y el crecimiento diario del ejército cristiano, y con la seguridad de un pronto socorro. La feliz llegada de este mensajero fue anunciada al ejército aún lejano mediante una descarga de cohetes. El mensajero tuvo menos fortuna en su intento de regresar. Fue capturado por los turcos y conducido ante el visir. Siendo el despacho que llevaba escrito en cifra, fue interrogado minuciosamente sobre su contenido y sobre el estado de la ciudad. Con astucia inventó una historia de desesperación y describió a los defensores de la plaza como abatidos de ánimo, exhaustos de recursos y al borde de la rendición. La invención le salvó la vida. El visir proclamó estas noticias por todo el campamento e hizo que el despacho cifrado fuese devuelto a la ciudad fijado a una flecha, con un apéndice que venía a decir que era inútil escribir en cifra, pues la lamentable condición de quienes lo habían enviado era bien conocida en el mundo y no era sino el justo castigo de quienes habían despertado la ira del Sultán.

Poco después de esta transacción, Cristóbal von Kunitz, un servidor de Caprara que había sido retenido en el campamento turco,

encontró la manera de escapar a la ciudad. Trajo la noticia de que el gran visir esperaba plenamente tener Viena en su poder en pocos días, y de que muchos magnates de Hungría, considerando perdida la causa de Austria, habían acudido al campamento a rendir homenaje al visir. Dio asimismo una lúgubre confirmación de la devastación del país circundante, de la cual los vieneses tenían prueba parcial en su propia observación. El 9 de agosto, Miguel Gregorowitz, griego de nacimiento y antiguo teniente del regimiento de Heister, abandonó la ciudad disfrazado de turco y cruzó el Danubio con despachos para el duque de Lorena. Una señal de fuego desde la cima del Bisamberg comunicó la noticia de la feliz conclusión de su empresa, y fue recompensado con el ascenso al grado de capitán. No logró, sin embargo, efectuar su regreso.

La situación en la ciudad comenzaba a ser grave: el enemigo progresaba a diario en sus aproximaciones y no se presentaban ya más voluntarios para la peligrosa tarea de llevar noticias al ejército sobre la creciente presión. Por fin, Jorge Francisco Kolschitzki, un oficial de partisanos cuyo nombre merece honrosa mención por la importancia de sus servicios y el valor y la destreza con que fueron ejecutados, dio un paso adelante. Polaco de nacimiento y anteriormente intérprete al servicio de la compañía de mercaderes orientales, se había convertido en ciudadano de Leopoldstadt y había servido desde el comienzo del sitio en un cuerpo franco. Profundamente conocedor de la lengua y las costumbres turcas, se ofreció voluntariamente para el peligroso cometido de atravesar el mismísimo campamento de los turcos para llevar noticias al ejército imperial. El 13 de agosto, acompañado de un criado de similares aptitudes, fue dejado salir por una po-

terna en el Rothenturm y escoltado por un ayudante de campo del comandante hasta las empalizadas. Apenas había avanzado cien pasos cuando advirtió un considerable cuerpo de caballería que se acercaba a paso rápido hacia el lugar de su salida. Hallándose aún demasiado cerca de la ciudad para escapar a la sospecha, giró apresuradamente a la izquierda y se ocultó en el sótano de una casa en ruinas del arrabal cercano a Altlerchenfeld, donde permaneció escondido hasta que el ruido de la caballería al pasar se hubo extinguido. Reanudó entonces su camino y, cantando una canción turca, atravesó a paso pausado y con aire despreocupado las calles de tiendas turcas. Su semblante alegre y su tonada familiar captaron la atención de un aga, que lo invitó a su tienda, lo agasajó con café, escuchó más canciones y su historia de haber seguido al ejército como voluntario, y le previno contra el peligro de alejarse demasiado y caer en manos de los cristianos. Kolschitzki le agradeció el consejo, siguió adelante sin contratiempos a través del campamento hasta más allá de sus límites, y luego se encaminó tan tranquilamente hacia el Kahlenberg y el Danubio.

En una de sus islas vio un grupo de personas que, engañadas por su atuendo turco, dispararon contra él y su compañero. Eran algunos habitantes de Nussdorf, encabezados por el alguacil de aquel lugar, que habían hecho de aquella isla su refugio y morada temporal. Kolschitzki les explicó en alemán las circunstancias de su misión y les rogó que le proporcionasen de inmediato un paso por el río. Obtenido este, llegó sin mayor dificultad al vivac del ejército imperial, que se hallaba entonces en marcha entre Angern y Stillfried. Tras entregar y recibir despachos, la audaz pareja emprendió el regreso y, tras algunos escapes por los pelos de los centinelas turcos, pasó las empalizadas y volvió a entrar en la

ciudad por la puerta Escocesa, portando una carta del duque con el siguiente tenor: había recibido con profunda emoción la noticia de la pérdida de tantos valientes oficiales y soldados y del triste estado de la ciudad como consecuencia de estas bajas en combate y de la epidemia; confiaba en que los defensores de una plaza de tanta importancia nunca cejarían en sus nobles esfuerzos por su preservación; un ejército considerable estaba ya reunido para su socorro; llegaban refuerzos a diario de Baviera, Franconia y Sajonia, y el duque solo esperaba la llegada de las numerosas fuerzas de Polonia, mandadas por su rey en persona, cuya llegada podía esperarse a finales de agosto a más tardar, para poner en movimiento la masa unida con vistas al levantamiento del sitio. Como apéndice a estas seguridades se añadía la consoladora noticia de la rendición de Presburgo a los imperialistas y de la derrota de Tekeli en dos combates.

El feliz regreso del portador de este despacho fue anunciado como de costumbre mediante cohetes como señales nocturnas y durante el día mediante una columna de humo desde la aguja de San Esteban. El 21 de agosto el audaz Kolschitzki estaba a punto de repetir su aventurada empresa cuando un desertor recapturado, que se encontraba bajo la horca con el lazo puesto, confesó que había proporcionado a los turcos una descripción exacta de su persona. Él mismo se vio disuadido por esta advertencia, pero su gallardo compañero, Jorge Michailowich, encontró la manera de repetir la hazaña dos veces, con la misma seguridad y éxito que la primera. En su segundo regreso demostró una notable presencia de ánimo y vigor de brazo. Habiendo llegado casi hasta las empalizadas, se le unió un jinete turco que entabló con él una conversación familiar. Como le era imposible continuar su cami-

no hacia la ciudad en tal compañía, de un golpe repentino derribó la cabeza de su inoportuno acompañante de los hombros y, montando en el caballo sin jinete, se abrió paso hasta la puerta. No tentó, sin embargo, su suerte de nuevo tras este éxito. Trajo en esta ocasión una carta autógrafa del emperador, llena de elogios y promesas, que fue leída públicamente en el Ayuntamiento. En contraste con tan numerosos ejemplos de patriotismo y exposición personal, no faltaron tampoco casos de traición. Un joven de dieciséis años que se había aventurado dos veces en el campamento turco y había traído de vuelta noticias que resultaron ser infundadas fue detenido y sometido a interrogatorio. Había sido aprendiz de un destilador o vendedor de bebidas espirituosas. En su confesión, arrancada mediante tortura, declaró que la dureza de su amo lo había expulsado de su empleo y que, no teniendo otro recurso, había encontrado la manera de escapar al campamento. Las promesas de recompensa lo habían inducido a comprometerse a procurar a los turcos información exacta sobre los puntos débiles de las defensas, la fuerza de la guarnición, el estado de sus suministros, etc. Al mismo tiempo acusó a un hombre de los establos de caballería de haberlo instigado a estas acciones. Sin embargo, al ser confrontado con este hombre, fracasó por completo en mantener la acusación. Fue ejecutado con la espada.

La audacia de un traidor aún más joven, un niño de diez años, fue todavía más extraordinaria. Fue detenido el 10 de agosto cuando entraba en la ciudad a paso lento. Interrogado sobre la causa de haberse aventurado en el campamento turco, alegó que sus padres, que habían sido habitantes del arrabal, habían sido retenidos por los turcos; que su padre se veía obligado a trabajar en

las trincheras y su madre a coser sacos de arena para los zapadores. Mientras lo conducían al hospital de los burgueses para su sustento y custodia, el desventurado muchacho se topó con su madre, que se abalanzó sobre él reprochándole su larga ausencia, y por ella se supo pronto que nunca había estado en el campamento turco y que el padre del niño había muerto. Tras este inoportuno encuentro, el niño, llevado ante las autoridades, confesó que había llevado al enemigo la noticia de que varios cañones de las defensas habían quedado inutilizados; que los panes de trigo ya no eran tan blancos ni tan pesados como antes; que el pan de intendencia se había vuelto negro y apenas comestible; que muchos soldados habían muerto a causa de tal alimento, y que la guarnición había perdido todo ánimo para combatir. Tras intentar, con una astucia superior a sus años, pero en vano, cargar sobre otros la culpa de haberlo instigado a su traición, este precoz criminal, para quien la flagelación habría respondido a todo fin legítimo del castigo, fue decapitado. Dos soldados sorprendidos en el acto de desertar sufrieron la pena con él. La práctica de alejarse más allá de las líneas con el propósito real o alegado de buscar botín entre las ruinas del arrabal se había vuelto frecuente, y se consideró necesario frenar unas actuaciones tan favorables a la deserción y la traición con este ejemplo y con severos edictos.

CAPITULO XII
1683, 23 de agosto a 8 de septiembre

El 23 de agosto, el enemigo, tras repetidos asaltos, había estado a punto de hacerse con el revellín de la Burg y había prendido fuego a las empalizadas frente a la parte de aquella obra que aún conservaba la guarnición. Los soldados, acarreando agua en sus morriones de acero, lograron apagarlo, y el avance ulterior de los turcos fue frenado. Siguió un asalto en el que los combatientes se mezclaron en lucha cuerpo a cuerpo. El sable otomano, como en otras ocasiones similares, resultó inferior en la pelea a corta distancia frente a las pesadas armas blandidas por el brazo alemán —la alabarda, la guadaña, la estrella de la mañana y el hacha de combate—, auxiliadas por el caldero de pez y agua hirviendo; y los turcos se retiraron con una pérdida de 200 hombres. En diversos espacios abiertos adyacentes de la ciudad se mantenían grandes hogueras para preparar los últimos ingredientes mencionados, que eran cocidos en enormes calderos y transportados en vasijas más pequeñas, principalmente por mujeres y niños, hasta las murallas. Muchos turcos fueron recibidos con su contenido al escalar la brecha, y rematados con una segunda aplicación cuando yacían escaldados y ciegos en el foso de abajo. Durante el sitio se emplearon 669 quintales de pez; pero gran parte de esto fue sin duda aplicada con el propósito de iluminar el foso y descubrir las operaciones nocturnas de los zapadores turcos inmediatamente bajo la muralla. Ese día se vio desde los muros cómo los turcos transportaban a la orilla izquierda del Danubio una considerable fuerza de caballería, los hombres en barcas y los caballos

nadando a su lado. Este fuerte destacamento fue enviado a reforzar al bajá de Peterwardein, que había cruzado el río cerca de Presburgo para atacar al duque de Lorena, que mantenía el campo cerca del Bisamberg con su caballería. Pocos de esta fuerza turca unida regresaron para contar la historia de la completa derrota que recibieron a manos de Lorena, quien los arrojó al Danubio con una pérdida de veinticinco estandartes. Un contingente polaco bajo el mando del príncipe Lubomirski participó en esta victoria y se distinguió notablemente. Sus servicios en esta ocasión fueron los primeros frutos de la alianza polaca. La incorporación de Lubomirski a los del Imperio fue un movimiento independiente y suscitó en un primer momento ciertos recelos en el ánimo de Sobieski.

El 25 de agosto tuvo lugar una gallarda salida con el propósito de frenar las operaciones de los minadores turcos contra el bastión del Löbel y desalojarlos del foso. El joven duque de Württemberg, que observaba esta operación desde la muralla, viendo a sus tropas en apuros, descendió en persona a la refriega al frente de un refuerzo, haciendo caso omiso de todas las protestas, y empujó a los turcos hasta su primera batería. Con igual valor dirigió la retirada. La salida fue brillante y exitosa, pero costó a los sitiados 200 hombres y varios oficiales. El duque mismo fue herido en la pantorrilla por una flecha, quedando incapacitado para el resto del sitio. Durante varios días consecutivos el revellín de la Burg siguió siendo escenario de mortíferos asaltos y exitosa resistencia, cuyos detalles sería tedioso narrar. Entre tanto, ambas partes comenzaban a sentir sensiblemente los efectos de la larga duración del sitio. En las filas mahometanas, y especialmente entre los jenízaros, un prejuicio de naturaleza supersticiosa señalaba

cuarenta días como el límite hasta el que podía extenderse una operación de este tipo. Lo consideraban, al menos, como prerrogativa de su cuerpo el amotinarse contra la prolongación más allá de ese período. En la ciudad, por otro lado, la situación había adquirido un cariz sombrío. Las bajas de guerra y enfermedad habían mermado materialmente las filas de la guarnición, y la mina y la batería, especialmente la primera, habían abierto brechas de ruina en las defensas que ningún esfuerzo de los sitiados podía reparar plenamente y que cada día resultaba más difícil mantener contra el empuje de los números. Muchos de sus cañones habían quedado inutilizados; pero la falta de oficiales y artilleros especializados, de los cuales la ciudad había estado mal provista desde el principio, se dejaba sentir aún con mayor dureza. El ingeniero Rimpler había caído; el coronel Werner, que mandaba la artillería y había efectuado su entrada en la ciudad el 17 de julio, yacía herido e incapacitado; y antes del cierre del sitio, solo quedaban dos oficiales de artillería regulares en condiciones de servicio. Las obras exteriores desde la Burg hasta casi la puerta Escocesa no eran sino una masa de escombros. El bastión del Löbel en particular, y las casas adyacentes en la calle de ese nombre, habían sufrido especialmente; pero aún más la vivienda que aún lleva el nombre de Casa de los Turcos.

La escasez también avanzaba a pasos acelerados; y si las bajas de guerra reducían el número de consumidores, al recaer principalmente sobre los combatientes hacían también imposible repetir las salidas que en la primera parte del sitio habían barrido a veces hacia la ciudad el ganado del servicio de intendencia turco. Los turcos, mientras su gran fuerza les permitía cerrar herméticamente toda vía de suministro a la ciudad, guardaban sus pro-

pias comunicaciones con la máxima vigilancia. El forraje para el ganado vacuno y el ganado lanar que aún quedaban en la ciudad había también agotado, y los suministros del matadero público del Lichtensteg y el Rothenturm eran tan magros y secos como caros y escasos. La pequeña reserva de provisiones secas que quedaba era reservada para los soldados, y los ciudadanos en general estaban expuestos a severas privaciones. Las calles que llevaban al matadero estaban atestadas de mujeres que a menudo tenían que regresar a casa con las cestas vacías. El precio de una libra de buey había subido en la proporción de 1 a 9, y a veces a 12. Los artículos de subsistencia cotidiana para familias de clase media se habían convertido ahora en lujos de los ricos. Un huevo costaba medio dólar, el cerdo ocho groschen de plata la libra; el ternero y las aves de corral habían dejado de existir. En estas circunstancias, los gatos ya no gozaban de la inmunidad debida, en tiempos de paz y abundancia, a sus virtudes domésticas, y la caza de este animal en sótanos y tejados se convirtió no ya en pasatiempo de jóvenes traviesos, sino en ocupación de hombres serios y hambrientos. El amor vienés por la broma se manifiesta en la denominación de Dachhase, o liebre de tejado, aplicada a este nuevo objeto de caza.

El peligroso estado de la ciudad fue anunciado a sus aún lejanos amigos mediante descargas de cohetes durante las noches del 24, el 28 y el 30. Fueron respondidos con señales de fuego desde la cima del Bisamberg; pero no era de la orilla izquierda del Danubio de donde podía esperarse el socorro, y ningún signo alentador quebraba aún la oscuridad en dirección al Kahlenberg. Los sitiados aguardaban con profunda ansiedad el 29 de agosto, aniversario de la decapitación de San Juan, día tenido por los turcos

como peculiarmente sagrado y propicio. En el reinado de Solimán fue el día de la caída de Rodas, de Belgrado, de Pest y de aquella batalla de Mohács cuyo recuerdo tres siglos no han borrado. Un asalto general era razonablemente de esperar en tan aciago aniversario; pero transcurrió sin otro acontecimiento que la explosión ordinaria de algunas minas y un cañoneo dirigido principalmente contra San Esteban. La escasa porción del revellín de la Burg que aún conservaban los sitiados había llegado a ser ya insostenible. Su comunicación con la cortina posterior estaba casi cortada del todo, y el 3 de septiembre se dio finalmente, a regañadientes, la orden al oficial al mando de retirar a sus hombres, orden que fue obedecida con igual reluctancia, habiéndose retirado previamente la artillería y quemado las empalizadas. Había sido activamente asaltado durante veintinueve días, había resistido quince asaltos principales y la explosión de diez poderosas minas, y había sido la tumba de muchos miles de turcos. Su defensa, que se cerró en el último momento de la retirada con la muerte del oficial al mando ese día, el capitán Müller, ha sido considerada por los escritores militares como una de las más notables de que se tiene noticia. El gran visir le dio un nombre que implicaba que las artes del infierno y de la magia habían sido aplicadas a su defensa. Durante la ocupación francesa de 1809, esta obra exterior, digna de ser conservada como monumento, fue volada y completamente arrasada por orden de Napoleón. Los turcos aprovecharon inmediatamente su conquista para emplazar en ella dos cañones y dos morteros, desde los cuales abrieron un nutrido fuego contra las defensas principales.

El peligro se había vuelto ahora sumamente inminente y exigía la aplicación de todos los recursos y el esfuerzo de todas las facul-

tades para hacerle frente. Todas las puertas excepto la de Stuben, reservada aún como poterna de salida, fueron barricadas de nuevo con mampostería y madera; las cadenas fueron tendidas a través de las calles, especialmente las que conducían al Löbel; se erigieron nuevas baterías; y las defensas interiores se acumularon unas detrás de otras de tal modo que, a cada diez pasos, se alzaba un parapeto atestado de hombres y erizado de empalizadas. En el interior mismo de la ciudad, a la entrada del Ballplatz y cerca del hotel ocupado entonces por el embajador español (hoy la Cancillería), había reductos reforzados con vigas y protegidos por fosos; y se dictaron órdenes de arrancar las rejas de hierro de las ventanas para aplicarlas también, si fuera necesario, a la defensa de las calles. En cada sótano de las casas adyacentes se colocaron vasijas de agua y tambores con guisantes esparcidos sobre su parche, para dar aviso, por su movimiento vibratorio, de la aproximación de los minadores turcos. La guerra subterránea fue librada con mucho efecto por los contaminadores austriacos, que lograron frecuentemente enterrar o asfixiar a los trabajadores turcos y se apoderaron de muchos quintales de pólvora de sus cámaras. La tenacidad de los turcos en proseguir este modo de ataque queda demostrada por las pérdidas que experimentaron: 16.000 de sus minadores perecieron durante el sitio. En una ocasión, un furriel o cuartelmaestre del regimiento de Beck, habiendo descubierto el extremo de una mina, saltó como Curtio al abismo y, encontrando a cinco turcos, mató a tres y puso en fuga a los otros dos. Las inmediaciones del bastión de la Burg fueron el escenario principal de estas hazañas, y bajo aquella fortificación se produjo también el hallazgo, más interesante para los anticuarios que para los soldados, de una antigua escalera de sesenta y seis peldaños.

Como las excavaciones en este sector descendieron pronto al nivel del agua, las operaciones del enemigo eran allí menos temibles y la vigilancia de los sitiados se relajó, pero los sótanos cercanos a la Burg fueron no obstante todavía guarnecidos por la noche, y se consideró necesario extender pronto esta precaución a otras partes de la ciudad. La fuerza armada de la ciudad, tanto regular como irregular, había sido tan reducida en número por los repetidos asaltos y salidas que el remanente comenzaba a desfallecer aguardando el socorro tantas veces prometido. Hallándose el revellín de la Burg ya en manos del enemigo, la propia Burg, así como el bastión del Löbel, eran amenazados hora a hora con la misma suerte, tanto más cuanto que la cortina que los unía estaba tan arruinada que apenas ofrecía abrigo a las tropas que la guarnecían. Casi todas las casas de la ciudad estaban abarrotadas de enfermos; y mientras las energías de los sitiados se desfallecían bajo tal presión, era de esperar que el coraje y las esperanzas de los asaltantes creciesen en proporción. No fue, sin embargo, así. Mientras durante toda la noche se disparaban espesos racimos de cohetes a frecuentes intervalos como señales de creciente angustia y peligro y como invocaciones de socorro, también había turbación en el campamento. El 24 de agosto había aflorado un espíritu de amotinamiento entre los jenízaros. El plazo de 40 días, al que por amor al Sultán y al visir habían añadido tres, había expirado, y exigían ser relevados de su servicio en las trincheras. Las exhortaciones y profecías del Vani Efendi, un popular predicador, los habían persuadido a esperar el famoso aniversario de San Juan y el efecto de las extensas minas que habían sido empujadas bajo las obras de la ciudadela. Estas minas, sin embargo, habían fallado; resultaba difícil mantener en secreto este fracaso frente a las tropas, y el día de San Juan había pasado,

como hemos visto, sin ningún acontecimiento señalado. Las tropas bajo el mando del bajá de Alepo habían incluso abandonado las trincheras, y fue necesaria la influencia del gran visir en persona para hacerlas volver a su deber mediante promesas y terribles amenazas. Se vio conducido en esta crisis al expediente temporal de hacer circular un informe de la muerte repentina del emperador Leopoldo. El visir llegó al extremo de ordenar una descarga general de cañones y mosquetería por todo el campamento, proceder que desconcertó durante algún tiempo a la guarnición pero no logró alarmarla, pues la causa alegada de regocijo no obtuvo ni un momento de crédito en la ciudad. La adopción de tales expedientes por el visir y su modo general de conducir las operaciones militares en este período se explican, en opinión de muchos, por la teoría de su deseo de apoderarse de la ciudad por capitulación y no por asalto. En un período en que el resultado de un ataque simultáneo, dado el estado arruinado de las defensas, ya no podía haber sido dudoso, prefirió, se dice, enviar a sus tropas contra la brecha en destacamentos aislados, incapaces de superar la resistencia que la guarnición, por debilitada que estuviera, aún podía oponerles. Habiendo destinado los objetos de valor de la residencia imperial para su propio tesoro, no quería exponerlos al saqueo indiscriminado de un asalto final. Deseaba también preservar de la destrucción la propia ciudad como futura sede de gobierno de una dinastía de Occidente de la que él mismo se proponía ser el fundador.

Los escritores contemporáneos y posteriores han coincidido en atribuir estos motivos y esta política a Kara Mustafá, y en considerarlo como un Wallenstein musulmán, dispuesto, confiando en la devoción del ejército, a desafiar el disgusto de su soberano y

posiblemente a sacudir su lealtad. Solo hacia el final del sitio y ante la perspectiva del fracaso estos propósitos experimentaron una alteración, y se mostró dispuesto a forzar la entrada a cualquier precio. Para entonces, sin embargo, el espíritu de sus tropas estaba tan abatido que, según sabemos por la historia del Imperio otomano de Demetrio Cantemir, exclamaban a menudo, como si se dirigieran a los ejércitos de Lorena y Sobieski: «Oh, infieles, si no queréis venir vosotros mismos, dejadnos ver al menos las cimeras de vuestros gorros sobre las colinas; pues una vez vistas, el sitio habrá terminado y nosotros seremos liberados.» La manifestación de semejante espíritu no dejó al visir más elección en cuanto a sus medidas. Aunque seguía siendo incrédulo respecto a la unión de las fuerzas polacas, y aún más respecto a la presencia en campaña de su terrible comandante, la creciente fuerza de las fuerzas del Imperio y sus preparativos para un movimiento ofensivo no podían ser ningún secreto ni siquiera para quien era tan negligente en procurarse información de aquel importante sector, y resolvió hacer un esfuerzo decisivo.

El 4 de septiembre tuvo lugar una explosión hacia el extremo oriental del bastión de la Burg, tanto más violenta por la solidez de la construcción de aquella obra: 4.000 turcos, dirigidos por el visir en persona, se lanzaron al asalto. Desde todos los puestos de alarma los sitiados acudieron al punto de ataque, y entre los primeros estaba Starhemberg, acompañado de todo su estado mayor, dispuesto y probablemente esperando morir en la brecha, que la explosión había abierto a una anchura de más de cinco brazas. Los escombros habían caído hacia fuera, llenando el foso y facilitando el avance de los turcos, que, armados de sable y rodela y llevando cestos de tierra a la espalda, se agolpaban subien-

do la pendiente. El grito de Alá se oía cada vez más próximo, y algunas manos audaces habían ya plantado las colas de caballo en la cresta de la muralla, cuando el fuego de los sitiados llenó el foso de cuerpos de los más valientes. El combate se encarnizó durante dos horas, y los turcos se retiraron una vez más con una pérdida de 500 hombres. La guarnición, sin embargo, no podía permitirse fácilmente una pérdida de 117 hombres y dos capitanes. Apenas había cesado el combate cuando todos los materiales disponibles fueron empleados en reparar la brecha. Además de los medios habituales de madera, sacos de arena y cueros de buey, se requisaron para este servicio colchones y esteras de junco. Las pesadas prensas de vino de madera fueron desmontadas y las vigas quitadas de los tejados para el mismo propósito, y fueron preparados y conducidos al lugar del peligro reparos de tablas provistos de ruedas, denominados en terminología de ingeniería manteletes. Las demás partes de las defensas fueron cortadas con nuevos traveses y armadas con cañones adicionales. Se formó un cuerpo de 400 hombres con personas que hasta entonces habían estado exentas del servicio militar: empleados y artesanos de los ramos de actividad más indispensables. Las descargas nocturnas de cohetes desde San Esteban eran más densas y frecuentes que antes. La ciudad estaba en sus últimas agonías.

El día 6, una explosión derribó una longitud de cinco brazas del muro, de 24 pies de espesor, del bastión del Löbel, abriendo una brecha menos defensible que la del bastión de la Burg, porque los pretiles del muro que quedaba habían sido destruidos previamente. La furia del asalto que siguió y la tenacidad de la resistencia pueden medirse por la pérdida turca de 1.500 hombres. Dos estandartes fueron plantados en un momento sobre la mu-

ralla. Una casa en la Löbelstrasse frente al lugar donde ocurrió esto se llama aún la Casa de los Turcos y lleva una fecha y una pin-tura de una cabeza de turco conmemorativos del suceso. En la tarde de ese día, se vieron ascender cinco cohetes desde el Kahlenberg. Aquella fugaz aparición fue suficiente para dispersar las nubes de abatimiento que durante tanto tiempo se habían ido acumulando sobre la ciudad. El faro que identifica el promontorio, o la estrella que señala el polo, nunca brilló ante los ojos del ansioso marinero con mayor consuelo y seguridad que aquella señal de fuego transmitió al centinela en la muralla o al jesuita en la aguja. Indicaba no solo que el ejército imperial había cruzado el río, sino que sus avanzadas habían coronado las alturas y ocupado los desfiladeros que dominaban su único acceso al socorro de la ciudad, alturas y desfiladeros que nada sino una ceguera judicial hubiera podido impedir a los turcos ocupar en fuerza. Con todo, la salvación de la ciudad pendía de un hilo.

A medida que el ejército imperial se aproximaba, el incentivo para atacar aumentaba de intensidad en la misma proporción que el motivo para resistir, y era de esperar que la lucha se librase hasta el final con energía creciente. Starhemberg agotó todos los recursos bélicos para proveer que el enemigo no ganase ni un palmo de terreno sin pagarlo con torrentes de sangre. Todos los ominosos preparativos para un combate callejero fueron redoblados. Las casas más próximas a la brecha fueron convertidas en baterías; todos los accesos a ella desde el interior, atestados de soldados. La fuerza de la ciudad fue concentrada en sus puestos de alarma, aguardando la campana de San Esteban que proclamase el momento del asalto. No llegó nunca. Los turcos, aunque continuaron minando bajo la ciudad llevando una de sus galerías

hasta la iglesia de los minoritas, no volvieron a mostrarse sobre el terreno más allá de las bocas de sus paralelas. El 8 de septiembre hubo extraño movimiento en su campamento. Se cargaron camellos, se ensillaron caballos. Más cohetes ascendieron desde Kahlenberg.

CAPITULO XIII

Para preservar la narración del sitio sin interrupciones hasta el período crítico al que ha llegado ahora, ha sido necesario apartar nuestra atención de las actuaciones del duque de Lorena y del ejército del Imperio. Los dejamos a principios de julio incapaces de hacer frente a los diez veces superiores efectivos del ejército turco, y obligados a aguardar a una distancia segura, y apenas en actitud amenazante, la incorporación de los levantamientos alemanes y del prometido socorro de los polacos. Los primeros se concentraron con algo de la lentitud y circunspección que en todas las épocas han caracterizado los movimientos del cuerpo germánico. La distancia retrasaba la incorporación de los polacos, cuyos contingentes tenían en muchos casos que marchar desde Ucrania. El primer cuidado de Lorena fue, pues, reunir las tropas del Imperio, y Krems, con su puente sobre el Danubio, fue la posición principal escogida para ese fin. En un primer momento, en efecto, el duque había propuesto hacer frente en Leopoldstadt y, mediante cabezas de puente en los diversos puentes de los brazos del río, mantener una comunicación directa con la ciudad, haciendo virtualmente de su fuerza una parte de la guarnición. El peligro de semejante expediente, sin embargo, se hizo instantáneamente patente. El verano era seco, y el brazo pequeño del río más próximo a la ciudad era vadeable en varios puntos. Colocar 10.000 jinetes en una posición tan propicia para el ataque de todo el ejército turco, y que además, por su nivel relativo, era dominada desde toda la extensión de las orillas opuestas, habría sido su destrucción segura. El ejército de Tekeli, por otra parte, avan-

zando por el campo de la Marcha, amenazaba la retaguardia de los del Imperio y les causaba mucha inquietud. El duque eligió, por tanto, una serie de posiciones las más adecuadas para impedir al enemigo ocupar la orilla izquierda del Danubio, y fue trasladando su cuartel general según las circunstancias lo indicaban, entre Jedlesee y Stockerau, hasta establecerlo definitivamente en Krems.

Su siguiente cuidado fue armar y guarnecer en la mayor extensión posible los lugares fortificados y defendibles de la Baja Austria. Confió Krems al cuidado de los generales Dunnewald y Leslie, Tulln al barón d'Orlique; e incluso Klosterneuburg, a escasas cinco millas inglesas de Viena, que había rechazado un ataque de los turcos bajo su comandante, Marcel Ortner, fue provista de guarnición. El conde Herberstein cubrió con un cuerpo los accesos a Estiria, ya amenazada por el enemigo. Neustadt fue suficientemente guarnecida; y en varias ocasiones desde estas plazas fuertes se dirigieron exitosas salidas contra las bandas merodeadoras del enemigo. Se adoptaron también medidas, tardías en efecto pero enérgicas, para la defensa interior de las provincias austriacas. Otón, conde de Traun, en la Baja, y Wolf, conde de Weissenthurn, en la Alta Austria, las dirigieron con mucho juicio y actividad. Los pasos del bosque fueron guardados con abatidas; los vados, especialmente los de Ybbs y Enns, con obras empalizadadas; y el campesinado fue convocado y organizado para la defensa de los castillos y conventos. Ocurrieron muchos más ejemplos de valor y pericia en la defensa de plazas de los que sería posible particularizar aquí. Los habitantes de Klosterneuburg, mandados por el sacristán de su convento, Marcelino Ortner, rechazaron en tres ocasiones el asalto de muchos miles de

turcos. Gregorio Müller, abad de Melk, cambió el báculo por la espada y, al frente de los burgueses armados, mediante el hábil empleo de esta fuerza irregular, mantuvo a los turcos a distancia, pese a que estos habían acampado en el Steinfeld entre Sankt Pölten y Wilhelmsburg y habían incendiado los arrabales de Sankt Pölten. Sin embargo, 2.000 vasallos de aquella rica abadía fueron arrastrados al cautiverio, 120 casas de sus dominios fueron incendiadas y 5.000 cabezas de ganado se llevaron. Tras la retirada de los turcos de ante Viena, la gente de Sankt Pölten encontró un número de niños abandonados, de quienes se hicieron cargo con bondad y a quienes mantuvieron, sin llegar jamás a descubrir a sus padres.

La defensa de la abadía de Lilienfeld constituye un brillante episodio en la historia de la época. Muchos habitantes de los distritos adyacentes, y entre ellos una gran parte de la nobleza, habían buscado refugio de la caballería tártara en aquel lugar. A la aproximación más cercana, sin embargo, de los temidos merodeadores, la mayor parte de estos fugitivos continuó su retirada y buscó un refugio más seguro en Salzburgo o en el Tirol. No así el valiente abad Mateo Kolbries. Reunió a su alrededor a su clero y a sus vasallos, fortificó su convento y se dispuso a defenderlo hasta el final. Hizo mucho más que esto; pues aunque abandonado por todos excepto por un pequeño grupo de devotos partidarios, tras rechazar varios asaltos, en lugar de dejar a su enemigo reagruparse a placer, se lanzó sobre él en una serie de bien planeadas salidas y emboscadas que, por su éxito, elevaron el valor de sus seguidores al más alto grado de audacia. Siguiendo el impulso de estos primeros éxitos, cayó por sorpresa sobre una columna de tártaros cerca de Mariazell, los destruyó casi hasta el último

hombre y regresó triunfante con 200 cristianos rescatados, una carga de mulo de dinero y cuarenta cabezas de tártaros cuyos cuerpos había dejado expuestos en los caminos a modo de escarmiento. Tres prisioneros turcos de distinción fueron rescatados por entre 2.000 y 3.000 ducados cada uno. La incorporación casual de un oficial bávaro y cinco jinetes a su pequeña fuerza le permitió introducir en ella algo de ciencia y disciplina militares. El genio militar evidentemente no le faltaba al hombre que, a los sesenta y tres años, podía realizar tales hazañas. Algunas tropas polacas que también se le unieron le dieron más trabajo por su indisciplina que ayuda por su experiencia militar. Con esta variopinta banda, sin embargo, asestó algunos golpes aún más duros a las partidas del enemigo; y manteniendo Lilienfeld hasta que el visir se vio obligado a retirar sus tropas ligeras del país, y guardando así el paso principal hacia Estiria, salvó aquella provincia de todos los horrores de la invasión tártara.

El valor de esa exención puede inferirse de los cálculos realizados por escritores contemporáneos de autoridad sobre el número de quienes fueron llevados a la esclavitud desde Austria, que asciende a 6.000 hombres, 11.000 mujeres, 19.000 muchachas y 56.000 niños. Entre las muchachas había 200 de extracción noble. El ejem-plo del abad de Lilienfeld, aunque eminentemente destacado, no es el único que muestra cuánto podría haberse hecho para frenar a los valientes y rapaces, pero indisciplinados, jinetes del Oriente, si la nobleza austriaca no hubiera emigrado en tan gran número, en un momento de consternación y abatimiento generales, al Tirol y a otros lugares de seguridad. Se cuentan muchas historias de bandas de merodeadores puestas en fuga por la actitud firme de hombres individuales, e incluso de mujeres. Nin-

guna de estas historias puede quizás invocarse con suficiente rigor como para justificar su inserción en la página de la historia seria; y es cierto que en otros casos la caballería tártara, por su pericia en la equitación y su audacia individual, se reveló como un antagonista formidable. Tropas, sin embargo, cuya ocupación es el pillaje y que actúan en un terreno difícil, nunca están a salvo de un hombre como el abad de Lilienfeld, y unos cuantos más de su misma condición habrían logrado al menos obligarlas a concentrar sus efectivos y a incluir dentro de sus correrías una extensión de país mucho menor. El 13 de agosto, las fuerzas bávaras, 13.000 en número, fueron transportadas en barcas por el Danubio cerca de Melk. Fueron recibidas con salvas de artillería y música militar desde la abadía fortificada. El margrave de Bayreuth cruzó el río al día siguiente con 6.000 hombres. La presencia de esta respetable fuerza en la orilla derecha del Danubio liberó a las provincias superiores de la del invasor.

CAPITULO XIV
1683, de final de julio al 11 de septiembre

El cuerpo de Tekeli había proseguido mientras tanto sus operaciones en la Alta Hungría. Cuando se aproximaba a Tirnau, el duque de Lorena reforzó la ciudadela de Presburgo con algunos regimientos de caballería, y puso al resto de su ejército en movimiento a través del campo del March. Al enterarse de que la ciudad de Presburgo estaba ya ocupada y la ciudadela amenazada por los partidarios de Tekeli, y también de que 20.000 turcos y 20.000 húngaros acampaban en los alrededores, se lanzó hacia la ciudad. Logró introducir una fuerza adicional en la fortaleza y, tras cierta resistencia, expulsó al enemigo de los arrabales y de la ciudad. Los ciudadanos, excusando su defección alegando que habían actuado por coacción, renovaron su fidelidad al emperador. La vanguardia del ejército polaco, al mando del príncipe Lubomirski, había llegado mientras tanto, y con su ayuda el duque obtuvo al día siguiente una victoria que despejó la orilla izquierda del Danubio y restableció la comunicación con Komorn y Raab. El campamento enemigo cayó enteramente en manos de los vencedores. Los turcos y Tekeli se echaron mutuamente la culpa. Fuera de quien fuese la responsabilidad, sus fuerzas unidas, tras devastar el campo del March, fueron alcanzadas por Lorena cerca de Stammersdorf y nuevamente derrotadas por completo. El bajá de Erlau y 1.200 hombres quedaron muertos en el campo de batalla, muchos más perecieron al intentar cruzar el Danubio a nado, se capturaron 22 estandartes y un contingente de 600 húngaros desertó al enemigo. Entre tanto, las tropas del Imperio afluían de

todas partes. Los bávaros ya han sido mencionados. El elector de Sajonia, Juan Jorge III, salió de Dresde el 22 de julio con 12.000 hombres y 18 cañones, y llegó a Krems el 28 de agosto. Sobieski escribe a su esposa con gran admiración por las tropas sajonas, bien vestidas, completas en número y bien disciplinadas. «Podemos decir de los alemanes lo que se ha dicho del caballo: que no conocen su propia fuerza». El rey de Polonia partió de Cracovia a principios de agosto. El emperador había sufrido la humillación de implorar la presencia personal de un soberano cuya política e intereses siempre había contrariado, aunque llegase sin su ejército. Este homenaje a sus dotes militares era sin duda grato, pero Juan Sobieski no necesitaba estímulo alguno cuando el turco estaba en campaña. Mientras el embajador francés empleaba toda su influencia para retenerle, y escribía a Luis XIV que era demasiado corpulento para el servicio activo, él se despidió de su esposa y, tras hacer testamento, partió acompañado de su hijo, un muchacho de dieciséis años, adelantándose a su ejército. Su marcha atravesaba un país expuesto a las incursiones de tártaros y húngaros, pero la realizó a caballo con una escolta de unos 2.000 jinetes y llegó sano y salvo al cuartel general de Lorena. Los encontró en Tuln, en la orilla derecha del río, con una fuerza escasa en número y todavía ocupada en la construcción del puente que el emperador en sus cartas había anunciado como terminado. Muchas de las tropas alemanas no habían llegado aún. Lorena habló con inquietud sobre el estado de los asuntos. «Tened ánimo», respondió Sobieski; «¿cuál de nosotros al mando de 200.000 hombres habría permitido que se construyera este puente a cinco leguas de su campamento? El visir es un hombre sin ninguna capacidad».

El ejército polaco, al mando del mariscal de Campo Jablonowski, llegó a la orilla del Danubio frente a Tuln a principios de septiembre. Ascendía a unos 26.000 hombres de todas las armas, pero con una proporción muy escasa de infantería. Tras pasarlos revista, los jefes celebraron un consejo de guerra en el que Lorena sugirió que la marcha para el socorro de la ciudad se dirigiese sobre el Kahlenberg. El rey prestó su asentimiento de inmediato, observando que había dejado su dignidad real en Varsovia y que estaba dispuesto a actuar con el duque como con un amigo y hermano. Por otra parte, no parece que ninguna rivalidad hubiera impedido un reconocimiento inmediato y franco de la autoridad de Sobieski como comandante en jefe de las fuerzas reunidas. No debe olvidarse que el duque de Lorena había sido rival de Sobieski en la disputa por la corona de Polonia. Las cartas de Sobieski contienen algunos detalles vívidos de su primer encuentro, que parece haber transcurrido en la mesa con más jovialidad de la que era habitual en Lorena, libre del vicio alemán de la bebida, pero que en esta ocasión, comenzando por los vinos más ligeros del Mosela, pasó a los más fuertes de Hungría. Sobieski lo describe como modesto y taciturno, marcado profundamente por la viruela, la nariz muy aguileña, y casi parecida a la de un loro; encorvado, sencillo y descuidado en su atuendo. A pesar de todo, no parece un comerciante, sino un hombre respetable, incluso distinguido. Es un hombre con el que me llevaría bien fácilmente. Se decidió además que los polacos cruzarían el río en Tuln y los alemanes en Krems, para efectuar su unión en el primer lugar el 5 de septiembre. La unión no tuvo lugar, sin embargo, hasta el día 7. Tres mil polacos fueron destacados hacia el campo del March para mantener a raya a los húngaros. El ejército cristiano contaba ahora con 85.000 hombres —austriacos, polacos, báva-

ros, sajones, suabos y franconios— con 186 piezas de artillería. De este número, unos 7.000 estaban destacados para la ocupación de diversas posiciones, lo que dejaba unos 77.000 efectivos para las operaciones de campo contra los turcos. Esta fuerza, escasa en número si consideramos la magnitud de lo que estaba en juego, contaba entre sus jefes con cuatro soberanos y otros veintidós príncipes de casas soberanas.

Las casas electorales de Alemania estaban dignamente representadas por Sajonia y Baviera. Juan Jorge III, elector de Sajonia, había prestado muchos servicios en la causa de Austria y había sido el primero de los príncipes alemanes en adherirse franca y decididamente a su causa. Sobieski lo describe como alguien que no hablaba ni latín ni francés, y poco alemán; no dado a arengas ni cumplidos, mareado, borrachín, sencillo y bonachón. El hombre pintado así satíricamente era, sin embargo, un robusto ejemplar de la raza alemana, y sabía asestar golpes duros en el campo de batalla. Maximiliano Manuel de Baviera, célebre en años posteriores por las desgracias que le acarreó su alianza con Francia contra Austria, y principal víctima del éxito de Marlborough en Blenheim, acudió ahora a la edad de veintiún años a salvar de la destrucción al soberano que, tras recompensarle con la mano de una hija, vivió para expulsarle temporalmente de sus dominios. Tuvo el buen juicio de confiar la conducción de sus tropas a manos experimentadas, sirviendo él mismo como voluntario. Entre los demás se encontraban los duques de Sachsen-Lauenburg, Eisenach y Weissenfels, de Brunswick-Luneburgo, Wurtemberg y Holstein, Pfalz-Neuburgo y Croy, el margrave de Bayreuth y Luis de Baden, tan famoso después; el landgrave de Hesse, los príncipes de Waldeck, Hohenzollern, Anhalt y Salm; el último y más

joven, Eugenio de Saboya. El príncipe de Waldeck mandaba las tropas de los Círculos.

La literatura de la Europa moderna, rica como es en correspondencia de personas eminentes de ambos sexos, quizás no contenga ninguna colección de cartas de un interés tan absorbente como las escritas en este período por Juan Sobieski a su esposa, que han encontrado recientemente un eminente traductor y comentarista en el conde Plater. La correspondencia familiar de un hombre como Sobieski, incluso si estuviese dedicada a sucesos ordinarios y eventos insignificantes, derivaría de la personalidad y la fama de su autor un interés que pocas colecciones de este tipo podrían reclamar. En el caso de estas cartas, sin embargo, las circunstancias de la época se combinan con el carácter del hombre para elevar ese interés al más alto grado. Son las cartas de un amante ausente, comprometido a una correspondencia puntual y familiar, y por ello ricas en detalles minuciosos. Son los despachos militares de uno de los más grandes soldados que jamás hayan vivido, redactados en momentos arrebatados al reposo bien ganado, a menudo cuando la lámpara nocturna de su tienda palidecía ante el crepúsculo matutino, y que tratan del avance hora a hora de una de las más grandes operaciones militares de la historia. Algunos pasajes de estos documentos se filtraron en su momento y han sido citados por todos los escritores sobre los temas en cuestión, desde Voltaire y Madame de Sévigné hasta los cronistas de gacetas de la época; pero estos pasajes, referidos principalmente al gran y notorio resultado, no son de mayor interés, y tienen menor valor histórico, que el resto rescatado más recientemente de la oscuridad de la lengua polaca, que era el medio de su trato más familiar con su esposa ausente. Es un rasgo

singular de la habilidad de esta mujer traviesa, sobre todo si consideramos la habitual aversión de sus compatriotas y compatriotas por la adquisición de lenguas extranjeras, que hubiera dominado tan completamente las dificultades de un dialecto eslavo como para hablarlo y escribirlo con fluidez y corrección.

Es difícil escoger pasajes de estas cartas, porque apenas hay uno en ellas que no presente la tentación. La serie comienza a partir del 29 de agosto, la primera noche tras despedirse de su esposa en Cracovia. Esta y las cinco cartas siguientes lo llevan a través de las fatigas de la marcha, las tediosas ceremonias de su recepción en Olmütz y otras paradas; y la séptima, del 9 de septiembre, está escrita desde Tuln, el gran punto de reunión y uno de los puntos de paso para las fuerzas reunidas de Polonia y Alemania. A cada paso el interés se intensifica; se anuncian nuevas noticias sobre la desesperada situación de la ciudad; las figuras de hombres entonces, o después, famosos en la historia son presentadas de manera breve y vívida a nuestra atención; observaciones sobre el agitado presente y especulaciones sobre el incierto futuro se entrelazan con animados retratos de caracteres y costumbres. En Tuln comenzaron las principales dificultades de la gran operación sobre la que tenían puestos los ojos toda Europa, dificultades que nada salvo la crasa negligencia de los turcos habría permitido a los aliados superar. La caballería tártara, bien dirigida, habría podido por sí sola hacer imposible la marcha de tres días por senderos forestales, a través de un país desprovisto de víveres y apenas practicable para la artillería o los carruajes, que se interponía entre las orillas del río y las alturas del Kahlenberg. Los bagajes y la intendencia hubieron de quedarse necesariamente atrás, en los alrededores de Tuln. Fue necesario debilitar la fuerza comba-

tiente del ejército con una guardia numerosa para proteger estos depósitos de los tártaros, y con pesadas escoltas para el transporte de víveres desde esta base de operaciones.

Difícilmente podía esperarse que las propias alturas del Kahlenberg se encontraran desguarnecidas; y explorar el estado de este puesto culminante, clave de la operación principal, era en sí mismo una tarea de la mayor arriesgada y delicada. Fue llevada a cabo en la noche del 10 por el rey y los demás comandantes principales en persona, y este cometido lo alejó tanto tiempo y tan lejos de su ejército, que en ese momento se debatía penosamente por los precipicios y a través de los bosques que quedaban a sus espaldas, que se despertó la mayor alarma por su seguridad. La cima del Kahlenberg, con su castillo y su capilla, fue hallada desocupada; pero los turcos, demasiado tarde conscientes de su importancia, avanzaban hacia ella en el transcurso del día 11, cuando, con gran esfuerzo, las primeras tropas que se tuvieron a mano —cinco batallones sajones del ala izquierda, con tres cañones— fueron llevadas a la cumbre. Los turcos, al verse anticipados, se retiraron sin oponer resistencia seria, y los cañones sajones, abriéndose fuego sobre su retaguardia, dieron señal a la ciudad de su inminente salvación. El rey y los demás comandantes se reunieron con sus respectivos cuerpos hacia el mediodía del 11, y, superadas ya las principales dificultades de la marcha, el ejército pudo organizarse en un orden aproximadamente igual al que se mantendría durante el día de batalla siguiente. Esta operación se llevó a cabo sin que el enemigo la perturbara, salvo en el extremo izquierdo, donde el General Leslie encontró cierta oposición al establecer una batería. El rumor de este escaramuza despertó a Sobieski, no del sueño —que, según declara él mismo, le había sido

hecho imposible por el trueno de las baterías turcas contra la ciudad—, sino de la ocupación de escribir una larga y detallada carta a su esposa. Interrumpido en este placer, el infatigable hombre, descrito por el embajador francés como demasiado corpulento para montar a caballo, estaba de nuevo en la silla a las tres de la madrugada. Parece haber recorrido a caballo toda la posición, desde su tienda en el extremo derecho hasta el Leopoldsberg en el izquierdo. Este esfuerzo tuvo la ventaja de ponerle de nuevo en comunicación personal con Lorena antes de aquel desenlace final que tuvo lugar al día siguiente, contra la expectativa o intención de cualquiera de los dos, pues ninguno contemplaba en ese momento la posibilidad de encerrar una operación tan vasta como el socorro de la ciudad en el espacio de un solo día.

Nada parece haber causado a Sobieski tanta contrariedad en este período como la no aparición de ciertos contingentes de cosacos que sus agentes habían sido enviados a reclutar. Escribe sobre ellos en su ausencia en un tono que podría haber empleado un comandante ruso de nuestros propios días, y que demuestra que las admirables cualidades del verdadero cosaco para las funciones de tropa ligera, especialmente contra el turco, se habían manifestado plenamente ya en el siglo XVII. Es cierto que hasta el último momento el visir no tenía creencia ni siquiera sospecha alguna de que Sobieski hubiera salido personalmente a campaña, ni de que ninguna fuerza polaca considerable se hubiera unido al ejército. La supuesta aparición de tropas polacas se explicaba por la conocida llegada del cuerpo de partisanos de Lubomirski.

El registro de revista del ejército turco hallado en la tienda del visir arroja en números redondos un total de 160.000 hombres, y

los historiadores han estado dispuestos a adoptar una cifra que daría una diferencia de 80.000 hombres a favor del bando vencedor. Sin embargo, como este documento incluye todos los destacamentos y guarniciones, así como a muchos jefes y soldados que a buen seguro ya no existían —el bajá de Erlau, por ejemplo, que con la mayor parte de sus tropas había perecido, según se ha relatado, en el combate de Stammersdorf—, es tan innecesario detenerse en la falacia de semejante suposición numérica como difícil sería llegar a cualquier aproximación a la exactitud con cualquier otra. Si aceptamos el testimonio de Kantemir de que, la noche anterior a la batalla, casi una cuarta parte del ejército turco se dispersó por su cuenta, difícilmente podemos calcular la fuerza que quedaba en el campamento en más de 100.000 hombres, para quienes, agotados y desalentados como estaban, 80.000 tropas regulares intactas constituían más que un adversario equiparable.

Cuando el avance del ejército cristiano dejó de ser dudoso, el visir convocó a sus bajás para deliberar sobre el modo de hacer frente al ataque inminente. El anciano bajá de Pest, mencionado anteriormente como contrario desde el principio a la marcha sobre Viena, aconsejó al visir que levantara el asedio sin demora, que reuniera todo el ejército y que, talando los bosques cercanos, se empalizada y atrincherara para aguardar el ataque. Tras rechazar el primer asalto, lanzar la caballería sobre ambos flancos del enemigo y decidir así su derrota. La mayoría del consejo se mostró favorable a esta propuesta. El visir se obstinó en rechazarla, alegando, no sin razón, que si el asedio se levantaba una vez, la ciudad aprovecharía de inmediato la oportunidad para reparar sus defensas y ponerse en condición de desafiar un nuevo inten-

to. Sería difícil, una vez retirados los jenízaros de las trincheras, persuadirlos de que volvieran a su faena, incluso tras el logro de una victoria en campo abierto. Su opinión era, pues, que debería dejarse una fuerza suficiente en los trabajos de aproximación para proseguir las operaciones de asedio sin interrupción, y que el resto avanzara contra el enemigo, cuya inferioridad numérica sería fácilmente aplastada. Los bajás formularon algunas protestas más, pero se vieron obligados a ceder ante la autoridad ilimitada de su jefe.

El 11 de septiembre todas las tropas turcas del Leopoldstadt fueron retiradas, y la mayor parte de la caballería fue movida hacia adelante en dirección al Kahlenberg, cerca de cuya base y sobre el Wienerberg levantaron atrincheramientos; y, desplegándose en forma de media luna, aguardaron la aparición de los imperiales. Entre Weinhaus y Gerstorf se ven todavía los vestigios de una obra considerable que lleva el nombre de Türkenschanz, emplazamiento de una de sus principales baterías. Ya desde el 9 de septiembre, el visir, en su primera alarma ante la aproximación del enemigo, había resuelto concentrar su fuerza en el Wienerberg, y cerca del llamado Spinnerkreuz había sido levantada para él una tienda de campaña. Al día siguiente, sin embargo, cambió de intención y de plan, y moviendo la parte principal de su fuerza hacia Kahlenberg, la desplegó sobre las alturas entre Grinzing y Heiligenstadt. En la tarde de ese mismo día, el 10, la vanguardia del ejército cristiano llegó a Kahlenberg, y el primer sonido de sus cañones —según se describió más arriba— fue escuchado en Viena al abrir fuego desde las alturas sobre las columnas de los turcos. El efecto fue de alegría y ansiedad mezcladas. El desenlace de la lucha estaba evidentemente próximo, pero ese desenlace era

todavía incierto, y la noche fue de angustiosa suspense. La población no empleada directamente en servicio militar se dividió durante el día entre las iglesias y los tejados de torres y casas; las primeras entregadas a fervorosas súplicas al Cielo, las segundas contemplando los movimientos del campamento turco y aguardando el primer destello de las armas cristianas al salir de las arboladas alturas. El comandante, al caer la tarde, despachó un mensajero que cruzó el Danubio a nado con una carta para el duque de Lorena. Sus palabras eran pocas. «¡No hay tiempo que perder! ¡No hay tiempo, en verdad, que perder!» Este mensaje fue acusado recibo con una salva de cohetes desde Hermansdorf. El conde Stahremberg impartió ahora órdenes a todas las tropas, regulares e irregulares, para que se mantuvieran en disposición de hacer una salida durante la esperada batalla del día siguiente, o de unirse al ejército cristiano y expulsar a los turcos de los trabajos de aproximación. La noche del 11 de septiembre cayó sobre esta agitada escena. El hombre cuya suerte está sellada dormirá a menudo hasta que la mañana lo llame al cadalso. Acaso un sueño tan pesado como el suyo, fruto de la excitación nerviosa y el agotamiento, fuera concedido también al ciudadano de Viena; pero incluso esto es dudoso, pues el condenado tiene la certeza de su destino. El destino de Viena era aún incierto.

CAPITULO XV
1683, 12 de septiembre

Al amanecer del 12 de septiembre, la cima del Kahlenberg estaba oculta por una de esas nieblas otoñales que prometen un día apacible, tal vez bochornoso, y que, aferradas a los flancos arbolados de la pendiente, se espesaban a medida que descendían hasta posarse pesadamente sobre las orillas y sobre el propio cauce del río que corría abajo. Desde aquella cumbre, muchos ojos habían vigilado durante la noche las acostumbradas señales de socorro encendidas que se elevaban sin cesar desde la torre de San Esteban, y ahora la calada aguja de ese edificio, blanco durante tanto tiempo del fuego ineficaz de los artilleros turcos, se distinguía vagamente emergiendo de un mar de niebla. Conforme avanzaba la hora y la bruma se disipaba, se descubrió un panorama que debió de llevar a quienes lo contemplaban desde Kahlenberg a apretar las cinchas de sus monturas o comprobar la carga de sus armas. Un ojo experto que recorriera las fortificaciones de la ciudad podía distinguir, del Burg a la puerta Escocesa, una interrupción en su continuidad, un intervalo informe de escombros y ruinas que parecía capaz de dejar entrar un batallón en orden cerrado. Frente a esta desolación se extendía un laberinto de líneas de distinto trazado del zigzag rectilíneo de un enfoque moderno, formado de curvas cortas que se solapaban unas sobre otras, a semejanza, según comparación de algunos escritores de la época, de las escamas de un pez. En ellas, las líneas turcas, el zapador seguía todavía acudiendo a su tarea, y las partidas de asalto permanecían formadas por orden del visir, prontas para reanudar el asalto

tantas veces repetido en vano. El campamento situado a la retaguardia había sido evacuado por los combatientes; las colas de caballo habían sido retiradas de ante las tiendas de los bajás, pero sus harenes seguían habitando la ciudad de lona; masas de cautivos cristianos aguardaban allí encadenados su destino; camellos, conductores y vivanderos seguían poblando las largas calles de tiendas en toda la confusión del miedo y la incertidumbre.

Más cerca de la base de la cadena montañosa de Kahlenberg y Leopoldsberg, las todavía imponentes huestes del ejército turco estaban formadas en orden de batalla, dispuestas a disputar la salida de las columnas cristianas desde los desfiladeros e impedir su despliegue en la llanura. Hacia el oeste, en el flanco opuesto de la cadena, podían verse las tropas cristianas trepando penosamente por la cuesta. Al desplegarse en la cresta del Leopoldsberg formaron un semicírculo en torno a la capilla del margrave, y cuando sonó la campana de maitines, el fragor de las armas y los ruidos de la marcha se silenciaron. En un espacio despejado alrededor de la capilla fue desplegado un estandarte con una cruz blanca sobre fondo rojo, como para desafiar a la bandera rojo sangre plantada frente a la tienda de Kara Mustafá. Un solo grito de aclamación y desafío brotó de los cruzados modernos al desplegarse este emblema de guerra santa, y todo volvió a silenciarse cuando las puertas del castillo se abrieron de par en par y una procesión de los príncipes del Imperio y demás jefes del ejército cristiano avanzó hacia la capilla. La encabezaba alguien cuya coronilla tonsurada y venerable barba delataban la profesión monástica. Los soldados se santiguaron a su paso y se arrodillaron para recibir la bendición que él les daba con las manos extendidas. Era el famoso capuchino Marco d'Aviano, amigo y confesor del emperador,

cuya reconocida piedad y ejemplar vida le habían granjeado la reputación general de inspiración profética. Había sido el compañero inseparable del ejército cristiano en sus horas de dificultad y peligro, y estaba ahora allí para asistir a la consumación de sus oraciones por su éxito. Entre los varones ilustres que componían su séquito, tres atraían principalmente la mirada de los curiosos. El primero en rango y condición era un hombre algo pasada ya la flor de la vida, de miembros robustos y estatura imponente, pero vivo y animado en el habla y el gesto, con la cabeza en parte rapada a la usanza de su país semioriental, y el cabello, los ojos y la barba de color oscuro. Su porte majestuoso proclamaba al rey soldado, azote y terror del musulmán, el vencedor de Choczim, Juan Sobieski. Se dice que su propio atuendo era sencillo, pero de sus cartas se desprende que en su séquito desplegaba un gusto eslavo por la magnificencia que contrastaba vivamente con los arreglos económicos de Lorena, e incluso de los dos electores. Los pintores y quienes buscan la exactitud tendrán acaso satisfacción en saber que en esta ocasión el color de su traje era azul celeste, y que montaba un caballo bayo. Un asistente portando un escudo con sus armas blasona das siempre lo precedía, y su puesto en la batalla era señalado por otro que llevaba un penacho en la punta de su lanza, señal más conspicua, aunque menos inseparable, que el famoso penacho blanco de Enrique IV. A su izquierda iba su joven hijo el príncipe Jacobo, armado con coraza y yelmo, y, además de una espada ordinaria, con un sable corto y de hoja ancha, arma nacional de tiempos pasados; a su derecha estaba el ilustre y heroico antecesor de la actual casa reinante de Austria, Carlos de Lorena. Tras ellos avanzaban muchos de los principales miembros de aquellas casas soberanas de Alemania cuyos nombres y titulos ya han sido especificados. Al lado de Luis de Baden ca-

minaba un joven de complexión delgada y estatura mediana, pero con aquella inteligencia en los ojos que en años posteriores habría de penetrar la niebla de muchos campos inciertos y torcer la fortuna de los imperios. Era el joven Eugenio de Saboya, que desenvainó su espada por primera vez en la querella en la que su hermano había perecido poco antes.

La misa solemne fue celebrada en la capilla por Aviano, asistiendo el rey al altar, mientras el lejano trueno de las baterías turcas formaba extraño acompañamiento al coro cristiano. Los príncipes recibieron luego el sacramento, y la ceremonia religiosa fue clausurada con una bendición general de las tropas por Aviano. El rey dio entonces un paso al frente y armó caballero a su hijo con las ceremonias habituales, proponiéndole como ejemplo para su conducta futura al gran comandante allí presente, el duque de Lorena. Después se dirigió a sus tropas en su propia lengua en los siguientes términos: «¡Guerreros y amigos! Allá en la llanura están nuestros enemigos, en número mayor que en Choczim, donde los pisoteamos. Hemos de combatirlos en suelo ajeno, pero luchamos por nuestra propia patria, y bajo los muros de Viena estamos defendiendo los de Varsovia y Cracovia. Hemos de salvar hoy no una sola ciudad, sino toda la Cristiandad, de la que esa ciudad de Viena es el baluarte. La guerra es santa. Hay una bendición sobre nuestras armas y una corona de gloria para quien caiga. No combatís por vuestro soberano terrenal, sino por el rey de reyes. Su poder os ha conducido sin oposición hasta lo alto de estas alturas de difícil acceso, poniendo así en vuestras manos la mitad de la victoria. Los infieles os ven ahora sobre sus cabezas; y con las esperanzas truncadas y el ánimo abatido, se arrastran por los valles destinados a ser sus sepulcros. No tengo más que una

orden que daros: seguidme. Ha llegado el momento de que los jóvenes ganen sus espuelas».

La música militar y los gritos de miles de hombres acogieron esta oportuna arenga, y al concluir, cinco cañonazos dieron la señal para el avance general. Un nutrido fuego de mosquetería procedente de la pequeña aldea de Kahlenberg, cerca de Nussdorf, anunció pronto que el ala izquierda, bajo el mando directo del duque de Lorena, había tomado contacto con el enemigo, y fue arreciando a medida que su ataque se desarrollaba hacia Heiligenstadt y Döbling. El centro, mandado por el elector de Baviera y el príncipe de Waldeck, avanzó sobre Währing y Weinhaus. El ala derecha, bajo el mando del rey de Polonia, salió de los bosques cerca de Dornbach. No cabe duda de que la disposición general de las fuerzas confederadas fue concebida en su totalidad por el rey. Su rango por sí solo lo habría hecho acreedor a una precedencia nominal que, incluso en el caso de un soberano ordinario, hubiera sido conveniente reconocer; pues, antes de su llegada al campamento, ya habían surgido disputas entre Sajonia y Baviera, y Viena podría haber sido tomada dos veces antes de que tales disputas entre soberanos alemanes pudieran haberse zanjado. Sin embargo, el respeto que merecían los talentos militares de Juan Sobieski, su vastísima experiencia en el modo de combatir de los turcos y el terror que se sabía que su presencia inspiraba en ese pueblo, fueron tales que obtuvieron una aquiescencia pronta y sincera a sus más leves sugerencias, mientras duró la dificultad y fue inminente el peligro. Su orden de batalla era en profundidad. Para evitar una extensión de frente tan grande que lo hubiera obligado a proyectar su flanco derecho más allá del pequeño río Wien en lugar de tener ese cauce a su derecha, adoptó una for-

mación en tres líneas, actuando la tercera como reserva. Las tropas recibieron instrucciones estrictas de mantener sus filas ante el avance del enemigo, detenerse para recibir su fuego y responder con el propio; luego avanzar ordenadamente y consolidar el terreno así ganado —la infantería desplegándose progresivamente a derecha e izquierda, y permitiendo a la caballería ocupar los intervalos y tomar parte plena en el avance ulterior, cargando cuando la ocasión se presentara.

La primera acción de Kara Mustafá fue digna de quien unía la crueldad a la ignorancia del salvaje: fue la matanza de los indefensos cautivos de toda edad y de ambos sexos con los que, en número que se dice era de 30.000, estaba abarrotado su campamento. La orden fue cumplida al pie de la letra; e incluso las mujeres de los harenes de los soldados, mujeres muy distintas en sus costumbres de las cortesanas del campamento cristiano, dicen que perecieron. El mando del ala derecha, que ocupaba un terreno fuerte y quebrado frente al duque de Lorena, fue confiado al bajá de Mesopotamia. El propio visir mandaba en el centro frente a Währing, y el ala izquierda frente a Hernals estaba al mando del anciano bajá de Pest. La caballería estaba desplegada en vanguardia hacia la base de Kahlenberg. Los caminos hondos entre Nussdorf y Heiligenstadt estaban sólidamente atrincherados y eran ferozmente defendidos. Era, como se ha señalado, la intención original del rey contentarse ese día con el descenso de la pendiente y el establecimiento del ejército en una posición favorable y en buen orden para una acción general al día siguiente, y así lo había acordado con Lorena; pero la fiereza del combate en el ala izquierda de los aliados fue atrayendo gradualmente sus fuerzas en su apoyo y precipitó una resolución más inmediata.

Descender las arboladas pendientes sin desorganizar el científico orden de batalla concebido y adoptado era una operación no menos laboriosa y difícil que la ascensión de los días precedentes, y había de realizarse en presencia de un enemigo que no era desdeñable ni en valor ni en número. El ala izquierda estuvo empeñada durante algunas horas antes de que los bávaros en el centro o los polacos en la derecha pudieran desplegarse. La defensa del terreno quebrado cerca de Nussdorf y Heiligenstadt por parte de los turcos fue obstinada, pero, al haber ocupado precipitadamente y demasiado tarde su posición actual al pie de las alturas, no habían traído su artillería, y su caballería desmontada, de la que principalmente se componían las tropas allí empeñadas, no estaba en condiciones de hacer frente a los imperiales, que fueron empujando al enemigo sin pausa de barranco en barranco y tomaron los dos pueblos. Es probable que Lorena, ateniéndose al plan de acción original, se hubiera contentado con este éxito por ese día, y no es seguro en qué momento de la acción se sugirió por primera vez al rey o a él mismo una determinación contraria y más audaz. Se dice que el duque consultó en un momento crítico al mariscal de campo sajón Geltz, quien, observando el avance de los bávaros y los polacos hacia el centro y la derecha, fue de opinión que el duque podría dormir esa noche en Viena, si así lo deseaba. Eugenio de Saboya fue empleado durante la acción para transmitir un mensaje de Lorena al rey. Bien podemos permitirnos conjeturar que fue portador de esta decisión, digna de semejante mensajero. Los testimonios difieren en cuanto a la hora a la que la acción se hizo general con el despliegue de los bávaros y los polacos. Algunos la sitúan tan tarde como las dos de la tarde. Se dice, sin embargo, que hacia las once los imperiales en la izquierda iban aminorando su avance para consolidar el terre-

no ganado y esperar la aparición de sus aliados, cuando las corazas doradas de la caballería polaca destellaron desde los desfiladeros del Wenersberg y el grito de «¡Viva Sobieski!» corrió a lo largo de las líneas.

El calor era sofocante, y el rey hizo alto y apeó a sus hombres para una comida rápida. Concluida esta, toda la línea avanzó y la batalla pronto rugió en todos los puntos de un anfiteatro admirablemente dispuesto por la naturaleza para tal empresa. Los turcos habían aprovechado la pausa para traer fuertes refuerzos, y el visir se lanzó sobre los polacos con muy superioridad numérica. En una fase temprana del encuentro, un cuerpo de húlanos polacos se comprometió con un avance temerario y quedó durante un tiempo rodeado. Fue sacado del apuro por la pronta y acertada intervención de Waldeck y sus bávaros, pero perdió muchos oficiales distinguidos, entre ellos un Potocki, el tesorero Modrjewski y el coronel Ahasuerus. Sobieski lanzó la segunda línea, y los turcos fueron arrojados ante su desesperado valor a través de barrancos y aldeas, y la posición fortificada de Hernals, de vuelta sobre el glacis de su campamento. La ciudad de tiendas con todos sus tesoros estaba casi al alcance de la mano; pero se dice que incluso con semejante espectáculo ante él, la prudencia de Sobieski estuvo a punto de inducirle a hacer una pausa hasta el día siguiente. El acceso al campamento estaba protegido por un barranco, el terreno del frente era ondulado y se hallaba reforzado con obras y ocupado por una fuerza considerable y una poderosa artillería. El rey estaba frente al centro de esta posición; su derecha cubierta por Jablanowski contra los ataques de la caballería tártara. Eran las cinco de la tarde; su infantería no había llegado todavía; la única artillería que había mantenido el paso de su

avance se reducía a dos o tres piezas ligeras que el veterano comandante de su artillería, Konski, había hecho subir a pulso y con palancas. Sobieski apuntó estas piezas hacia la tienda de campaña de seda carmesí desde la que el visir daba sus órdenes. Los carros de municiones estaban, sin embargo, muy a la zaga, y unas pocas cargas transportadas a mano se agotaron pronto. Un oficial francés, según se dice, introdujo el último cartucho con sus guantes, su peluca y un fajo de periódicos franceses.

En este momento de vacilación llegó la infantería. Fue conducida por el conde Maligni, cuñado del rey, contra una altura que dominaba el cuartel del visir. El ataque tuvo éxito, y el rey resolvió en el acto proseguir su fortuna. Al conducir sus tropas en línea recta hacia la tienda del visir, su terrible presencia fue reconocida por el infiel. «¡Por Alá, el rey está realmente entre nosotros!», exclamó el khan de Crimea, Selim Giray. La masa se retiró en confusión. Los que aguardaron el ataque cayeron ante aquellas lanzas de la caballería polaca de las que dijo un noble polaco a uno de sus reyes que si el cielo se desplomara las sostendrían en sus puntas. Los bajás de Alepo y de Silistria perecieron en el combate. El pánico se hizo universal y la derrota completa. El visir, arrastrado por la corriente, llorando y maldiciendo por turnos, no tenía tiempo para deliberar ni poder para mandar. Hacia las seis de la tarde su suntuosa tienda estaba en poder de Sobieski. Su caballo de batalla, con una gualdrapa demasiado pesada para la huida rápida, seguía siendo tenido por un esclavo a la entrada. Uno de los estribos dorados fue enviado al instante por el vencedor a la reina como testimonio de la derrota y la fuga de su reciente dueño. En la izquierda, entre tanto, el avance de Lorena, aunque menos rápido por las dificultades del terreno y la tenacidad de la

resistencia, había sido igualmente victorioso. El gran reducto turco, del que aún quedan vestigios, resistió los repetidos asaltos hasta cerca de las cinco de la tarde, cuando Luis de Baden, al frente de un regimiento de dragones sajones que desmontaron para el efecto, y dos regimientos austriacos de infantería, tomaron la obra. Los turcos cedieron ahora en todos los puntos y se derramaron en su campamento en el más completo desorden. El margrave Luis, al frente de un escuadrón de dragones, fue el primero en abrir comunicación con la ciudad desde la escarpa exterior de la puerta Escocesa. Stahremberg ordenó una salida inmediata contra los trabajos de aproximación del enemigo, desde los que habían mantenido durante todo el día un fuego tan intenso como en cualquier día anterior del asedio, aunque ningún asalto había sido intentado por el numeroso contingente de jenízaros dejados en ellos con ese propósito. Estos hombres, abandonados ahora sin órdenes a su suerte, intentaron volver los cañones de las baterías contra los imperiales. El intento, sin embargo, en la confusión general que sobrevino, fue vano, y el grueso de los jenízaros, incapaz o reacio a retirarse, fue pasado a cuchillo durante la noche. El campamento mientras tanto cayó en posesión indisputada de los polacos.

Una precaución anterior, o unos momentos de pausa en San Ulrico, permitieron al visir salvar el sagrado estandarte del Profeta. Uno de los muchos estandartes capturados fue enviado por Sobieski al Papa bajo la creencia de que era el famoso Paladio en cuestión, pero esto resultó ser un error. Es probable también que la mayor parte del tesoro, que se supone era muy cuantioso en la te-sorería del visir, hubiera sido retirado; y de las cartas del rey de Polonia se desprende que sumas considerables en moneda fue-

ron repartidas apresuradamente entre los asistentes del visir en el último momento y llevadas consigo. No se encontró en las tiendas ninguna cantidad importante de moneda o metales preciosos. Todos los demás artículos del largo catálogo de tesoros y lujos que el visir había acumulado en torno a su persona cayeron en manos de los polacos. Los turcos continuaron su huida sin interrupción en dirección a Raab, donde la fuerza todavía empleada en el bloqueo de esa fortaleza les proporcionó un punto de reagrupamiento. Era, sin embargo, imposible para los jefes cristianos cerciorarse a hora tan tardía de la plena magnitud del desastre del enemigo, ni siquiera considerarse seguros ante un ataque nocturno. Se hicieron por tanto grandes esfuerzos tanto por el rey como por el duque para mantener bien sus tropas en mano durante la noche. El rey, cuyo avance lo había llevado al mismísimo centro del campamento, se vio obligado a recurrir a amenazas de castigo sumario y capital para impedir que todo su ejército se dispersara de inmediato a recoger la rica cosecha de las tiendas turcas. Estas amenazas fueron, como puede imaginarse, sólo parcialmente eficaces. Las tiendas guardadas por el frente eran abiertas por detrás, y la disciplina cedió, como de costumbre, ante el atractivo del botín. Los alemanes no tuvieron tan inmediatas oportunidades de saqueo. Sólo dos regimientos de dragones austriacos fueron enviados en persecución hasta el río Fischa. Las bajas de esta gran batalla no fueron grandes en proporción al número de combatientes y a los resultados obtenidos. Las pérdidas de los turcos han sido calculadas en 25.000 hombres. Entre ellos estaba aquel contingente de jenízaros que, olvidados y dejados sin órdenes en las trincheras, fueron pasados a cuchillo durante la noche. El rey describe a los turcos defendiéndose desesperadamente incluso en plena fuga. Desde este punto de vista,

dice, realizaron la más bella retirada del mundo. Las pérdidas de los cristianos se han cifrado en 1.000 muertos y 3.000 heridos, lo que es probablemente muy inferior a la verdad, pues los polacos solos perdieron 100 oficiales, entre ellos algunos de sus primeros nobles. En el centro las pérdidas de los bávaros fueron probablemente escasas, pero en la izquierda la lucha fue larga y encarnizada. Un príncipe de Croy cayó aquí en la fase inicial de la acción. En el campamento del visir fue hallado el enviado polaco Proski, quien, desde el momento en que su soberano se unió a Austria, había sido mantenido encadenado bajo constante amenaza del sable o el garrote, y debió ahora su vida y liberación a la confusión del momento. Kunitz, también, un agente del séquito de Caprara que había sido retenido en el campamento turco y había encontrado medios para enviar noticias ocasionales a Stahremberg, escapó durante la acción disfrazado de turco.

Un escritor polaco, Rubinkoski, ofrece una lista somera de la artillería y sus pertrechos abandonados en las líneas: 60 cañones de 48 libras, 60 de 24 libras, 150 de diversos calibres menores, 40 morteros, 9.000 carros de municiones, 100.000 bueyes, 25.000 tiendas, 1.000.000 de libras de pólvora. A esto pueden añadirse 10.000 camellos, 5.000 bueyes, mulas, ovejas, etc., e inmensas reservas de otros víveres. Entre aquellos resultados accidentales de los acontecimientos que el economista político y el filósofo gustan de señalar, está el hecho de que el uso popular del café en Ale-mania data de este período y se debe al botín del campamento turco. El valiente y fiel mensajero de Stahremberg, Kolschitzki, fue recompensado con permiso para establecer la primera cafetería de Viena. El jefe del gremio de los cafeteros está obligado aún hoy a tener en su casa un retrato de este patriarca

de su profesión. Otro inventario de los pertrechos del asedio efectivamente ingresados en el arsenal de Viena arroja una cantidad considerable, así como variedad de artículos, pero sólo puede dar una noción imperfecta de la vasta provisión acumulada, ya que las autoridades militares no pudieron sino espigar tras los saqueadores de los tres primeros días. El rey escribe a su esposa que la cantidad de munición salvada era a lo sumo la tercera parte del total, y dice que las continuas explosiones en el campamento eran como el juicio final. Sus cartas ofrecen algunos detalles muy amenos sobre la porción del botín de la tienda del visir que logró rescatar para su propia parte de las garras de sus oficiales. Ilustran también el carácter del hombre cuya intimidad quedó así brutalmente expuesta a la investigación, y muestran que Kara Mustafá había añadido todo género de refinamientos a la sensualidad más elemental del Oriente. Las telas, las alfombras y las pieles son accesorios naturales del rango y la riqueza orientales, y las armas enjoyadas y los carcajes tachonados de rubíes y perlas eran igualmente acordes con sus funciones de comandante de los ejércitos de los fieles. Baños, fuentes, un conejal y una colección de animales exóticos fueron hallados dentro del campamento. Un loro alzó el vuelo y burló la persecución de los soldados. Un avestruz había sido degollado por la propia mano del visir, como si hubiera sido una mujer del harén, para evitar que cayera en manos cristianas. Esta rareza había sido tomada de la Colección Imperial de Animales de la Favorita, donde el rey menciona haber encontrado una leona famélica y un pequeño contingente de jenízaros que habían sido dejados en aquel puesto y aún resistían algunos días después de la acción. Los jenízaros se rindieron al llamamiento personal del rey. Sus vidas fueron perdonadas y la leona alimentada por orden del bondadoso vencedor.

«El visir», escribe el rey, «es un hombre galante y nos ha hecho bellos regalos: todo lo que estaba particularmente en contacto con su persona es de la descripción más refinada. El Padre Luis tendrá razón para regocijarse, pues tengo en mi poder el botiquín del visir. Entre su contenido hay aceites, gomas y bálsamos que Pecovini no se cansa de admirar. Entre otras cosas hemos encontrado unos raros peces de mar. Pregúntale al padre Louis sobre ellos, querida; deben ser un tesoro para reconfortar el alma». Entre los tesoros del visir se encontraron diamantes en gran profusión; muchos, engarzados en cinturones y de otras formas, cayeron en manos del rey, y muchos más se los llevaron los oficiales y soldados. El rey observa que no eran empleados como ornamento por los turcos de su época, y conjetura que estaban destinados a adornar a las damas de Viena una vez transferidas a los harenes del visir y sus bajás. Entre otros trofeos de interés, los historiadores católicos han destacado una cruz de roble de seis codos de altura, notable por el hecho de que en el campamento del infiel había sido erigida para la celebración diaria de la misa por uno de sus aliados cristianos, Servanus Cantacuceno, príncipe de Valaquia. Se edificó para ella una capilla en el llamado Gatterholz, cerca de Schönbrunn, en el lugar donde había desafiado las burlas del musulmán. Fue robada de allí en 1785.

En la medida en que lo permite el transcurso de un considerable número de años, esta gran acción parece haber sido planeada con sobresaliente juicio y conducida con ese firme valor y perseverancia por parte tanto de los oficiales como de los hombres, para dar alcance y efecto a los cuales fueron inventadas todas las reglas de la guerra, y sin los cuales estas reglas son inútiles. La historia ofrece pocos ejemplos en los que una operación de gran

envergadura haya sido conducida con tan cordial acuerdo entre cuerpos de distintas naciones mandados en varios casos por sus respectivos soberanos, y en los que las rivalidades de precedencia y los celos profesionales parezcan haber sido tan completamente dejados de lado durante la acción. El único caso de aparente deficiencia a este respecto es la negativa del príncipe de Waldeck a apoyar un ataque ordenado por el duque de Lorena; pero incluso en este caso hay toda razón para suponer que consideraba que ello implicaba una desviación de las terminantes instrucciones del jefe en mando, el rey, quien le había ordenado mantener sus tropas en mano para el apoyo del ala derecha. Cuando la derrota de la caballería polaca había comprometido la seguridad de ese ala, y con ella la suerte de la batalla, encontramos a las tropas alemanas, probablemente los bávaros, prontas y eficaces en acudir al rescate; y en la izquierda, sajones mezclados con austriacos combatieron juntos como si estuvieran bajo una misma bandera. El robusto elector estaba en lo más reñido de la refriega. Se dice que estaba tan salpicado de sangre turca que apenas podía reconocérsele. A excepción del primer ataque algo temerario de los polacos, no hay señal de ninguna indulgencia hacia ese entusiasmo desenfrenado que la ocasión podría haber disculpado. El orden y la firmeza parecen haber impregnado toda el área de las operaciones cristianas. Los ataques fueron debidamente apoyados en todas partes, los reveses subsanados y los obstáculos del terreno superados sucesivamente, de una manera que reveló una grave conciencia de la magnitud de lo que estaba en juego.

CAPITULO XVI
1683, 13 de septiembre

Al amanecer del 13, los vieneses salieron en tropel a saborear las primeras mieles de su liberación de un encierro de dos meses. La única puerta aún abierta, la del Stuben, quedó pronto atascada por la multitud, y la mayor parte trepó por los escombros de las brechas, ansiosa de satisfacer en el campamento turco su curiosidad, su codicia, o ambas cosas a la vez. En lo tocante a los artículos de valor más fácilmente transportables, el polaco les había tomado la delantera; pero en materia de víveres quedaba todavía mucho que espigar para hombres hambrientos. Los precios cayeron rápidamente, y la abundancia sucedió al hambre.

Entre quienes se encaminaron al campamento con propósitos distintos del saqueo o la curiosidad estaba el buen obispo Kollonitsch. Su inagotable benevolencia encontró allí ocupación recogiendo y salvando a unos 500 infantes cuyas madres, muchas de ellas, según se supone, mujeres turcas, habían perecido a manos de sus despiadados amos. El rey menciona el caso de un hermoso niño al que vio tendido con el cráneo partido; pero en general incluso la inhumanidad turca se había resistido a la tarea del infanticidio. A estos, junto con muchas madres medio asesinadas y algunos supervivientes cristianos adultos de la matanza, el obispo los trasladó a la ciudad en carruajes a su propia costa, y tomó disposiciones para la manutención y educación futuras de los infantes así rescatados. Los Papas pueden ahorrarse la molestia de las formalidades, las ceremonias y los manejos necesarios para

añadir nombres como el de Kollonitsch a la lista de santos del calendario romano: la relación de estas acciones deja sin argumentos al abogado del diablo, y el simple relato, aunque trazado por una pluma protestante, es su mejor canonización. Otro digno miembro de la Iglesia, el padre Aviano, había prestado recientemente un servicio por el que el duque de Lorena y el ejército tenían sin duda razones para agradecérselo. Como confesor del emperador, había empleado su influencia para impedir que este embarazara al ejército con su presencia en Krems, y distrajera a hombres y oficiales de su deber con las etiquetas y ceremonias que aquella presencia habría impuesto y con las intrigas que habría fomentado. Con la noticia, sin embargo, de la victoria, el emperador había descendido por el río hasta Dürnstein, y allí el duque de Lorena despachó al conde Auersperg con los pormenores de lo ocurrido.

A las diez de la mañana del 13, el comandante Stahremberg salió de los muros que tan valerosamente había defendido para visitar el campamento e intercambiar felicitaciones con los jefes del ejército liberador. En esa misma mañana, también el duque de Lorena y el elector de Sajonia se encontraron con el rey de Polonia por primera vez desde la misa del Kahlenberg. El encuentro entre todos estos ilustres personajes tuvo, en un primer momento, todas las apariencias de la cordialidad. Recorrieron juntos el campamento y los trabajos de aproximación entre las aclamaciones de las tropas; pero cuando entraron en la ciudad, el rey tuvo la sagacidad de percibir pronto que, aunque la gratitud del pueblo era tan cálida como lo permitía la naturaleza cordial y afable de los vieneses, su plena expresión estaba coartada por la autoridad. En dos iglesias que visitó, la gente se agolpaba para besarle la

mano; pero cuando algunas voces lanzaron el Viva que evidentemente había sido prohibido por la policía, reconoció al instante en el semblante ensombrecido de las autoridades austriacas la envidia e ingratitud que resultaron ser después la única recompensa de sus inmensos servicios. En un ángulo de la muralla entre las puertas del Burg y Escocesa, el rey, rendido por el calor del día, descansó un rato; una piedra con su nombre inscrito señaló el lugar hasta el año 1809, cuando los ingenieros franceses volaron el baluarte. En una de las iglesias antes mencionadas, la de los Agustinos, se cantó un solemne Te Deum. El abate Coyer observa que el magistrado estuvo ausente de esta ceremonia, lo que acaso explique un pasaje de una carta del rey en el que dice: «Noto que Stahremberg no está en buenas relaciones con los magistrados de la ciudad». El sermón fue predicado sobre el famoso texto «Hubo un hombre enviado por Dios, y su nombre era Juan», feliz apropiación del pasaje de las Escrituras citado por el Papa Pío V con ocasión de la victoria de Lepanto. Concluido el oficio, 300 cañonazos desde las murallas difundieron ampliamente la noticia del socorro de la ciudad —anuncio no superfluo, pues en Wiener Neustadt y otros lugares los aterrorizados habitantes habían sacado una conclusión contraria del repentino cese del fuego y creían perdida la ciudad. El rey, tras comer con el comandante, sólo demoró su partida para mantener una larga conversación con un hombre de gran cultura, el intérprete de la corte Meninski, cuya conversación tenía probablemente más encanto para él que la de las aburridas notabilidades que lo rodeaban. Era él mismo buen lingüista y versado en la lengua turca. Hecho esto, se apresuró a abandonar la escena de las frías cortesías para regresar al campamento. Fue escoltado hasta las puertas por el pueblo. Cabe mencionar que durante la comida se dio la alarma

de que los turcos se habían reagrupado y avanzaban. El rey pidió a sus oficiales presentes que abandonaran el festín y montaran a caballo, y sin duda se disponía a seguirlos cuando estos regresaron con la seguridad de que el rumor era falso. Esta circunstancia es mencionada en un diario muy sencillo y detallado del asedio por el Doctor en Leyes Nicholas Hocke, una de las más curiosas de las muchas publicaciones contemporáneas.

Los electores de Sajonia y Baviera parecen haber estado exentos de cualquier parte del sentimiento de envidia manifestado por Austria. Ambos, en el primer arranque de entusiasmo, se ofrecieron a acompañar al rey hasta el fin del mundo. El primero pronto vio menguar su apetito por una campaña en Hungría, y poco después se retiró con su ejército a sus dominios electorales. El más joven, el bávaro, tuvo a bien pasar un aprendizaje más prolongado bajo tan gran maestro en el arte de la guerra. El duque de Lorena tenía escaso margen para el ejercicio de su propia discreción; sabía demasiado bien en qué condiciones se ejercía el mando del ejército de Austria para hacer otra cosa que reflejar el lívido color del espíritu con que el soberano hereditario de la Casa de Habsburgo contemplaba al rey electivo de Polonia. Las cartas del rey están llenas de quejas por el trato indigno que diariamente recibía del duque y sus subordinados; pero podemos caritativamente atribuir semejante conducta mezquina por parte de tan gran comandante a influencia venida de arriba. En una carta temprana el rey lo describe de oídas como alguien que habla poco y tímidamente, por el constante temor de transgredir las instrucciones de la corte. Algún sentimiento celoso fue sin duda suscitado, y podría disculparse, por el hecho de que los avatares de la

batalla habían concedido al soberano polaco y a su ejército posesión previa y exclusiva del botín.

El rey, nada más regresar a su cuartel, ordenó trasladarlo hacia adelante. Algunos de sus jinetes estaban ya, en efecto, en la pista del enemigo, matando y haciendo prisioneros en gran número. Había razones de peso, tanto políticas como militares, para alejarse cuanto antes de la inmediata vecindad de Viena. El calor de la estación otoñal había convertido el campamento y sus alrededores en un vasto osario, plagado de moscas y alimañas. Esta circunstancia había inducido al duque de Lorena a trasladar su cuartel de Ebersdorf a Mansdorf, y por sí sola habría llevado al rey a seguir tal ejemplo. Sin embargo, era también consciente de que su presencia en Viena era un obstáculo para la esperada entrada del emperador, quien rehuía cualquier reconocimiento público de los servicios que habían salvado su corona del peligro y su capital de la destrucción, al precio de la más leve infracción de la etiqueta o la concesión momentánea de un punto del que era singularmente celoso. La práctica, en lo tocante a la recepción de cabezas coronadas en general, no ofrecía dificultad. No era derogatorio para la dignidad Imperial, en la fraseología francesa, darles la derecha; pero la pretensión de un monarca electivo a esta distinción había sido siempre disputada por Austria. «Estoy muy cómodo», escribe el rey, «evitando todas las ceremonias». Se trasladó en primer lugar a los alrededores de Schwechat. El día 17 escribe desde Schönau, a unas quince millas de Viena, en el camino a Presburgo, describiendo la entrevista que, tras superar las dificultades, tuvo lugar con el emperador. Este, habiendo comprobado la partida del rey, desembarcó en Nussdorf el 19, donde fue recibido por los príncipes y demás comandantes de las tropas alema-

nas. Tras inspeccionar el campamento y las defensas, asistió a un solemne acto de acción de gracias en la catedral, presidido por el obispo Kollonitsch, y pasó revista y dio las gracias a la guardia burguesa y a las compañías libres, etc., que formaban en las calles. El 15 pasó revista a las fuerzas bávaras cerca de San Marx, y después reunió valor y llevó a cabo la temida entrevista con el rey en Schwechat. El que llegara a celebrarse en absoluto se debió, sin embargo, a la actitud directa del rey, quien, al verse entretenido con excusas de la manufactura más torpe, preguntó al cortesano Schafgotsch llanamente si la cuestión ceremonial de la mano derecha era o no la causa del retraso. Por una vez le arrancó una respuesta llana —sí— y propuso gravemente un expediente para obviar la dificultad, a saber, que los dos soberanos se encontraran frente a frente a caballo y permanecieran en esa posición, uno a la cabeza de su ejército y el otro a la de su séquito; uno acompañado por su hijo, y el otro, como cabeza del Imperio, por los electores. Este feliz expediente fue aceptado, y la entrevista tuvo lugar.

El propio relato del rey de esta singular entrevista es sin duda más digno de confianza que las numerosas relaciones austriacas que ensalzan la condescendencia y cordialidad del emperador. «De los electores, el emperador solo iba acompañado por el bávaro. Sajonia lo había abandonado ya. En su séquito había unos cincuenta jinetes, empleados y ministros de su corte. Iba precedido por trompetas y seguido por guardias de corps y diez asistentes a pie. No voy a haceros un retrato del emperador, pues es bien conocido. Montaba un caballo bayo español. Llevaba una malla bordada, un sombrero francés con una joya y plumas rojas y blancas; un cinturón guarnecido de zafiros y diamantes; una

espada del mismo estilo. Le hice mis cumplidos en latín y en pocas palabras. Respondió con frases preparadas en la misma lengua. Hallándonos así frente a frente, le presenté a mi hijo, que avanzó y lo saludó. El emperador ni siquiera llevó la mano al sombrero. Me quedé como aterrado. Usó el mismo comportamiento con los senadores, e incluso con su pariente el príncipe palatino de Belz. Para evitar el escándalo y los comentarios públicos, dirigí unas palabras más al emperador, tras lo cual volví mi caballo; nos saludamos, y retomé el camino hacia mi campamento. El palatino de Rusia mostró mi ejército al emperador, a petición de este; pero nuestra gente se ha sentido muy agraviada y se queja en voz alta de que el emperador no se haya dignado darles las gracias, ni siquiera con el sombrero, por todas sus fatigas y privaciones. Desde esta separación, todo ha cambiado de repente; es como si ya no nos conocieran. No nos proporcionan ni forraje ni víveres. El Papa había enviado dinero para ello al abate Buonvisi, pero este está detenido en Linz». El rey no menciona las palabras de su réplica a la arenga del emperador: «Me alegra, Señor, haberle prestado este pequeño servicio». Se dice que el emperador envió dos días después, junto con un regalo de una espada para el príncipe Jacobo, una torpe disculpa por el silencio y la frialdad de su actitud.

Ciertamente no podemos juzgar pasajes como estos con arreglo a los criterios de nuestros modos de pensar y actuar europeos actuales. Puede haber circunstancias en las que estas aparentes pompas de jabón se conviertan en realidades ponderables. Al tratar, por ejemplo, con el emperador de China, el más leve abandono de un punto de etiqueta podría tener las consecuencias más graves, y la concesión de un diplomático quizás sólo pudiera ser restitu-

ida por los cañones de un almirante. En el peor de los casos podríamos sonreír ante la pedante tenacidad de las cortes de Viena o Versalles del siglo XVII en materia de ceremonial y precedencia; pero ninguna consideración de este tipo puede templar la indignación que suscita la lectura de las cartas de Sobieski ante la ingratitud práctica y sustancial, y el abandono, que experimentó a manos de Austria desde el momento en que sus servicios dejaron de ser indispensables. Que surgieran algunas disputas y rivalidades de la yuxtaposición de los elementos eslavo y teutónico era quizás inevitable. Ser estafado, hambreado y abandonado suele ser la suerte de los ejércitos que sirven en el territorio de un aliado al que no pueden coaccionar ni saquear abiertamente; pero el soberano polaco hubo de soportar aún más. A sus enfermos se les negaron embarcaciones para trasladarlos por el río desde la atmósfera pestilencial del campamento; a sus muertos, incluso a los oficiales, se les negó sepultura en los cementerios públicos. El soldado hambriento que se acercaba a la ciudad en busca de víveres era amenazado con ser fusilado. El equipaje, incluido el del rey, fue saqueado; los caballos de los rezagados en camino de reincorporarse al ejército fueron quitados por la fuerza; los hombres de guardia sobre los cañones que habían capturado fueron robados de sus efectos; y toda queja fue recibida con fría indiferencia y toda requisición despachada casi sin respuesta. Las tiendas reales, que antes de la batalla, aunque, como observa el rey, espaciosas, no podían contener el tropel de ilustres visitantes, estaban ahora desiertas, y el comportamiento del propio duque de Lorena y de toda otra autoridad austriaca mostraba que este trato era deliberado y sistemático. Acaso fuera algún consuelo para Sobieski, y casi lo es ahora para quienes lo admiran, comprobar que el gobierno austriaco era imparcial en su ingratitud, y ejercía sobre

otros, además de sobre los polacos, su singular talento para disgustar y ofender a quienes le habían prestado servicio.

El elector de Sajonia, como hemos visto, no perdió tiempo en retirar su persona y sus tropas. El padre Aviano partió hacia Italia, disgustado por las intrigas de la corte y el libertinaje del campamento. El duque de Sajonia-Lauenburg se retiró, ofendido por el único caso en que el emperador parece haber dado una prueba digna de conciencia de sus obligaciones. El héroe de la defensa, el conde Stahremberg, fue justamente recompensado con 100.000 coronas, el Toisón de Oro y el grado de mariscal de campo. El duque de Sajonia-Lauenburg, que había ejercido alto mando en la acción reciente, se consideró agraviado por esta promoción por encima de su cabeza de un oficial inferior a él en antigüedad de servicio, y también inferior a Caprara y a Leslie. Por último, el propio duque de Lorena tenía tan pocas razones como cualquiera para estar satisfecho. El rey escribe de él más tarde, con más piedad que enojo: «el pobre diablo no tiene ni parte del botín de guerra ni ninguna gratificación del emperador». En realidad no hemos encontrado más que el caso de Stahremberg en que se concediera ninguna señal notable de favor o munificencia a ninguno de los que se habían distinguido en las recientes operaciones. Medallas de oro y nombramientos para la dignidad de consejero de estado fueron concedidos, eso sí, a muchos funcionarios de la ciudad. El joven voluntario, Eugenio, fue vinculado al servicio por el que había abandonado el de Francia con su nombramiento para el Coronelato de un regimiento de dragones que aún lleva su nombre; pero este ascenso sólo tuvo lugar en diciembre, y era más bien un honorario de retención para un joven de alta alcurnia y porvenir que una recompensa por un servicio

positivo. Kollonitsch recibió un capelo cardenalicio del Papa; y Daun, Sereni y otros oficiales distinguidos obtuvieron de la liberalidad de la ciudad recompensas en plata y dinero, más acordes con el estado exhausto del erario municipal que con el valor de sus servicios; las sumas oscilaban entre 400 táleros y 100 florines.

El estado de cosas descrito más arriba ofrece motivo de cierta sorpresa por el hecho de que el rey perseverara en su cooperación con las tropas imperiales. Era tan libre de partir como el elector de Sajonia. El abate Coyer supone que abrigaba todavía la esperanza de procurar una esposa para su hijo en la persona de una archiduquesa austriaca, y, como consecuencia de tal enlace, el establecimiento de sus descendientes en un trono hereditario en Polonia. El trato, sin embargo, que experimentó a manos de Austria debía haberle dejado pocas esperanzas en tales expectativas, y sus cartas a la reina apuntan a un motivo más elevado para su perseverancia: el sentido de la obligación del juramento por el que se había comprometido a asistir al emperador. Esto, unido a su apetito de éxito militar, basta para explicar su aguante. El emperador, por su parte, si hemos de creer al abate, habría oído con agrado la noticia de su partida hacia Varsovia, al haber sido informado de ciertas intrigas húngaras encaminadas a crear un rival a Tekeli en la persona del joven príncipe Jacobo y colocarlo en el trono de Hungría. No hay prueba alguna de que Sobieski estuviera movido por otra ambición que la de servir a la causa común de la Cristiandad y añadir laureles militares a los que, en su caso, casi ocultaban la corona. Una satisfacción se permitió Sobieski: la de escribir una carta autógrafa al rey de Francia, a quien, como bien sabía el autor, las noticias que contenía habrían de serle co-

mo hiel y ajenjo. El rey también cedió al elector de Baviera algunos artículos escogidos del botín turco, con la esperanza de que, a través de él, pudieran llegar a manos de la delfina de Francia y a las Tullerías. La siguiente pasquinada de la época es lo bastante ingeniosa y mordaz como para merecer ser incluida aquí:

Tria Miranda!
Omnes Christiani arma sumunt contra Turcam,
Præter Christianissimum.
Omnes filii Ecclesiæ bellum contra Turcam parant,
Præter Primogenitum.
Omnia animalia laudant Deum ob partam de Turcis victoriam,
Præter Gallum.[1]

Los esfuerzos que Luis XIV había realizado para apartar, a cualquier precio para la Cristiandad, al rey de Polonia de la alianza austriaca, y la satisfacción con que había contemplado la crítica situación de la capital austriaca, no eran ningún secreto. Es cierto que, para guardar las apariencias, había levantado el asedio de Luxemburgo y se había abstenido de una invasión de los Países

[1] *¡Tres maravillas!*
Todos los cristianos toman las armas contra el turco,
excepto el Cristianísimo.
Todos los hijos de la Iglesia preparan la guerra contra el turco,
excepto el Primogénito.
Todos los animales alaban a Dios por la victoria alcanzada sobre los turcos,
excepto el Gallo.
Nota: «Cristianísimo» y «Primogénito» títulos del rey de Francia, y el «Gallo» su símbolo nacional. Sátira de la monarquía francesa por no participar en la campaña contra los otomanos, a diferencia del resto de la cristiandad.

Bajos españoles con el pretexto de dejar libre al rey de España para asistir a sus parientes austriacos. Estos artificios, sin embargo, no engañaban a nadie, y se tenía generalmente por intención suya, después de consumada la humillación de Austria, presentarse a la cabeza de la gran fuerza que estaba reuniendo en el Rin como salvador de la Cristiandad.

Un soberano más profundamente interesado en el desenlace que Luis, el Sultán, estaba quizás mejor preparado que él para recibir las desagradables noticias del socorro de Viena. El informe del emisario de confianza que había despachado al campamento había sido tan desfavorable que disipó de golpe la expectativa de éxito que hasta entonces nadie había osado presentar como dudosa. En Constantinopla se habían hecho ya todos los preparativos para una iluminación general, y se habían preparado efigies del Papa y de los principales soberanos cristianos como material para una hoguera. Dicho informe sumió al Sultán en tal grado de furor que sólo la influencia del muftí pudo impedirle ordenar una matanza general de todos los cristianos de sus dominios. Tuvo, sin embargo, el efecto adicional de prepararlo para la noticia del fracaso, y antes de que esta llegara a Constantinopla, su ira había cedido a una profunda melancolía. Ninguna orden repentina de destitución o muerte de Kara Mustafá traicionó su indignación, y el visir continuó durante un tiempo ejerciendo y abusando de los poderes con que había sido investido.

CAPITULO XVII
1683, de final de septiembre a final de diciembre

La estancia del emperador en su rescatada capital fue breve. La abandonó rumbo a Linz el día 16, dejando a las autoridades locales la pesada tarea de reparar, reconstruir y sanear. Los prisioneros cristianos habían sido obligados a trabajar en las trincheras turcas, y del mismo modo los prisioneros turcos fueron ahora obligados a reparar los daños que habían contribuido a causar. Los acontecimientos del asedio habían puesto de manifiesto el peligro ocasionado por la proximidad de los edificios suburbanos en poder del enemigo, y se emitió ahora una orden que prohibía el establecimiento de edificios o jardines a menos de 600 pasos de la muralla de la ciudad, disposición a la que debe su origen el actual glacis. En este, el núcleo metropolitano de la riqueza y el poder, la obra de restauración avanzó con rapidez y regularidad; los asuntos de los hombres recobraron pronto su orden habitual y las cosas materiales recuperaron su aspecto anterior. Muy distinto era el panorama en el campo, donde, a través de comarcas enteras, faltaban manos humanas para construir sobre los solares de las aldeas arrasadas, para replantar las viñas y los huertos, y para devolver al cultivo los campos que el tártaro había convertido en un páramo. En muchos casos el gobierno se vio obligado a colonizar antes de poder cultivar, y se necesitaron años de paz y seguridad para reparar los estragos de unas pocas horas de ocupación turca.

El fracaso de un plan de invasión tan vasto produjo en el ánimo de los vieneses una razonable sensación de seguridad frente a

cualquier nueva aparición de las colas de caballo ante sus murallas. Podría pasar mucho tiempo, ciertamente, antes de que el poder agresivo de la Sublime Puerta quedara contenido dentro de los límites de una frontera bien definida y reducido a la quietud por la experiencia de su incapacidad para medirse con la Europa cristiana. El turco seguía en posesión de fortalezas como Neuhäusel, a pocas horas de marcha de la capital, pero un nuevo sitio de Viena era un acontecimiento que no entraba en los cálculos razonables. Se resolvió, por tanto, eliminar de la vista del público un testimonio conspicuo y no muy honroso de la anterior vulnerabilidad de la ciudad al ultraje que había experimentado en dos ocasiones: a saber, la media luna que, desde el asedio de 1529, coronaba la aguja del templo cristiano de San Esteban. Generalmente se sostenía que había sido colocada allí en virtud de un acuerdo con Solimán, según el cual, al igual que la bandera negra que en la guerra moderna suele proteger un hospital, debía eximir al edificio que cobijaba del fuego de un ataque. Algunos escritores, celosos del honor de su patria, han puesto en duda esta versión. Sea como fuere, el talismán había perdido su virtud, pues Kara Mustafá había elegido la catedral como uno de los principales objetivos de sus baterías, pero sólo habían conseguido perturbar la celebración de sus oficios, y la relación de muertos y heridos entre sus fieles registraba únicamente el caso de una anciana a la que una granada había arrancado una pierna. A sugerencia, según algunos autores, de Sobieski, pero más probablemente de Kollonitsch, la media luna fue retirada al arsenal, donde se conserva todavía, y sustituida en primer lugar por una cruz de hierro que, una vez fijada, fue poco después arrancada por una tormenta. En 1587 fue colocado en el pináculo un águila bicéfala giratoria de latón, que lo adorna todavía.

CAPITULO XVIII

Aunque el interés principal del drama concluye con la liberación de la ciudad, queda por referir el destino de uno de sus protagonistas, Kara Mustafá; y en los restantes eventos de la campaña se hallará materia que no carece ni de importancia histórica ni de enseñanzas para el militar.

La situación del ejército polaco y el panorama general de los asuntos algunos días después de la batalla difícilmente podrían quedar mejor retratados que en el siguiente extracto de la carta de Sobieski a la reina del 17 de septiembre. Tras ofrecer una larga lista de los agravios y sufrimientos de su gente, cuya condición a orillas del Danubio compara con la de los israelitas junto a las aguas de Babilonia, prosigue: «Extraerás de esta carta un artículo de gaceta, con el entendimiento, sin embargo, de que todos mis motivos de queja han de quedar fuera de la vista. No debemos olvidar el viejo adagio de Kochanouski: 'el hombre que no sabe disi-mular su disgusto da que reír a su enemigo.' Di solamente que los comisarios del emperador han engañado a nuestro ejército en lo tocante a las provisiones y al forraje que nos prometieron y para los que el Papa ha destinado sumas considerables; que el puente no está terminado; que el ejército padece mucho; que las tropas imperiales siguen bajo los muros de Viena; que los sajones se han retirado; que el rey está en vanguardia; que su caballería ligera presiona al enemigo; que si no fuera por la horrible devastación del país no habría escapado un solo turco; que el rey envía constantemente al emperador instándole a penetrar en

el territorio enemigo y a sitiar al menos dos fortalezas; que Tekeli me ha enviado emisarios sometiéndolo todo a mi decisión; y así sucesivamente».

De las fortalezas húngaras que en ese momento estaban en poder de los turcos, Neuhäusel y Gran eran las dos que los comandantes imperiales más deseaban reducir. Neuhäusel debía su importancia a su proximidad a Presburgo y Viena, y a su situación frente a esa vasta isla del Schütt en el Danubio cuya fortaleza de Komorn proporcionaba afortunadamente a los imperiales el dominio. Gran, citada a menudo por los autores con su nombre latino Strigonium, estaba situada más abajo por el río, en la orilla derecha del Danubio. Su puente, protegido en la orilla septentrional por la fortaleza de Barkan, daba a los turcos la capacidad de operar a ambos lados del río; y un numeroso contingente de caballería turca se había arrojado en la cabeza de puente al mando de Kara Mehmet, un joven bajá digno, por su valor, de la responsabilidad de un puesto de tan gran importancia militar. Parece que en un primer momento surgió alguna diferencia de opinión entre el rey y los generales imperiales, inclinándose el primero a posponer las operaciones contra Neuhäusel y avanzar de inmediato sobre Gran, con vistas a operaciones ulteriores contra la ciudad de Pest, aún más importante, adonde el visir había trasladado su cuartel general. El rey, sin embargo, se avino a los puntos de vista de los imperiales, influidos por la proximidad de Neuhäusel a la capital; pero la decisión de ambos fue superada por los acontecimientos. En cualquier caso era necesario tender un puente sobre el río en los alrededores de Komorn, y el rey se queja en sus cartas del retraso en esta operación. Estaba ansioso por cruzar el río, tanto para continuar el enfrentamiento con el enemigo como por el

estado exhausto del país en la orilla izquierda. El paso del río se efectuó el 4 o el 5 de octubre. Las tropas, durante su ocupación de la rica isla del Schütt, habían sido mejor abastecidas de forraje y provisiones, pero habían sufrido terriblemente a causa de las diversas formas de enfermedad contagiosa y mortal por las que es notorio el clima otoñal de Hungría. Sobieski observa que los alemanes, por lo general más delicados que los polacos, padecían menos la fiebre reinante que diezmaba a oficiales y hombres de su propio ejército. Describe a su gente como descontenta con los ricos vinos de Hungría y añorando su cerveza y sus humeantes cabañas. La embriaguez, al parecer, era un preservativo contra la fiebre predominante, y es posible que los polacos fueran menos dados que los alemanes a este profiláctico. Muchos oficiales polacos de distinción fueron arrebatados.

Los turcos, entre tanto, se hallaban en pocas condiciones de aprovechar los retrasos austriacos o la enfermedad polaca para frenar la marea de la victoria y la persecución. No han faltado detractores de la reputación de Sobieski que censuraran la laxitud de la persecución y la atribuyeran a los atractivos de las tiendas del visir. Que era aficionado al dinero, sus admiradores no lo han negado. Sus apologistas han alegado en su defensa, a este respecto, la tentación a que está expuesto el titular de un interés vitalicio sobre una corona de acumular riqueza para aquellos descendientes que a su muerte pueden caer en la condición privada. Quizás una ley de celibato no sería una condición irrazonable para la soberanía electiva. Ninguna lectora de sus cartas reprochará, sin embargo, la complacencia con que describe los tesoros destinados al tocador de la esposa a quien llama su «incomparable», pero que parece, por su gusto por el lujo y la intriga, haber sido

muy comparable, en efecto, a muchas de sus compatriotas. Es innecesario detallar las muchas circunstancias que debían hacer de una persecución activa e inmediata del enemigo en fuga una imposibilidad militar. Basta con señalar los desfiladeros forestales a través de los cuales la fuerza aliada había fatigosamente avanzado durante tres agotadores días desde el Danubio hasta las alturas del Kahlenberg, durante los cuales los caballos no se habían alimentado más que con las hojas de los árboles que obstruían su avance. El primer alto del visir fue bajo los muros de Raab; su primera reafirmación de su autoridad, que en la confusión de la derrota y la fuga había quedado en suspenso, consistió en elegir a un hombre al que odiaba como víctima expiatoria. El veterano bajá de Pest, cuyos consejos originales, de haber sido seguidos, habrían llevado probablemente a resultados menos fatales, estaba a mano. Este anciano y distinguido hombre, junto con otros dos bajás y el agá de los jenízaros, fueron decapitados bajo acusación de cobardía, y unos cincuenta oficiales de menor rango estrangulados. Tras un alto de tres días empleado en tales procedimientos y en reagrupar y reunir las tropas, prosiguió su marcha hacia Pest, sin pasar inadvertido para la guarnición de Raab, pero echando refuerzos en Neuhäusel y Gran a su paso.

El ejército polaco había cruzado, como se ha dicho, el Danubio cerca de Komorn el 4 y el 5, y la caballería imperial lo había seguido; pero la masa de la infantería seguía rezagada. El rey tomó la vanguardia con un pequeño cuerpo de su propia caballería, confiando en una fácil conquista de los turcos, a quienes sabía que habían ocupado apresuradamente la cabeza de puente de Barkan. Olvidando, en su desprecio por un enemigo vencido y en su ansia de apoderarse del puente de barcas turco cerca de Bar-

kan, las primeras reglas de la ciencia militar, y avanzando sin apoyo ni reserva y sin haber asegurado debidamente la cooperación del más prudente Lorena, sacrificó a algunos de sus mejores soldados y estuvo a punto de pagar, él en persona y su hijo, el último precio que un soldado puede pagar por su imprudencia. El asunto comenzó con la vanguardia que, según el relato del rey a su esposa, algo exculpatorio pero vívido, se comprometió prematuramente y contra sus órdenes en una escaramuza con los turcos cerca de Barkan. Algunos testimonios afirman que estos últimos fueron bastante astutos para atraerlos, haciendo retroceder lentamente ante ellos un rebaño de bueyes. El palatino de Rusia, al ir al frente, se vio en la necesidad de pedir auxilio con toda urgencia, y el rey acudió en persona al rescate con toda su fuerza disponible, alcanzando sus efectivos en el campo unos 5.000 hombres, sin infantería ni artillería. Hubiera obrado con más prudencia dejando a su vanguardia a su suerte. La encontró deshecha y desorganizada, y él mismo con su pequeña fuerza, todavía sin desplegar, a unos cien pasos de un enemigo enardecido por el éxito y enormemente superior en número. El palatino de Rusia, que vio el peligro, le suplicó que abandonara el campo. Respondió a esta invitación cargando al frente de su mejor escuadrón disponible. La carga tuvo éxito, pero en ese mismo instante el centro y el ala izquierda, aunque todavía no empeñados con el enemigo, cedieron, y el combate degeneró en una carrera por la vida y la muerte. El joven príncipe, que en este asunto, como en la batalla de Viena, había seguido a su padre como su sombra, recibió de él una orden terminante de huir. El propio rey se demoró hasta que todos los esfuerzos que pudo hacer para reagrupar a su gente habían fracasado por completo, y quedó con seis compañeros. A dos de estos, Czerkass, un gentilhombre litu-

ano, y un soldado de caballería pesada sin nombre, atribuyó él mismo principalmente su salvación. El último, que de un carabinazo abatió a uno de los dos jinetes que habían alcanzado al rey y hirió al otro, pereció; el primero vivió para disfrutar de una pensión de 500 coronas que la reina le pagaba cada año en el aniversario de esta desastrosa escaramuza.

Durante más de dos millas la furiosa carrera continuó: el palatino de Pomerelia cayó, con caballo y todo, y fue despedazado. El terreno era pesado y estaba surcado de profundos surcos; el rey, aunque no tan inactivo como lo había descrito el embajador francés, era alto y corpulento; y cuando por fin detuvo su caballo y reagrupó a su gente en la caballería y los cañones de las tropas alemanas que, a instancia del general austriaco Dunnewald, agregado en esta acción al estado mayor del rey, acudían en su apoyo, jadeante y cubierto de magulladuras por el áspero contacto con los compañeros de su huida, yació durante un rato exhausto sobre un montón de paja. El abate Coyer refiere que el rey presenció la huida de su hijo al dejar este su capa en manos de un jinete turco. El rey declara expresamente que Fanfan, como siempre llama a su hijo, iba bien en avant con el gran escudero Mateinski, a quien el abate y otros atribuyen también la salvación del rey. La mayor parte de los asistentes personales del rey, pajes, etc., perecieron; menciona a un muchacho negro, a un joven húngaro dueño de varios idiomas, pero se detiene con mayor interés en el destino de un pequeño calmuco, famoso jinete en las monterías de liebres del rey. A pesar de su habilidad ecuestre fue capturado, pero por algún extraño accidente los turcos lo perdonaron. Tras su ulterior derrota fue encontrado en su campamento y reconocido por los polacos, pero un desafortunado alemán lo ma-

tó. Hay muchos casos en que los más grandes comandantes han tenido que cabalgar por su vida. En nuestros propios tiempos la lista comprendería nombres no menos ilustres que los de Napoleón, Murat y Blücher; pero el del cosaco de Brenne y la escaramuza cerca de Leipzig fueron accidentes de la guerra que ninguna prudencia podría haber evitado, y la gallarda carga de Ligny pocos se atreverían a censurar. La carrera de Barkan tiene valor histórico por la lección de cautela en el momento del éxito que transmite. La adhesión a las reglas más elementales de la ciencia militar habría salvado dos mil vidas. El carácter de Sobieski resplandece con fuerza en la manera en que tomó este severo revés. Como el viejo prusiano de 1815, aunque magullado y entumecido y apenas capaz de mantenerse en la silla, estaba en pie y dispuesto al día siguiente, apremiando al duque de Lorena para que se moviera contra los turcos. En sus convicciones religiosas era sincero, quizás hasta el borde del fanatismo, y en sus cartas a su esposa, al atribuir el desastre al juicio de la Providencia sobre el libertinaje y los crímenes del ejército, pasa bastante por alto la parte que su propia imprudencia tuvo en producirlo.

Fue necesaria toda la magia de la influencia de Sobieski para reparar las consecuencias morales de este contratiempo en sus propias filas, donde al principio se manifestó una ominosa inclinación a ceder el puesto de honor, el flanco derecho de la línea, a las tropas alemanas. Difícilmente podemos creer, con la sola autoridad de Rycaut, que el propio rey estuviera dispuesto a ceder a esta sugerencia. Su carta, escrita sobre el terreno, no respira más que impaciencia por la llegada de la infantería imperial. Lorena, por su parte, no parece haber necesitado apremio, y se resolvió atacar al enemigo el día 9. El joven bajá, que había asestado un

golpe tan grave al veterano vencedor de Choczim y Viena, cayó ahora él mismo en el error de aguardar las probabilidades de una batalla desigual; pues aunque había recibido fuertes refuerzos de Gran, sólo tenía 25.000 hombres para oponerlos a unos 50.000. Tekeli, demasiado sagaz para creer el mensaje del visir anunciando la destrucción total del ejército cristiano, y empeñado en tortuosas negociaciones con Sobieski, rondaba casi a la vista pero se mantenía apartado de la acción. El bajá incurrió en el error todavía más grave de hacer frente al enemigo con una cadena de colinas a su derecha, el río de Gran a su espalda y sin más retirada que el puente sobre el Danubio. La consecuencia de esta disposición fue una derrota, que se hizo sangrienta y completa por el fallo del puente, que cedió bajo los fugitivos. El propio Barkan fue tomado por asalto. Kara Mehmet logró escapar, pero el bajá de Karamania fue muerto y el de Silistria capturado. La magnitud de las pérdidas turcas es referida de manera diversa. Los polacos, ávidos de venganza y excitados por la vista de las cabezas de sus compatriotas clavadas en las empalizadas del fuerte, dieron escaso cuartel, y la artillería fue empleada contra las masas que intentaban cruzar el río a nado. Este éxito fue adquirido al precio de 400 polacos y 70 de las tropas imperiales.

Sobieski, en el momento de la victoria, la describe como mayor que la de Viena —exageración sólo disculpable por la excitación del momento. Su importancia, sin embargo, se manifestó en la pronta caída de Gran, sede del primado húngaro, que contiene la tumba de Esteban, el primer rey cristiano de Hungría, pero que desde el año 1605 había sido profanada por la ocupación turca. Habiendo sido demolido el puente turco durante la batalla, los imperiales hicieron bajar desde Komorn su propio puente de bar-

cas, que estaba listo para el paso de las tropas a una legua por encima de la ciudad el día 13. La ciudad fue tomada por asalto. La guarnición, de unos 4.000 hombres, que se había retirado a la ciudadela, se rindió el 27 con la condición de ser trasladada en seguridad a Buda con sus mujeres e hijos y conservando sus armas cortas. El visir, al recibir en Buda la noticia de la caída de Gran, partió precipitadamente hacia Belgrado, pero dejó a Kara Mehmet una orden de ejecución para los oficiales que habían firmado la capitulación. Su propio sangriento reinado estaba entre tanto llegando a su fin. Sus primeros informes y excusas por su fracaso ante Viena habían sido recibidos en la corte de Adrianópolis con fingido favor, y su mensajero había regresado con los habituales testimonios de aprobación real, una espada y una pelliza. Sin embargo, la influencia, tanto masculina como femenina, trabajaba activamente por su destrucción; los amigos del asesinado bajá de Pest y todos los que habían combatido originalmente la expedición eran poderosos y celosos. Tekeli y la moribunda madre del Sultán, la Validé, echaron su influencia en la balanza. Por fin la vacilación del Sultán fue vencida, y un chambelán de la corte partió de Adrianópolis con la simple orden de regresar cuanto antes con la cabeza de Kara Mustafá. El funcionario, al aproximarse a Belgrado, comunicó su misión al agá de los jenízaros, quien prestó su pronto aquiescimiento y su eficaz asistencia a los propósitos de la misión. La transacción fue llevada a cabo, por parte de los servidores de la corona, con aquella discreta reserva y conveniente celeridad que suelen acompañar a la ejecución de la justicia turca, y sometida a por el paciente con la quieta dignidad con que la doctrina predestinaria del Islam arma a sus seguidores contra todos los accidentes. Las insignias de la autoridad fueron cortésmente reclamadas y tranquilamente entregadas. La alfombra fue

extendida, la breve oración pronunciada, el garrote ajustado. En pocos momentos el que había sido árbitro de la vida y la muerte, el comandante sin trabas de 200.000 hombres, era un cadáver, y su cabeza camino de Adrianópolis. Esta tuvo algunas aventuras posteriores; pues, habiendo sido devuelta a Belgrado por el Sultán y depositada en una mezquita, fue descubierta tras la rendición de aquella ciudad a los cristianos, y estos la remitieron al obispo Kollonitsch. El prelado entregó el lúgubre recuerdo del hombre que había amenazado con enviar su propia cabeza en la punta de una lanza al Sultán, al arsenal de Viena, donde ocupa todavía su lugar entre los demás trofeos de una larga lucha de razas y de religiones.

Con la catástrofe de un personaje tan principal, esta obra puede alcanzar propiamente el término que sus límites reclaman ya. Para la marcha invernal con que Sobieski retiró sus fuerzas a su propia frontera, las fortalezas que fue recogiendo a su paso, sus negociaciones con Tekeli y sus pasajeros éxitos sobre los turcos, el lector que desee profundizar en el tema hará bien en consultar la correspondencia tan a menudo citada y la amplia obra del señor de Salvandy. De las páginas anteriores, dedicadas como han estado a un pasaje principal de la carrera pública de uno de los más grandes personajes de la historia moderna, puede derivarse una vaga idea de sus cualidades como soldado. Como rey, estadista, orador y hombre de letras, ha de ser estimado a partir de otras fuentes más completas. Después de saber lo que fue en todos estos aspectos, nos inclinaremos a conjeturar lo que podría haber sido. Como esposo y padre, si no hubiera contraído matrimonio con una mujer perversa y malintencionada, *daturam progeniem vitiosiorem* —como comandante, si en lugar de conducir

levas indisciplinadas a victorias pasajeras mediante el ejemplo y la exposición personal de un partisano, hubiera blandido el bastón de un Marlborough o de un Eugenio al frente de una fuerza permanente y organizada—, como rey y estadista, si su mejor fortuna lo hubiera colocado al frente no de una horda de propietarios de esclavos turbulentos, intrigantes e ingobernables, sino de un pueblo civilizado, libre y unido—, no es demasiado suponer que podría haber realizado los proyectos de mayor envergadura que, según se sabe, entraron en su vasta concepción, que el turco habría sido arrollado de vuelta hacia Asia, y que Grecia podría haber datado su emancipación desde el siglo XVII.

APENDICES

PRIMERO

El número de piezas de artillería suministradas desde el arsenal imperial de Viena para la defensa en 1683 fue de 262. La Guerra de los Treinta Años había dado lugar a numerosas mejoras en la construcción y el empleo de la artillería. Gustavo Adolfo y Wallenstein habían introducido ambos modificaciones importantes, y en 1650 un jesuita de Varsovia había inventado el tornillo elevador como sustituto de la cuña. Sin embargo, a pesar de los avances que se habían producido en el sistema aplicado a los movimientos de campaña, para los fines de la defensa estacionaria seguía siendo de gran complejidad y confusión. Las 262 piezas empleadas en Viena correspondían a nada menos que 26 denominaciones y calibres distintos, con una capacidad que oscilaba entre 1 y 48 libras, y en el caso de algunas piezas grandes denominadas *böller* o *pöller*, utilizadas como morteros para fuego vertical y que disparaban proyectiles de piedra, entre 60 y 200 libras. De estas últimas había cuatro de 200, dos de 150, cinco de 100 y diez de 60. Cincuenta piezas adicionales, suministradas desde el arsenal municipal, fueron emplazadas no en las defensas, sino en diversos puntos de la ciudad, y servidas por 100 hombres de la milicia burguesa. De estos cien artilleros voluntarios, 16 murieron y 5 piezas quedaron destruidas; en total, 72 piezas habían quedado inutilizadas al término del sitio.

Murieron treinta y siete oficiales, lo que, teniendo en cuenta la frecuencia de los asaltos y salidas —operaciones que exigen una

gran exposición personal por parte de los mandos—, parece una proporción más bien reducida en comparación con las 5.000 bajas entre la tropa de los cuerpos regulares. Las bajas en combate entre los habitantes civiles son prácticamente imposibles de determinar. Los únicos dos oficiales de cierta distinción que cayeron fueron el coronel conde Dupigny y el ingeniero Rimpler.

Las bajas turcas se cifran en 48.544. Al parecer, recayeron con mayor dureza sobre los zapadores minadores, de los cuales perecieron 16.000, y sobre los artilleros, con 6.000 bajas. El formidable cuerpo de los jenízaros sufrió una pérdida de 10.000 hombres; asimismo, murieron 544 oficiales, entre ellos 3 bajás Dado que esta relación procede de un parte hallado en la tienda del Gran Visir, no incluye las bajas turcas en la batalla. Estas cifras están, naturalmente, sujetas a un margen considerable de imprecisión por múltiples motivos. La comparación de las diversas fuentes lleva a la conclusión aproximada de que el Visir se presentó ante la plaza con unos 220.000 hombres, de los cuales se estima que no más de 50.000 lograron regresar a la frontera turca.

SEGUNDO
Orden de batalla del ejército cristiano ante Viena el 13 de septiembre.

El ala izquierda estaba mandada por el duque de Lorena; el centro por el elector de Sajonia y el príncipe Christian Louis von Waldeck (es ocioso añadir a estos al elector de Baviera, que estaba presente pero tuvo el buen juicio de confiar la dirección de sus

tropas a Waldeck); el ala derecha por el mariscal de Campo polaco Jablonowski; el conjunto por el rey de Polonia. El ejército estaba desplegado en tres líneas.

Primera línea.

Ala derecha: 19 divisiones y 4 batallones de polacos; 8.560 caballos, 3.120 infantes.

Centro: 9 divisiones, austriacos; 7 divisiones, bávaros; 4 divisiones, tropas de los círculos; 5 batallones, bávaros; 3 batallones, círculos; 5 batallones, sajones; 5.768 caballos, 8.600 infantes: mandos, el elector de Sajonia y el príncipe de Waldeck.

Ala izquierda: 10 divisiones, austriacos; 5 divisiones, sajones; 6 batallones, austriacos; 5.660 caballos, 4.242 infantes; al mando del duque de Baden.

Total de la primera línea: 19.788 caballos, 15.962 infantes.

Segunda línea.

Ala derecha: 6 divisiones, polacos; 8 divisiones, austriacos; 4 batallones, polacos; 5.568 caballos, 3.120 infantes: mandos, los generales Siniousky y Rabatta.

Centro: 5 divisiones, bávaros; 3 divisiones, círculos; 4 batallones, bávaros; 5 batallones, círculos; 3 batallones, sajones; 6 batallones, austriacos; 1.725 caballos, 11.442 infantes: mandos, el mariscal de campo Golz y el mariscal de campo el príncipe de Bayreuth.

Ala izquierda: 4 divisiones, sajones; 8 divisiones, austriacos; 4.528 caballos: mandos, el mariscal de campo Leslie y el príncipe Lubomirski.

Total de la segunda línea: 11.819 caballos, 12.562 infantes.

Tercera línea o Reserva.

Ala derecha: 9 divisiones, polacos; 6 divisiones, austriacos; 3 divisiones, bávaros; 3 batallones, polacos; 1 batallón, bávaros; 6.855 caballos, 2.940 infantes: mandos, el gran abanderado Lesno Lescynski y el mariscal de campo Dunnewald.

Centro: 3 batallones, bávaros; 2 batallones, sajones; 2 batallones, austriacos; 4.014 infantes: mando, el mariscal de campo Leika.

Ala izquierda: 3 divisiones, sajones; 7 divisiones, austriacos; 3.762 caballos: mando, el mariscal de campo margrave Luís de Baden.

Total de la tercera línea: 10.617 caballos, 6.954 infantes.

Fuerza total en la batalla:
Caballería: 42.224
Infantería: 35.478

Total: 77.702

Total del ejército, incluidos los destacamentos:
Caballería, 127 divisiones: 46.100
Infantería, 57 batallones: 38.700

Total: 84.800

Artillería: 168 piezas de todos los calibres, de las cuales los austriacos contaban 70, los sajones 30, los bávaros 26, los franconios 12 y los polacos 30. Es imposible, dadas las dificultades de la marcha desde Tuln, que todas estas piezas hubieran podido entrar en acción: estaban distribuidas a lo largo de todas las partes de la línea de batalla.

A lo anterior pueden añadirse croatas y otros irregulares, y voluntarios, unos 10.000. Este detalle de la fuerza ha sido extraído del *Militär-Conversations-Lexikon*, artículo *Wien*.

TERCERO
Anécdotas del asedio, extraídas de un folleto del abogado Christian W. Huhn, testigo presencial.

En la noche del 2 de agosto, algunos jinetes del regimiento de Dupigny junto con varios soldados de infantería de la guarnición realizaron una salida por el camino cubierto de la puerta Escocesa, y regresaron con cuarenta y siete reses y un turco capturado. El ganado fue repartido en parte entre los soldados heridos y enfermos, y en parte entre los captores, quienes sacaron provecho de él, puesto que la carne, que al comienzo del sitio se vendía a un groschen la libra, subió después a nueve o más, y un huevo fresco no encontraba comprador al precio de medio dólar. Quien tuviera apetencia por la cocina italiana podía comprarle a una de las mujeres que se sentaban en el mercado principal una liebre de tejado (gato), asada y mechada, por un florín, para acompañarla con

una copa de vino moscatel en la de los vinateros italianos; y a decir verdad, este animal, cuando la suavidad de su carne se templaba con la grasa salada, resultaba un bocado insólito, ciertamente, pero no desagradable. El 9 de agosto fue un día despejado y luminoso, en el que un joven turco de espíritu arrojado quiso pavonearse con bravuconería sobre un caballo enjaezado, ejecutando extrañas cabriolas con una lanza en la mano derecha. Mientras caracoleaba a una distancia de bien 300 pasos del glacis, Enrique conde von Kielmansegge, que se encontraba casualmente con sus guardabosques en el bastión de Kärnthner, le apuntó con tal acierto con una escopeta de caza que el jinete saltó del sillón de un brinco y cayó muerto entre gritos y carcajadas de los sitiados. Un disparo igualmente afortunado lo ejecutó un estudiante de la universidad, que mandó una bala a través de la cabeza de un turco junto a la empalizada del glacis, y arrastró el cadáver hacia sí con una alabarda. Habiendo aprendido por experiencia ajena que los turcos, ya fuera para fortalecer el estómago o cuando estaban mortalmente heridos, a fin de privar a los cristianos de su botín, acostumbraban a enrollar sus ducados y tragárselos, sin más ceremonias abrió el cadáver en canal y encontró seis ducados así enrollados en su interior. La cabeza la cortó y la paseó por la ciudad clavada en la punta de una lanza, como espectáculo de su triunfo. En el asalto del 17 de agosto, un soldado raso que había sometido y decapitado a un turco, encontrando en él 100 ducados cosidos en un trapo sucio, como quien nunca había visto tanto dinero junto, recorrió la ciudad como enloquecido, dando palmadas y mostrando su botín a cuantos encontraba, animándoles con su ejemplo a ganar otro tanto, como si lloviera dinero del cielo.

El 13 de septiembre, el día siguiente a la liberación de la ciudad, siendo los polacos dueños del campamento turco, muchos soldados, ciudadanos y habitantes, sin que se hubiera abierto aún ninguna puerta, treparon por las brechas y por las poternas secretas para recoger lo que pudieran en provisiones, municiones u otros artículos de escaso valor. El rey de Polonia y los suyos se habían apoderado del cofre militar y de la tienda del visir, y se habían llevado muchos millones en dinero, el caballo de guerra del visir, sus carcajes, arcos y flechas, todo de valor inestimable, junto con el gran estandarte de su profeta, inscrito con caracteres turcos, y dos estandartes de colas de caballo. Yo, con muchos otros que habíamos sido alistados en un cuerpo de voluntarios durante el sitio, pensé sacar nuestra parte del botín. Me encaminé, pues, al glacis por la puerta de Stuben, pasando a caballo entre las empalizadas destruidas hasta el campamento turco. No me atreví, sin embargo, a desmontar, a causa de la ingente cantidad de moscas y alimañas que, pese a hallarnos ya tan avanzado el mes de septiembre, se arremolinaban sobre los cuerpos de más de 20.000 caballos y mulas muertos, oscureciendo el aire y cubriendo a mi caballo de tal suerte que no quedaba libre ni el espacio de la punta de una aguja; lo cual le resultaba tan insoportable que comenzó a encabritarse y cocear por delante y por detrás, de modo que hube de salir de aquella apretujada muchedumbre y desandar el camino hacia la ciudad, pero no sin antes haber persuadido a un transeúnte para que me alcanzara el arco y las flechas de uno que yacía allí, así como el gorro de un jenízaro y algunos libros que andaban desperdigados, saqueados en el campo, y los guardé en mis alforjas. Tras lo cual volví a entrar en la ciudad, no como quien desfila a pie en triunfo modesto, sino *triumphans* a caballo con mis *spolia*. No me faltaron predecesores delante ni segui-

dores detrás, pues el que tenía piernas para moverse se había dirigido al campamento a saquearlo. Aunque había alcanzado el glacis y las defensas interiores, tardé una buena hora en abrirme paso por el desfiladero, y mi indómito caballo se vio obligado a avanzar paso a paso durante todo ese tiempo antes de que pudiera sacarlo de allí y regresar a mis alojamientos.

CUARTO

Lista de los cristianos llevados como esclavos a Turquía desde Hungría, Austria y los distritos adyacentes en 1683. De un manuscrito contemporáneo.

Ancianos: 6.000
Mujeres: 11.215
Mujeres solteras, de 26 años como máximo, de las cuales 204 eran nobles: 14.922
Niños y niñas, de entre 4 y 5 años: 26.093

Total: 57.220

Aldeas y caseríos incendiados en territorio vienés: 4.092
En Presburgo: 871

Total: 4.963